FBI
El Vengador Negro
POR
Alf Manz

Alf Manz

EL VENGADOR NEGRO

OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN

— : —

Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE

Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma.
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahur.
» 30.—Yo fuí esclavo.

Selecciones NEVADA

Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

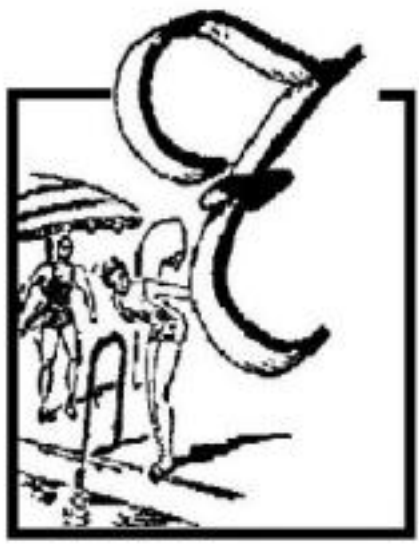
Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I.

Núm. 1.—¡Culpable! (6.ª edición.)
» 2.—La hora gris. (4.ª edición.)
» 4.—El Cobarde. (4.ª edición.)
» 6.—Contra Scotland Yard. (3.ª edición.)
» 11.—Shanghai. (2.ª edición.)
» 16.—Tánger. (3.ª edición.)
» 20.—Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.)
» 23.—Destinos cruzados.
» 28.—Doctor X.
» 33.—Entre rejas.
» 43.—Tinieblas.
» 49.—La Maffia.
» 65.—¡Odio!

I

LA TRAGEDIA DEL DESTERRADO



RES hombres, uno tras otro, se abrían paso por entre el gentío que había acudido a despedir a los pasajeros del «Almirante Shaterley». Los tres eran altos, y el primero, un tipo de anchos hombros y de perfil de gladiador, repartía codazos a diestro y siniestro, echando de vez en vez una ojeada al individuo que le seguía inmediatamente.

—¡Vamos, Keller! ¡No te duermas!

Y al mismo tiempo, el aludido sintió en su espalda la mano del que iba pisándole los talones, hombre grueso, de rostro pecoso y de ojos pequeños y redondos.

La motonave, atracada de babor al muelle, semejaba un enorme

y domado monstruo invadido por hormigas humanas.

Los tres individuos alcanzaron la pasarela tendida oblicuamente. El apellidado Keller, el de en medio, detuvo su ascenso y volvió la cabeza, lanzando a lo lejos una mirada semicircular. En sus ojos, negros y hundidos, pareció flamear un destello de amargura.

Bajo el dorado sol del Poniente, la amplia bahía de San Francisco mostraba sus esplendorosas galas realzadas por la hermosura del otoño californiano. La azulenca superficie de agua, apenas rizada, dejaba mansamente que hendiesen su seno las quillas de los remolcadores, yates, «*ferry-boats*» y otras embarcaciones. El bello marco de las colinas ofrecía el colorido brillante y variado de las plantas tropicales.

La suave brisa del atardecer alborotó levemente los oscuros cabellos de Keller. Su mirada había errado desde las elevadas chimeneas de las refinerías de petróleo y fábricas de acero de Oakland hasta el grandioso puente de la «Golden Gate», puerta al mar abierto.

—¿Estás despidiéndote, Keller? —le preguntó, con tono mordaz, el del rostro pecoso, empujándole—. ¡Sube! ¡Estamos interrumpiendo el paso!

Como quien vuelve a la realidad del momento, el interpelado inclinó su vista hasta fijarla en los ojillos del otro, y la expresión de sus pupilas fue transformándose, convirtiéndose en airado el mirar melancólico, adquiriendo brillos de acero. El pecoso, con visible gesto de temor, llevó a esconder su diestra entre la camisa y la chaqueta, junto a la axila izquierda.

—¡No seas loco, Keller! ¡Arriba! —le advirtió roncamente.

Dando un suspiro hondo y encogiéndose de hombros, Keller continuó subiendo…

El del perfil de gladiador acababa de conversar, a media voz, con un individuo de ademanes autoritarios, ocupado en examinar los pasaportes de los viajeros, y con un uniformado marino, quien, examinando su lista del pasaje, manifestó:

—Sí, ya recibí instrucciones del capitán. ¡Todo está preparado! Son ustedes tres, ¿no? —Y dirigiéndose a uno de los camareros que le acompañaban, ordenó—: Conduce a estos caballeros a la «*suite*» ocho.

En pos del «boy», el trío se cruzó con otros viajeros que se

afanaban por acomodar sus equipajes en sus respectivos camarotes. Oíase hablar en inglés, predominando; mas también se escuchaban lenguajes exóticos, articulados por tipos de piel amarillenta o aceitunada y de ojos rasgados.

Dos lindas jóvenes dejaron de conversar y se fijaron en Keller, atraídas por la palidez que tenía su rostro enjuto, de facciones acusadas y contraídas, como si sufriese un dolor intenso. Observaron su andar rígido, de somnámbulo, a la vez que admiraban la esbeltez de su figura viril y su bien cortado traje de color gris claro.

En la parte central de la motonave, y tras subir a la cubierta alta, luego de recorrer los encerados linóleos de varios pasillos alumbrados eléctricamente, atravesaron el umbral de la puerta abierta por el «boy».

Aunque no de lujo, la serie era de preferencia. Una cama de barrotes niquelados desentonaba en el saloncito, cuyos muebles, un tresillo y una mesa, habían sido arrinconados.

A continuación, el camarero les enseñó la alcoba, que constaba de dos lechos y un armario empotrado, y, por último, les invitó, con un gesto servicial, a inspeccionar el cuarto de baño.

Cuando comenzaba a informarles respecto a los distintos horarios de a bordo, el del rostro pecoso le atajó de palabra, sonriendo:

—¡Ahórrate la retahíla! Nosotros somos muy tímidos y no saldremos de aquí para nada. Eso sí, preocúpate de que la comida sea buena y de que nadie nos moleste. ¡No necesitamos más!

—Bien, señor.

—¡Eh, mozo, espera! Tráenos volando un par de botellas de algo fuerte, una baraja de póker y unas cajas de cigarrillos —le advirtió el del perfil de gladiador, mientras colocaba a su antojo el tresillo del saloncito.

Al sonar el alarido de la sirena del barco, anunciando por vez primera su próxima salida, se estremeció Keller, que, sentado al borde de la provisional cama, fumaba, abstraído en sus pensamientos. Su mirada fue a clavarse con significativa insistencia en la puerta de la «*suite*». Luego, en tono grave, dijo a sus acompañantes:

—Todavía estáis a tiempo de hacerme el favor que os pedí esta

mañana. Tenéis que dejarme escapar, necesito bajar a tierra. Nadie sospecharía nada. Podríais declarar que yo os cogí por sorpresa y logré huir. Vuestra responsabilidad sería mínima. ¿No os dais cuenta de la importante que es para mí?

—Cree que lo siento, Keller, pero yo no estoy dispuesto a faltar a mi deber —aseveró el del rostro pecoso.

—En cierta ocasión te salvé la vida, Jervis. ¿Lo has olvidado ya?

Intervino el otro, a la vez que se arrellanaba indolentemente en el diván:

—No trates de convencer a Jervis, recordándole historias antiguas, Keller. Hemos recibido una orden y tenemos que cumplirla. Tú vendrás a Hawái con nosotros, tal como nos mandó el jefe.

Arrojando al suelo el cigarrillo y poniéndose en pie, Keller se encaró colérico con el del perfil de gladiador:

—En todo el viaje te has portado conmigo como si yo fuese un delincuente, Benley; sólo te faltó prohibirme respirar. Tú, igual que los demás, estáis carcomidos por la envidia, y os complace verme caído. ¡Por eso es por lo que no queréis dejarme escapar! ¡Estáis seguros de mi inocencia y de que yo pondría las cosas en claro en cuanto tuviese libertad!

—Tú desvarías —se burló el llamado Benley, cruzando una pierna sobre la otra, pero manteniendo su mano derecha apoyada en el pecho—. La única verdad es que cometiste una falta gravísima y puedes darte por contento con tan pequeña sanción como te ha impuesto el director.

—¡Ah! ¿Ha sido poco degradarme de inspector y desterrarme con el pretexto de una misión estúpida? —preguntó Keller, iracundo, mascullando rabiosamente las palabras—. ¿Por qué no permitió que yo investigase y lo aclarase todo? ¿Por qué? Se me ha acusado injustamente, se me ha juzgado y condenado de una manera infame. Y yo sé la causa de esta injusticia: muchos, entre ellos tú, Benley, estabais celosos de mi carrera. Habéis intrigado y variado los hechos. A ninguno os podía agradar que yo ascendiese al Estado Mayor. ¡Envidia, pura envidia es todo esto!

—¡Cálmate, Keller; no ganas nada con excitarte! Comprende que nosotros no podemos ayudarte; faltaríamos a nuestro deber. Cuando regresemos de Honolulú tendrás ocasión de rehabilitarte —le

aconsejó el del rostro pecoso, a la vez que le palmeaba amistosamente un hombro.

Y a él se dirigió Keller, perdiendo agresividad sus frases:

—¡Hazte cargo, Jervis! Tú eres más comprensivo que Benley y puedes figurarte lo que he pasado en estos días. Sólo faltó que me metiesen en un calabozo, igual que a un asesino. ¿Es que no sirve de nada haber dado al
F. B. I.
diez años de mi vida? ¿Quién tuvo nunca que reprochar algo a Roderick Keller? ¿Por qué no tuvieron en cuenta los buenos servicios que he prestado al
F. B. I.?
¿Es que un hombre deja de ser quién es de la noche a la mañana?

—Pues gracias a tu historial no has sido expulsado del Cuerpo, Keller —manifestó Benley, estirándose a su gusto en el diván y empleando un tono amable que sonaba a falso—. ¿Te olvidaste ya de los tres agentes que expulsaron por denuncia tuya, cuando eras inspector? ¿Acaso a mí, en los días que perseguíamos a O'Hara, no me amenazaste?

Roderick Keller volvió a ser presa de la cólera. Dando un paso adelante, se inclinó sobre el fornido agente del perfil de gladiador y le increpó:

—¿Tenía yo razón o no? ¡Contesta! ¿Tenía razón para amenazarte con dar parte de ti a los jefes, cuando te encontré martirizando a un compinche de O'Hara? He sido duro con mis subordinados porque también lo era conmigo mismo. Pero nadie, ¡nadie! puede decir de mí que falté a mi deber…

—¿Lo de la mujer en el tren no fue una…? —le recordó Benley, irónicamente.

Y en aquel instante sonó la sirena del barco por segunda vez.

Con un rugido de rabia, el exinspector se arrojó encima del robusto agente, el cual se aprestó a la defensa, levantando los brazos para guardar su cuello de las garras musculosas que le amenazaban. Y éste fue su error, pues Keller, astutamente, y demostrando experiencia en tales lides, se limitó a golpearle la cara con el cráneo, mientras sus manos se deslizaban veloces a empuñar el arma que colgaba de la sobaquera de Benley.

Cuando Jervis, sorprendido, quiso intervenir, ya era tarde. El

destituido inspector se erguía de un salto, empuñando un revólver de gran calibre, y encañonaba a los dos. Benley, medio derrumbado en el diván, sangraba por la nariz y maldecía entre dientes, más sin atreverse a devolver el fuerte golpe recibido.

—¡Levanta los brazos, Jervis, y no cometas el error de echar mano a tu revólver!

El del rostro pecoso, demostrando una serenidad que no poseía el fanfarrón de su compañero, obedeció la orden, pero dio unas rápidas zancadas hasta la puerta, y entonces se volvió de frente al exinspector, que no esperaba tal movimiento.

—¡Apártate de ahí, Jervis! —Le mandó Keller.

—¡Tendrás que matarme si quieres salir de aquí!

Da un paso adelante y sacaré mi revólver. Estoy seguro de que me tocará caer a mí, pero el
F. B. I.
me ordenó vigilarte y yo lo cumpliré aunque me cueste la vida.

—¡Fuera de ahí, Jervis! ¡Échate a un lado o…! —Y el dedo índice de la mano derecha del exinspector se curvó sobre el gatillo.

—¡Dispara ya, Keller! ¡Mata a un compañero tuyo, con tal de rehabilitar tu honor!

Había indudable temeridad en el desafío del agente pecoso, aunque en sus redondos ojillos se distinguiese una expresión de miedo. Con la espalda tapaba la puerta y parecía firmemente dispuesto a aceptar la muerte si fuere necesario. ¡Keller tendría que pisar su cadáver!

Hubo unos momentos de terrible tensión en el saloncito de la «*suite*». Ambos agentes especiales del «Federal Bureau of Investigation», cada uno inmóvil en su sitio, miraban el arma empuñada por el exinspector, como fascinados por el negro orificio del cañón. Jervis tragaba saliva, nervioso, y el sudor brillaba en su frente, oscureciéndosele las pecas. Benley, aunque no encañonado directamente, no se atrevía a mover un músculo siquiera. Y Roderick Keller parecía estudiar la cara de los otros dos, como sopesando las probabilidades de conseguir la libertad. Un reflejo diamantino lucía en sus pupilas, presagio de un acto descabellado que podría costarle el asiento en la silla eléctrica. No le temblaba la mano que sujetaba el arma y, sin embargo, su respiración era fatigosa.

—¡Déjame paso! ¡Échate a un lado! —Mandó en tono grave y amenazador al de la puerta.

—¡Nunca, Keller! ¡Dispara de una vez! —replicó Jervis, con voz rota, más insistiendo en su posición desesperada.

En el denso silencio que siguió, podían escucharse las voces de otros pasajeros, filtradas a través de los mamparos. En el mundo exterior, la vida continuaba su curso, activa y vibrante, ignorando el drama que estaba desarrollándose en la «*suite*» número ocho del «Almirante Shaterley».

Y por ese mismo silencio, sonó metálicamente el choque con el suelo del revólver que se había desprendido de la mano derecha de Roderick Keller. ¡No había querido matar a un compañero suyo, ni aun a costa de perder la ocasión de esclarecer su honor!

Jervis y Benley reaccionaron prontamente con arreglo a sus caracteres. El primero se enjugó el sudor que le corría por las mejillas; el segundo se abalanzó ansiosamente sobre el arma caída, y con ella se enderezó, apuntando a Keller.

—¡Guárdate ese cacharro, Benley! —indicó el pecoso—. ¡Bastante juego ha dado ya!

Haciendo caso omiso de la advertencia del otro, el fornido agente del perfil de gladiador, cuyos ojos chispeaban de furor homicida por el pánico acabado de pasar, le amenazó hundiendo en el vientre del exinspector el cañón del revólver:

—Dame un pretexto y te juro que saldrás malparado. Intenta otra vez huir y ya verás cómo las gasto.

Sin demostrar temor alguno, alardeando, por el contrario, de un dominio extraordinario de nervios, Keller volvió la espalda a Benley y tomó asiento en uno de los silloncitos.

Una llamada a la puerta de la serie impidió que Jervis, algo más repuesto, empezase a hablar.

Se trataba del camarero, portando cuanto le había sido solicitado, que fue colocándolo con admirable diligencia sobre la mesa. Seguramente no lo habría hecho con tanta destreza de saber lo ocurrido hacía unos instantes.

—¿Desean algo más los señores?

—¿Cuánto falta para zarpar? —le preguntó Jervis.

—Unos minutos, señor.

Entregándole un billete, Benley lo acompañó hasta la puerta, y

luego se encargó él de echar por dentro la llave y guardársela en el bolsillo izquierdo de su pantalón.

Más consecuente que su compañero, el pecoso se sentó junto al exinspector, diciéndole, casi agradecido:

—Has hecho bien, Keller. Era una locura lo que pretendías. ¿A tanto te arriesgarías por…?

—Se ha cometido conmigo una injusticia que no tiene nombre, Jervis. No me refiero a mi degradación, sino a no darme la oportunidad de ser yo quien investigase la pista que les di.

—Pues, según tengo entendido —intervino Benley, mientras abría el estuche de la baraja de póker, después de haberse servido «*whisky*» en uno de los vasos—, los compañeros nuestros de las Divisiones de Nueva York y de Nueva Orleans siguieron los rastros que tú les proporcionaste y no consiguieron nada. ¿Te piensas que te tienen envidia hasta los que no te conocen personalmente?

—No digo eso, pero sí que yo lo habría hecho mucho mejor, más a fondo, como interesado que era. ¡No se me dio oportunidad para aclarar el asunto!

—La realidad es que no se fiaban de ti —recalcó Benley, mordaz —. Y a fin de cuentas, ¿por qué no has presentado tu dimisión? Quién está a disgusto en un sitio, se larga, y a otra cosa.

—Y todos pensarían hoy que yo era culpable. Además, soy del F. B. I.
y lo seré hasta que muera…

—O te echen —le interrumpió Benley de nuevo, complaciéndose en torturarlo moralmente—. Porque todavía no está terminado tu asunto. Este servicio que vamos a hacer a Honolulú sólo es un pretexto para tenerte alejado, mientras…

—Mi asunto, como tú dices, no quedará cerrado hasta que yo no descubra a la mujer que…

—¡Buena mujer tenía que ser, eh! ¡El inflexible inspector Keller cayó en las redes de una desconocida! ¿Lograste arreglar luego el lío con tu novia?

Coreándose a carcajadas a sí mismo, Benley estuvo a punto de volver a sufrir un vigoroso ataque del inspector destituido. Le evitó el obstáculo de la mesa, por unas pulgadas, sentir alrededor de su cuello una decena de largos y duros dedos. Contuvo a Keller con el apoyo del revólver.

—¡Vamos, hombre! ¡Dame el pretexto! —le incitaba cruel el del perfil de gladiador—. ¡Oye la sirena! Muy pronto zarparemos y ni siquiera te quedará la esperanza de pisar otra vez tierra americana. En Hawái continuarás como ahora, sin pistola, sin «carnet» y sin insignia; y nosotros te vigilaremos mientras trabajas. ¡Son órdenes, y las órdenes se deben cumplir a raja tabla! ¿No nos repetías eso mismo en tus buenos tiempos?

Conteniendo a duras penas la cólera que le estremecía, el exinspector se puso en pie y se dirigió hacia el lecho.

—¡Eh! ¡Alto ahí! —le gritó Benley—. Yo dormiré en esa cama, y tú en una de las de dentro. Aquí estarías demasiado cerca de la puerta, y podría darte la locura por tirarte de cabeza al agua, con tal de perdernos de vista.

Pálido como un cadáver, Roderick Keller salió del saloncito, entrando en la alcoba. Vestido como estaba, se dejó caer en el lecho de la izquierda, y cerró los ojos.

La motonave comenzó a vibrar… Empezaba a despegarse del muelle, con rumbo a las paradisíacas islas del Pacífico…

También vibraba el cerebro de Keller, y sus pensamientos tomaban un rumbo que terminaron canalizándose en el recuerdo de su desgracia…

AVENTURAS DEL **F. B. I.**
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION
VALOR
y AMENIDAD

II

LA DAMA MISTERIOSA

LOS pitidos de las locomotoras haciendo maniobras en la estación de Nueva Orleans rasgaban la pesadez caliginosa de la atmósfera. Viajeros, mozos negros cargados con maletas, empleados de los ferrocarriles y vendedores de periódicos, de dulces y de tabacos, se apretujaban y se tropezaban en el andén central, creando con sus palabras en inglés, francés y criollo un ensordecedor zumbido de colmena.

Con un pie apoyado en la parte baja del estribo del vagón número cinco, Roderick Keller, robusto y jovial, conversaba animadamente con un individuo cuya edad frisaría en los cincuenta años, a juzgar por las arrugas de su piel y los aladares plateados.

—Ciertamente, mi estancia en Nueva Orleans ha sido fructífera en toda la extensión de la palabra —afirmaba Keller, sonriendo con aire de satisfacción, a la vez que golpeaba significativamente con la mano derecha la cartera de cuero oscuro que llevaba en la otra—. Aquí llevo la suficiente dinamita para hacer saltar por los aires al todopoderoso Samuel Lucius, en cuanto llegue a Washington y extienda las pruebas documentales sobre la mesa del director.

—En la División todos hacíamos cábalas respecto a tus probabilidades de éxito en la investigación de esos libros. Hay que reconocer que nosotros no pudimos descubrir ninguna falsedad en la contabilidad de Lucius; por eso fue pedir un buen técnico a Washington.

—Pues sí he encontrado la falsedad y algo todavía peor: además de eludir el pago de los impuestos, ocultando ingresos poco legales, Samuel Lucius está en relaciones, tampoco muy ortodoxas, con algunos politicastros. Te aseguro que mi bomba armará ruido hasta en el Gobierno. Era de risa ver la cara que puso Lucius cuando le mostré las fotocopias obtenidas. El muy sinvergüenza se atrevió a ofrecerme una buena cantidad de dólares si yo no lo denunciaba…

—Así es como ha medrado ese viejo usurero —manifestó el otro, mirando con simpatía a Keller—. Fue para mí una gran alegría verte por aquí, chico. ¿Recuerdas los tiempos de la Academia?[1] ¡Qué de ilusiones nos hacíamos! Tú las has sobrepasado en la realidad, ya eres inspector, y no tardarás en pasar al Estado Mayor; pero yo, sudando aquí y soportando a un jefe gruñón como el primero.

—No niego que la suerte me ha favorecido —admitió el inspector Keller, reflejando sus negros ojos la luz del farol más próximo—. También he soportado lo mío, no creas que todo ha sido pasear en carroza. Y más que mi especialidad de perito contable, me sirvió el afán de cumplir los servicios, aun cuando las balas me arañasen…

Una voz femenina, de timbre armonioso, les cortó el diálogo:

—¿Me permiten, por favor?

Los dos miembros del

F. B. I.

volvieron la cabeza, a la vez que aspiraban un perfume sutil y delicado, deliciosamente embriagador. Frente a ellos, con una sonrisa fascinadora, esperaba paso franco para subir al vagón una

joven de espléndida y singular belleza. Dos hoyuelos en las mejillas hacían resaltar más sus pómulos pronunciados, y la línea de sus labios contrastaba en colorido con la doble fila de sus dientes, de blancura inmaculada. Sus cabellos parecían caerle en cascada de oro, escapándose del liviano y gracioso sombrero de paja artísticamente entrelazada.

El acompañante de Keller no pudo evitar un mal reprimido silbido de admiración al recrearse su vista en la escultura de piel acaramelada realzada por un vestido vaporoso de verano.

Como impulsados por un resorte, ambos hombres se echaron a un lado. Y ella subió al vagón, concediéndoles una inclinación de cabeza con la distinción de una reina. A su lado, el mozo de equipajes resultaba más feo que un gorila.

—¡Vaya una compañera de viaje que te ha tocado en suerte, Rod! No pensarás aburrirte, ¿eh?

Bromeando, Keller replicó a su amigo:

—Los que somos novios no debemos meternos en aventuras peligrosas. ¡Una mujer así es capaz de trastornar al más cuerdo!

—¿Todavía mantienes relaciones con aquella muchacha de Nueva York? ¿Cuándo te casas?

—No tardaré mucho. Ya te enviaré una invitación para la boda. Estoy deseando casarme, chico, y tener un par de criaturas que…

—Se te orinen encima, ¿no? —le interrumpió el otro, riendo a carcajadas—. ¡Vaya un programita! Sigue mi ejemplo, Rod. A mis años, toda vía estoy soltero y más libre que el aire. Y, no creas, mujeres me sobran a puñados.

—No serán como la que acaba de subir, ¿verdad? —continuó bromeando Keller, señalando al vagón con un movimiento de cabeza.

—Ésa es punto y aparte, muchacho: pero si yo fuera en tu lugar, posiblemente, antes de llegar a término, tendría un corazón más chorreando sangre por mí.

El pitido de la locomotora anunció que había llegado el momento de partir. Sonriendo, los dos amigos se dieron un abrazo, y Roderick Keller subió al vagón, despidiéndose del otro, con un ademán, en el justo instante que el tren comenzaba a ponerse en marcha.

Asiendo firmemente la cartera, el inspector del

avanzó por el pasillo, hasta encontrarse con el negro encargado de servir a los viajeros, y a él le entregó su billete. El vagón era un «state-rooms», cuyos reservados, a todo lujo, disponían de dos literas, una mesita, un par de sillones pequeños y un lavabo.

En cuanto el camarero hubo preparado uno de los lechos, Keller quedó a solas. Su primera operación fue sacar, de un compartimiento de la cartera, un cepillo de dientes y un tubo de pasta. A continuación, tras una ojeada en derredor, escondió la cartera bajo el asiento de uno de los sillones, dejándola adherida mediante unas tiras de esparadrapo. Se deducía, por sus movimientos rápidos y justos, que ya había ejecutado en más de una ocasión igual faena, para ocultar objetos de importancia.

Se peinó la rebelde y negra cabellera ante el espejo, y después de mirarse las uñas de las manos, salió al pasillo. A su pregunta, el mozo le señaló la dirección del coche restaurante.

Eran las diez de la noche, y por los cristales de las ventanillas sólo se veía oscuridad y algunas luces aisladas horadando la lejanía. Los ocultos y eficaces ventiladores mantenían los vagones en agradable temperatura.

El coche restaurante aparecía repleto de pasajeros cenando y conversando animadamente. Se convenció Keller de que no le sería fácil encontrar una mesa libre, si quería cenar en el primer turno. Casi lamentó no haber pedido que le sirviesen en su reservado.

Vacilaba sobre la decisión a tomar, cuando uno de los camareros negros se le aproximó, interrogándole, innecesariamente, si deseaba una mesa. El propio inspector lo consideraba imposible en aquellos momentos, y se sorprendió al oír:

—Si no le importa cenar acompañado, podré acomodarle.

Aumentó su asombro al seguir al mozo, que se detuvo junto a una mesa para dos personas, ocupada solamente por la extraña y bella viajera que le había pedido paso de subida al tren. Ya no llevaba puesto el sombrero, y su espléndida mata de pelo refulgía con brillos dorados bajo las rutilantes lámparas cenitales.

A la súplica del caballero, replicó con la mayor indiferencia, aunque sin exteriorizar disgusto o contrariedad. Dijo que no tenía inconveniente. Estaba dando fin al consomé y a ello se dedicó.

Con alborozo interior, Keller consideró bajada del cielo aquella

magnífica oportunidad de recrearse en la contemplación de tan hermosa mujer, y dando toda una serie de disculpas, cada vez más embarulladas, tomó asiento frente a ella. Apenas si obtuvo una mirada de cortesía.

Fueron sucediéndose los platos. La joven fijaba su vista solamente en el mantel o en la ventanilla. Por su parte, Keller se maldecía «in mente» por no encontrar un pretexto que le permitiese iniciar la conversación. Se sonrojó como un colegial, cuando, impensadamente, una de sus rodillas tropezó por debajo de la mesa con una pierna de ella. Se disculpó con un ininteligible mascullamiento de palabras. Nunca, se decía a sí mismo, había estado tan torpe con una mujer.

Él amaba a su novia, y la bella viajera solo le atraía en su vanidad de hombre. Recordaba demasiado las bromas de su amigo de Nueva Orleans, el agente especial Reese, y le mortificaba no obtener siquiera una sonrisa de los jugosos labios rojos de la joven.

Al fin, cuando ya desesperaba, creyó llegada la ocasión. Ella había terminado los postres y tenía servida una taza de café. Abriendo su bolso, rebuscó algo entre los innumerables cachivaches que suelen llevar las mujeres, y por último, con un gesto de disgusto, pidió al camarero que le proporcionase una cajetilla de «Marlboro» con boquilla de marfil. Al cabo de unos minutos, el mozo regresó, notificando que no tenían de dicha marca, y afirmando que él se la proporcionaría en cuanto hiciesen la primer parada. Rod Keller se atrevió a…

Sacando precipitadamente un paquete de «Philip Morris», se lo tendió, diciéndole galante:

—¡Tome, por favor! Como son de la misma casa, no se diferenciarán mucho, excepto en la boquilla de marfil.

Apareció la sonrisa ansiada, y a partir de aquel instante, el inspector del
F. B. I.
se desquitó del anterior silencio, hablando sobre las distintas clases de tabacos, y pasando, seguidamente, a charlar respecto a temas más íntimos. Se enteró de que ella poseía un establecimiento de pieles de lujo en Nueva York, y él mintió al afirmar que era un viajante de comercio.

Tomaron juntos unas copas de licor, prolongando la sobremesa.

Había tres características en la mujer, que comenzaba a seducir a Keller: sus ojos, grandes, de color verde oscuro, que parecían encerrar en su fondo el misterio de las esmeraldas; sus dos hoyuelos en las mejillas al sonreír, que pedían besos de amor, y su voz, dulce, bien timbrada, sin agudos hirientes al oído.

A las preguntas de él, respondió ella con un mohín de coquetería:

—Llámeme Honey. Es suficiente, ¿no?

—Y ¿esa miel puede probarse?[2]—interrogó Keller, pasándose de osado.

Hubo un gesto de seriedad en el delicado óvalo, más enseguida, como mujer de mundo, eludió la respuesta, variando de tema. Charlaron acerca de licores, y ella aseguró que nunca había saboreado cosa mejor que una bebida peruana, de la cual guardaba una botella en la maleta.

—¿No podría paladear también yo esa maravilla de licor, Honey?

—¡Oh, sí! Pero… no estaría bien que entrase en mi reservado, aunque voy sola.

—No veo nada malo en tomar una copa de esa bebida peruana. Sin embargo, si usted lo prefiere, puede venirse al mío.

Ella no aceptó ni rehusó verbalmente, más se puso en pie, dejando que él pagase la cuenta de ambos.

Conforme la iba siguiendo, a lo largo de los pasillos centrales de los coches «pullmanns», donde por entre las cortinas verdes asomaba algún pie desnudo de los durmientes, Keller se embriagaba con el enervante perfume de la bella.

De súbito, la sospecha de que le había sido tendida una trampa, penetró en la mente del inspector del
F. B. I.,
hombre experimentado en toda clase de ardides y desconfiado por naturaleza y por necesidades de su profesión. Tuvo la certidumbre de que aquella mujer pretendía enamorarlo para… ¡Todo había resultado demasiado fácil! Recapacitando, ella era la más atrevida al invitarle a tomar una copa en lugar reservado, conociéndose apenas. Pese a la natural vanidad masculina, Keller no se consideraba tan arrebatador como para conquistar a una mujer con poco más de media hora de charla. ¡Ella iba buscando los

documentos que condenarían a Samuel Lucius, de Nueva Orleans…!

El compartimiento de la joven estaba contiguo al de Keller. Este ardía en impaciencia por descubrir la verdad de sus suposiciones. Cuando ella le dijo con una sonrisa fascinadora que esperase en el pasillo unos instantes, mientras cogía la botella del licor peruano, el inspector encontró un pretexto para verificar la primera indagación.

—Voy por unas copas al restaurante. No vamos a beber como si estuviésemos en una taberna de marineros.

—No se moleste. Encárgueselas al mozo del coche —le indicó ella.

—El pobre hombre estará amodorrado, y yo tardaré bastante menos en regresar. ¡Vuelvo enseguida!

Y sin esperar su asentimiento, Keller retornó al coche donde había cenado. De una ojeada descubrió al camarero que le había conducido a la mesa ocupada por Honey. Los ojos del negro se agrandaron extraordinariamente, y sus manos, que estaban retirando unos manteles, temblaron, sin duda alguna, al ver que el viajero le enseñaba una insignia en la que se distinguían las siglas del

F. B. I.

—Yo no he hecho nada malo, «señó». ¿Qué quiere de mí?

—Hablar contigo. Y si no me dices toda la verdad, tengo motivos de sobra para encerrarte entre rejas por cerca de cinco años —mintió Keller, en su afán de asustarlo.

Con aquella amenaza fue suficiente para que el camarero se explicase atropelladamente hasta por los codos. Resultaba ser que cuando ella había entrado en el restaurante, le rogó que si llegaba un hombre de las señas del «caballero», lo llevase a su mesa. Un billete de cinco dólares había cerrado el trato.

—Le juro por mi mujer y todos mis hijos, que la señora me dijo que usted era amigo suyo, y quería darle una sorpresa. Yo no vi mal en ello. Se lo juro a usted, «señó», por mi mujer y mis…

—Está bien, hombre. Ahora, cierra la boca, y si alguien te pregunta si yo he hablado contigo, di que no. Desaparece de aquí cuanto antes. Dame un par de copas para licor.

—Ahora mismito, «señó».

Y dejando al negro con el susto metido en el cuerpo, el inspector regresó al vagón número cinco.

Suavemente llamó con los nudillos de la mano derecha en la puerta del reservado donde había entrado la extraña viajera. Oyó su voz dulce, invitándole a pasar, y él lo hizo.

En el compartimiento, idéntico al de Keller, sólo lucía una bombillita verde, que esparcía un resplandor amortiguado y de perturbadores reflejos. Sentada en uno de los sillones, la joven le señaló una botella de barro rojizo.

—¡Ahí ve mi tesoro!

—¿No íbamos a mi compartimiento, Honey?

—¿Para qué, amigo mío? Ya está aquí dentro, y nadie nos salvará de las malas lenguas. Cierre la puerta y acomódese como quiera.

Nada más sentarse, el inspector observó que el tapón de la botella no estaba encajado. Sonrió para sus adentros, pensando que el soporífero ya había sido disuelto en el líquido. ¡Era una trampa tan vulgar, que ni la hermosura del cebo podía encubrirla! Se propuso evitar el peligro y divertirse, al mismo tiempo, a costa de la mujer. Estuvo a punto de echarse a reír a mandíbula batiente, al oír la voz de ella, indicándole maquiavélicamente:

—Sírvase, por favor. Falto a mis deberes de anfitriona, pero es que mi pulso es malísimo. Y a todo esto, todavía no sé cómo llamarle.

—Llámeme Rod. Es suficiente, ¿no? —retrucó él.

—Yo sí que no le pregunto si esa vara puede probarse[3].

—Depende de si cree usted merecerla o no. ¿Nunca ha hecho usted motivos para que la castiguen?

Keller pudo advertir reflejos de inquietud en los aún más verdes ojos de color de esmeralda. ¡No se había equivocado en absoluto! Y en consecuencia, gozando con el peligroso juego, ofreció una copa a la joven y él tomó la otra. Estaba decidido a angustiarla, a desesperarla, llevándose la copa a la altura de los labios, como si fuese a beber y luego bajarla distraídamente, fingiendo mayor interés en conversar. ¡Pretendía comportarse de análoga manera que el gato con el ratón!

Pero todos sus propósitos de burla se derrumbaron al ver que Honey se tomaba el licor con evidente deleite. No daba crédito a su vista y, sin embargo, había observado que no se realizó ningún cambio de copa por arte de prestidigitación.

Y en las verdes pupilas femeninas se dibujó una expresión irónica. Honey disfrutaba con el desconcierto mal disimulado del hombre.

A Keller no le quedó otro camino que beber también. Tuvo que reconocer y alabar la calidad del licor peruano. No era excesivamente dulzón, y al final dejaba un agradable cosquilleo en la garganta, índice de su elevado grado alcohólico.

Ella propuso un brindis por ambos, y las copas volvieron a vaciarse. El ambiente del reservado se hizo más íntimo. Sonaron risas, cristalinas y armoniosas las de Honey; dialogaron vivamente, con atrevimiento galante por parte de Keller; y transportaron fuego las miradas.

Sin poder explicarse, el primer beso fue largo, apasionado y vibrante. Keller tomaba la miel en sus labios, aspiraba el fragante perfume y sentía en su cara el sedoso contacto de la cortina de áureos cabellos.

A pesar de que fueron momentos aquellos de una intensidad que el inspector nunca olvidaría, volvió a ser dueño de sus actos, y su cerebro comenzó a funcionar de nuevo. El instinto profesional le repetía incesante que todo lo ocurrido no era obra suya, sino que manos ajenas empuñaban las riendas. Se había equivocado en lo del licor, pero…

Y como una revelación se adentró en su pensamiento la idea de que Honey le estaba entreteniendo, reteniendo, para, mientras tanto, permitir que un compinche registrase su reservado en busca de la cartera guardadora de los importantes documentos. ¡No lo dudó más!

Casi rudamente, se despegó de los torneados brazos que le aprisionaban. Con disimulo, apretó la muñeca izquierda contra su pecho, sintiendo el bulto del revólver que portaba en la sobaquera. Seguro de sí mismo, no en balde estaba conceptuado en el
F. B. I.
como uno de los mejores tiradores, se puso en pie. Honey le preguntó, contrariada:

—¿Qué te pasa ahora?

—Es ya muy tarde. Me voy a dormir.

—No seas tonto, cariño. Sólo quedan unos dedos de licor en la botella.

Ya lo sabía Keller por el aturdimiento que experimentaba. Con un supremo esfuerzo de voluntad abrió la puerta, diciendo a la bella mujer:

—Mañana será otro día.

—El último beso —pidió ella, mimosa.

—No habrá últimos besos entre nosotros —replicó él, enigmático, dejándola a solas.

No muy seguro sobre sus piernas, anduvo por el pasillo hasta su reservado. No se veía al mozo negro por ningún sitio. Reinaba un tranquilo silencio en el vagón, una calma tranquilizadora, y sólo de fuera llegaba el monótono golpeteo de las ruedas del tren al pasar por encima de las juntas de los raíles.

Abrió la puerta con la mano izquierda, mientras mantenía escondida la derecha en la axila contraria, empuñando el revólver. Si había alguien dentro, no le cogerían desprevenido. Entre las nebulosidades que el alcohol injerido le producía, sólo veía oscuridad. No obstante, antes de pasar, introdujo el brazo izquierdo, buscando el interruptor eléctrico.

Fue instantáneo. De las tinieblas surgió algo que le aplastó la mano derecha contra el pecho, y un objeto duro le golpeó el cráneo fuertemente. Quiso erguirse, más un segundo porrazo le sumió en la inconsciencia…

De un mundo ignorado y desentrañable surgió su espíritu, y en el pensamiento irrumpieron sensaciones que le transmitían su cuerpo. Creía vivir una pesadilla horrible, plagada de enemigos que le acechaban en las sombras. El pretendía perseguirlos para destruirlos, y sus miembros no le obedecían, se rebelaban a sus órdenes de movimiento.

Sentía frío. Abrió los ojos tras una lucha titánica, y poco a poco creyó darse cuenta de que se hallaba tendido en una cama muy dura. Palpó con los dedos. Era tierra áspera. A costa de sufrir un dolor punzante en la nuca, movió la cabeza: en lo alto le hacían guiños unas estrellas.

A pulso, sobreponiéndose al mareo y a las quejas de su cuerpo, pudo quedar en posición de sentado. A unos palmos, brillaba leve en el suelo, como una culebra, un riel de la vía férrea. Entonces fue cuando recordó lo que le había sucedido en el «state-rooms».

Febrilmente se registró los bolsillos: no tenía nada. Le faltaban,

aparte de otras cosas, el «carnet», la placa, el revólver y hasta el monedero.

A duras penas consiguió ponerse en pie. Le dolían horriblemente las articulaciones. Aun a sabiendas de que su búsqueda resultaría estéril, examinó minuciosamente aquella parte del terreno. Se llamó estúpido por pensar siquiera en la remota posibilidad de que a él le hubiesen arrojado del tren junto con su cartera de mano.

Necesitaba llegar cuanto antes a algún poblado e ignoraba su situación. No se distinguían luces por ningún sitio. Desesperado, y renqueando, comenzó a caminar, siguiendo la doble línea de la vía. La imagen de Honey se le había grabado en la memoria indeleblemente. Ella conocería bien los métodos del

F. B. I.

si él conseguía hablar por teléfono antes de que se hiciese de día.

No lo pudo realizar hasta que nacieron los primeros resplandores del alba, en una villa donde tuvo que empezar por convencer al «*sheriff*» local de que él era un inspector especial del «Federal Bureau of Investigation». Necesitó llamar telefónicamente a Washington y desde allí corroboraron sus afirmaciones, librándose de ser encerrado en un calabozo por indocumentado y sospechoso.

A partir de aquel día, Roderick no tuvo ni un solo instante de paz. Todo fueron contratiempos, acusaciones, reproches… Honey había desaparecido misteriosamente del tren; como asimismo, la cartera oculta bajo el sillón.

Llamado a presencia de John Edgar Hoover, su historia no pareció convencerle. Le escuchaban todos atentamente al relatar su éxito en la investigación de los libros contables de Samuel Lucius, de Nueva Orleans, pero cuando llegaba a lo de la singular viajera, Keller notaba sonrisas veladas. No comprendían que su intención había sido desenmascarar a la joven. Escépticos, le creían burlado por una mujer a cuyos halagos no supo resistir.

Su situación en el

F. B. I.

se agravó todavía más, al conocerse que la misma noche de lo sucedido en el tren, había ardido por completo el edificio donde el magnate financiero Samuel Lucius tenía sus oficinas. La correspondiente compañía aseguradora había hecho sus pesquisas y comprobaciones con el rigor de siempre, y estaban dispuestos a

pagar la indemnización, al no hallar la menor prueba de que el siniestro hubiese sido ocasionado intencionadamente. El resultado era que ya nunca más podría sentarse a Samuel Lucius en el banquillo de los acusados por eludir el pago de los impuestos; no había quedado ni rastro de los libros, convertidos en cenizas.

Keller se defendía tenaz contra las acusaciones del tribunal secreto formado por los jefes del
F. B. I.
Insistió en que se averiguase quién era la mujer llamada Honey. Dio sus señas personales, reveló que bien podía ser una modelo de una casa de pieles de lujo, e hizo hincapié en que se sometiese a un severo interrogatorio al propio Lucius, exigiéndole que confesase su participación en el atentado. Por más que trató de conseguir permiso para realizar él mismo las indagaciones, no lo obtuvo. Y los agentes encargados de tal misión, regresaron a las pocas fechas con las manos vacías.

La sentencia del tribunal del Cuerpo fue degradar al inspector especial Roderick Keller dejándolo en simple agente. Y aún tuvo que agradecer, mediando su magnífico historial, no ser expulsado del
F. B. I.

Y lo que él no se explicaba era aquella decisión del director de enviarlo a Hawái acompañado de Benley y de Jervis, casi en calidad de detenido, a efectuar unas gestiones de tipo puramente burocrático. Sin duda alguna, sus jefes ya no le concedían la confianza anterior. ¡Su carrera estaba arruinada!

Y para colmo de sus desdichas, enterada su novia de todo lo ocurrido, se desplazó desde Nueva York a Washington. Fue una entrevista borrascosa. Ella le acusaba de infidelidad. Hubo lloros, reproches e insultos de los que dejan huella en el corazón de los enamorados.

Por último, como si todas las fuerzas de la Fatalidad se hubiesen puesto en acción contra él, había estado a punto de matar a Jervis en el saloncito de la «*suite*». Gracias a Dios, una voz interior le avisó del terrible crimen que iba a cometer, y sus músculos se relajaron y sus dedos soltaron el revólver que le habría permitido escapar del barco y buscar en Nueva York a la dama misteriosa, causa de su deshonor y de su perdición…

AVENTURAS DEL **F. B. I.**

¡NO TIENEN RIVAL!

¿POR QUE? PORQUE LAS DEFIENDEN

Jack, agente del **F. B. I.; Bill Boy,** un muchacho como hay pocos, y **Sam,** el hombre de la risa.

III

LA FUGA

L balanceo de la motonave y una serie ininterrumpida de largos toques de sirena sacaron a Roderick Keller de su sopor, durante el cual habían desfilado por su memoria los principales acontecimientos de los últimos tiempos de su vida.

Colocándose boca arriba, entreabrió los párpados. Levantando el antebrazo izquierdo, echó una ojeada a su reloj de pulsera: había transcurrido casi media hora desde que salieron de puerto.

Un suspiro de rabia se escapó de sus labios: ya no tenía salvación. San Francisco quedaba muy atrás, y sólo Dios sabía cuándo retornaría al continente americano. Su destino no le

pertenecía sino a los altos jefes del «Federal Bureau of Investigation». Por muy pronto que regresase, los rastros a seguir, para desentrañar el misterio, ya se habrían enfriado.

Le desesperaban los continuos alaridos de la sirena del barco; le vibraban los tímpanos como si fueran a rasgarse. Echado en la cama, se rebuscó en los bolsillos de la chaqueta hasta encontrar un paquete de cigarrillos y el encendedor. Era el tabaco un magnífico sedante para sus nervios excitados.

A través de la entornada puerta que comunicaba la alcoba con el saloncito, oía las frases de ritual en el póker, pronunciadas por Jervis y Benley. Escuchó sin atención lo que el primero comentaba, aparte del juego:

—Ha de ser una niebla espesísima para tanta sirena.

—Lo corriente en octubre por estas costas —detalló el otro—. ¡Trío de reyes! ¡Gano yo!

Tras escuchar el anterior diálogo, Rod no le dio importancia. Fue a los pocos minutos cuando en el pensamiento comenzaron a germinar y robustecerse ideas de fuga. ¡Una niebla espesísima!

A igual de las aguas del torrente invadiendo turbulentas la tranquilidad del valle, fueron apoderándose de su mente los propósitos de evasión. Si lograba, mediante un ardid, salir de la serie, no le sería muy difícil arriar un bote de salvamento y en él remar hacia la costa sin que ninguno de la tripulación o del pasaje se diera cuenta ¡La cortina de la niebla ocultaría todos sus movimientos! ¡Necesitaba reducir a la impotencia a sus acompañantes! ¡Benley guardaba la llave de la puerta de salida! ¡Sin armas, tenía que engañarlos!

Sacudido interiormente por la fiebre de la acción, consumiendo impaciente el cigarrillo, cavilaba sobre la forma de desarmarlos e inmovilizarlos. No le sería fácil, porque desconfiaban de él.

Transcurrieron varios minutos mientras pensaba distintas añagazas, que enseguida desechaba por demasiado burdas. No olvidaba que Jervis y Benley eran agentes especiales del
F. B. I.,
expertos conocedores de toda clase de trucos; habría sido muy diferente enfrentarse con otra clase de personas. Por otra parte, no le convenía esperar a que se acostasen, con objeto de aprovechar su sueño, porque entonces la motonave estaría excesivamente lejos de

las costas californianas y sería peligrosa la navegación en un frágil bote, a través de la niebla y sobre un mar embravecido.

Al pasar un cuarto de hora, Rod oyó con verdadero placer que Jervis daba por terminada la partida y anunciaba que se iba a acostar, y no fue menor su satisfacción al escuchar la réplica del violento Benley:

—En mi vida he comprendido cómo un hombre puede desertar ante una botella de «*whisky*». Yo me acostaré en cuanto la termine. Ten cuidado con ése. Cuando me acueste os cerraré la puerta, por si acaso…

Rod vio aparecer a Jervis, con su rostro pecoso algo arrebolado por las consecuencias del alcohol.

—¿Qué? ¿No te metes en la cama, Keller?

—Sí; ahora —repuso Rod, fingiendo resignación.

Tal como esperaba, Jervis, antes de acostarse, penetró en el cuarto de baño, y al momento se le oyó frotarse los dientes.

Domando sus nervios, el exinspector se levantó con aparente calma y entró a su vez en el cuarto de baño, entornando la puerta disimuladamente con la espalda. El otro estaba terminando de enjuagarse la boca, frente al espejo del lavabo. Keller se puso a lavarse las manos, tomando seguidamente una de las toallas.

—¿Quién ha ganado, Jervis?

—¡Yo! ¿Quién, si no? A Benley se le descubre enseguida la jugada que lleva; le traiciona la cara.

En tanto que el agente hablaba afable, Rod estudiaba la situación. El espejo delataría, por reflejo, la iniciación de su ataque y Jervis tendría tiempo de hurtar el cuerpo; además, con un grito suyo alarmaría al del perfil de gladiador, y de nuevo se hallaría en el dilema de matar a un compañero o de someterse.

Le espiaba, aparentaba escucharle, y ansiaba que se separase del espejo.

Por fin, Jervis se apartó del lavabo, encaminándose hacia la puerta, y volvió la espalda al exinspector. Éste, de una zancada sigilosa, con los músculos tensos como una pantera, le pasó velozmente el brazo izquierdo por delante y le apretó el cuello contra su propio pecho. Con la mano derecha, la toalla fue a taponar la boca del agente.

Jervis, pasado el primer instante de sorpresa, quiso reaccionar y

defenderse, más el espeso tejido le ahogó un grito de alerta instintivo, y después, el dogal de músculos le estrangulaba de tal forma, que comenzó a faltarle la respiración.

Soltando la toalla, ya innecesaria, demostrando un claro conocimiento de las reacciones humanas en tal situación, Rod le agarró con su derecha la mano que el agente iba a emplear para empuñar el revólver. Con un movimiento hábil, de luchador profesional, le retorció el brazo, a la vez que apretaba su cuerpo contra sí, inmovilizándolo y asfixiándolo paulatinamente.

Jervis se resistía, movía las piernas, pretendiendo golpear las espinillas de Keller, y sólo conseguía que el lazo le apretase más y más, Sus intentos de voltear por encima al exinspector fueron inútiles.

Era un forcejeo silencioso, obstinado, sin variar de sitio, porque las plantas de los pies de Rod parecían enraizadas en el piso del cuarto de baño.

A semejanza del pez que va dejando de dar sacudidas en la mano del pescador, así le ocurrió a Jervis, casi ahogado, sintiendo que el contenido de sus pulmones pesaba como el plomo. Los ojos se le salían de las órbitas, y, por último, con la boca entreabierta, ansiando un aire que no podía aspirar a causa de las tenazas de hierro que le cerraban la garganta, se desplomó inerte, al doblársele las rodillas.

Empleando un cuidado que pudiera calificarse de paternal, Keller depositó el exánime cuerpo tras la puerta. Había graduado la presión y le satisfizo comprobar de una ojeada que Jervis no estaba muerto.

Fraguado y cubierto en su primera etapa el plan de evasión, el exinspector buscaría la libertad, aunque procurando no causar daños de importancia a sus acompañantes. Y con el fin de no cometer un fatal desatino en el caso de hallarse en un apuro al reducir al otro, desdeñó el revólver del yacente pecoso.

Comenzó por abrir la puerta, y recogiendo a continuación la caída toalla, se situó de forma que desde el saloncito se le viera. Y entonces, llamó en voz alta:

—Oye, Benley, ven un momento. Jervis dice que tú no le ganas nunca al póker, que no distingues unas figuras de una escalera de color —y seguidamente, bajando algo el tono, como si dialogase

con Jervis, comentó—: No puedo creerme ese cuento de que le has ganado cincuenta dólares esta noche. ¡Algunos menos habrán sido! ¡No considero a Benley tan tonto!

Se oyó exclamar al del perfil de gladiador en el saloncito:

—¡Valiente mentiroso! ¡En su vida ha visto ese cincuenta machacantes juntos! Y si se ha embolsado una docena míos, ha sido porque no quiso seguir de puro miedo que tenía, sin darme ocasión a la revancha.

Colmando el efecto conseguido, Keller recalcó en alta voz:

—Pues Jervis me está diciendo que eres un fanfarrón de los mejores, que si ganas alguna vez es porque haces trampas.

Sonó el ruido de la mesa al ser corrida violentamente, y Benley, con los ojos enrojecidos, entró en la alcoba. Al andar se le notaba falta de firmeza en los pasos. El solo podía ver a Keller dentro del cuarto de baño, enjugándose las manos con una toalla. Empleando un hablar estropajoso, recalcó:

—A Jervis voy yo a ponerle los puntos sobre las les. ¡Eso es! ¡Sobre las les! ¡Me llama a mi fanfarrón, y el fanfarrón es él! ¡Eso es! ¡Un fanfarrón! ¿Dónde se ha escondido?

Simulando sonreír, Rod señaló detrás de la puerta del cuarto de baño. Y el mareado Benley se aproximó, ignorante del ataque que le aguardaba, cayendo estúpidamente en la celada tendida.

De un salto, Rod le acometió en cuanto lo tuvo a su alcance. Fue un «plongeon» prodigioso, mediante el que logró a la primera embestida hundirle el cráneo en el estómago y derribar a tierra al agente. Éste pareció desprenderse de los vapores alcohólicos que enturbiaban su cerebro, al choque con el suelo, y reaccionó bravíamente, impulsado, en realidad, por la excitación de enfrentarse al exinspector y por la ira de ser atacado cuando menos lo esperaba.

Fornido como era, consiguió despegar de sí a Keller, empleando sus robustos antebrazos. Y apoyándose en la cama de la derecha, fue a levantarse para atacar a su vez. Pero Rod se había puesto en pie rápidamente, mediante una extensión de las rodillas, y se le abalanzó, volviendo ambos a rodar por el suelo.

Con las espaldas pegadas al piso, el agente especial soportaba sobre su pecho el cuerpo de su contrincante, porque la serie de puñetazos que le caían en cabeza y cuello lo tenían desconcertado.

El instinto de defensa le obligó a doblar la pierna derecha y con ella consiguió elevar a Keller de media cintura para abajo. Y a continuación, una vez conseguido este espacio, recordando las enseñanzas recibidas en la Academia; hizo un veloz movimiento de tijera con las piernas, bajando la derecha y subiendo la izquierda, cuya rodilla se incrustó con la fuerza de un ariete en el bajo vientre del exinspector.

Salió despedido materialmente Keller, bajo los efectos del contundente rodillazo en la parte más sensible del cuerpo humano, quedándose encogido a causa del intenso e insoportable dolor. Yacía como aletargado, contraídas sus facciones, conservando vida únicamente en los ojos, pendientes del movimiento que Benley hacía con su mano diestra para desenfundar el revólver. ¡Aquello sería la perdición de Roderick!

Nunca supo de dónde sacó la energía para poder saltar sin impulso alguno y lo suficiente para conseguir alcanzar con sus dedos la mano que ya surgía armada. Indudablemente, la desesperación que ardía en su ser le robustecía y animaba a luchar en busca del triunfo.

Apretó como si las articulaciones de sus dedos fueran muelles de buen y recio acero, obteniendo la ventaja de mantener la línea de tiro del arma en el sentido que a él le convenía, pese a los esfuerzos de Benley por variarla. Y Keller, empleando el puño izquierdo, recargando en él toda la energía de su cuerpo, le aplicó en la mandíbula un gancho fulminante y demoledor. Dando una sacudida bestial de cabeza, hacia atrás, el del perfil de gladiador se derrumbó pesadamente, sin sentido, retorcido en una postura inverosímil.

Jadeante, revuelta su rebelde cabellera negra, el exinspector se irguió.

Continuaba sonando la sirena en el exterior, y ahora Keller tuvo la impresión de que le animaba a proseguir la tarea empezada.

No era su intención matar ni hacer daño a los dos vencidos, sino utilizarlos simplemente hasta que su prolongado encierro llamase la atención del camarero de la serie. Éste era su noble propósito, aun a sabiendas de que ellos no tardarían en comunicarse con tierra por la emisora de a bordo. Notificarían a todas las autoridades, en especial a las Divisiones del
F. B. I.

próximas a las costas del Pacifico, la fuga y las señas personales del degradado inspector Roderick Keller. Sería perseguido como un desalmado delincuente.

No obstante, prefiriendo correr peligros a asesinar a personas inocentes, se limitó a ligar y a amordazar a Jervis y a Benley, empleando tiras de sábanas y toallas, y a ambos los dejó encerrados en el cuarto de baño.

Tras registrarlos, se había apoderado de cuánto dinero llevaban y de una insignia de agente especial del

F. B. I.

Ninguno de sus «carnets» le serviría de nada, porque las fotografías le delatarían. Del bolsillo izquierdo del pantalón de Benley sacó la llave de la puerta de la «*suite*».

En la alcoba, recogió el caído revólver, guardándoselo en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta.

Se encontraba ya en el saloncito, a punto de salir, cuando el teléfono sonó insistentemente, haciéndole dar un respingo. Vacilaba entre no hacer caso o cogerlo, a fin de no despertar las sospechas de quien llamase. Determinándose por esto último, descolgó el auricular. Se trataba del camarero, extrañado de que no le hubiesen pedido de cenar.

—No; ninguno de nosotros cenaremos esta noche. Lo hicimos ya en tierra, a última hora. ¡Ah! Y mañana, no nos moleste para nada; estamos muy fatigados. Ya le avisaremos para que nos traiga el desayuno —le notificó Rod, cortando la comunicación.

De esta manera, tendría bastantes horas de ventaja.

Salió de la serie al iluminado pasillo y echó la llave por fuera. A buen paso, más sin precipitación, como si fuese un simple pasajero, se encaminó hacia cubierta.

Una espesa niebla, pegajosa y tibia, envolvía al «Almirante Shaterley», no distinguiéndose un bulto a más de dos yardas. Los altos reflectores no conseguían perforar con sus rayos la masa de vapor, que llegaba a obtener casi la densidad del algodón. A los toques de la infatigable sirena se unían los acordes de una orquesta de «*jazz*»: los pasajeros estaban divirtiéndose en el salón de baile.

Orientándose, Keller se fue aproximando a la borda de estribor. Echó rápidamente mano al revólver que llevaba, al chocar con un cuerpo humano. Se contuvo antes de cometer una barbaridad, pues

escuchó, sin conseguir conocer las facciones de su interlocutor:

—¡Oh, perdone! ¡Esta maldita niebla no permite dar un paso sin tropezar con alguien o con algo!

—Sí, es cierto —confirmó Keller, lacónico, separándose del otro.

Y apoyado en la borda, se convenció de que el encuentro había sido totalmente casual, pues vio fundirse su silueta con la niebla. Abajo, desde muy hondo, subía el murmullo del mar al lamer los costados de la motonave. No debía hacer mucho oleaje, y aquello era un buen síntoma, aumentándose sus probabilidades de llegar a tierra sin grandes contratiempos.

A la vez que la impaciencia, convertida en fiebre, que le hacía latir el corazón con secos golpetazos, los toques de sirena le sacudían los nervios. Creía oír una voz poderosa que insistía en animarlo a darse a una fuga precipitada, sin adoptar las debidas precauciones. Y a lo que él estaba obligado, en realidad, era a ser cauto en extremo. Si descubría sus actos alguno de la tripulación, la voz de alarma correría como reguero de pólvora por todo el barco.

Recordando el emplazamiento normal de los botes salvavidas, logró descubrir uno, y a tientas comenzó a maniobrar para echarlo al agua.

Se consideraba ya a punto de obtener la libertad, cuando oyó relativamente cercano un tono de sirena distinto al de la perteneciente al «Almirante Shaterley». Y a continuación, tuvo la impresión de que bajo sus pies había un terremoto, al mismo tiempo que escuchaba un ruido horrísono de planchas metálicas y de madera hundidas y resquebrajadas. Parecía como si un paquidermo colosal empujase a la motonave, la cual se escoró peligrosamente de estribor.

Perdiendo el equilibrio, y sin poder evitarlo, Roderick Keller fue lanzado al abismo. En sus tímpanos llevaba impresos el terrible estampido y el desesperado lamento de la sirena, similar al grifo de un animal malherido.

Su cuerpo chocó con la superficie del mar, sumergiéndose hasta que reaccionó, por instinto de conservación. Experto nadador, a pesar de la ropa, braceó vigorosamente y consiguió ascender y volver a sacar la cabeza al aire. No veía absolutamente nada, y esto le atemorizaba. No tenía ningún punto de referencia, creía estar nadando entre un fluido viscoso por el que no tardaría en ser

absorbido.

Chillidos de horror y llamadas de socorro hendían la niebla. A su alrededor, más sin descubrir la causa, sonaban chapoteos que levantaban olas de cierta importancia, a juzgar por las repentinas subidas del agua, obligándole a estirar el cuello cuanto le era posible.

De súbito, algo voluminoso le cayó encima, golpeándole el cráneo e introduciéndolo dentro del agua. Medio desvanecido, braceando locamente, trató de reponerse para salvar su vida. Cuantas veces quería alcanzar la superficie líquida, su cabeza tropezaba con un cuerpo duro. El aire de sus pulmones comenzaba a enrarecerse, y brazos y piernas se negaban a seguir trabajando en vano.

Llegó un instante en el que sentía irrefrenables deseos de abrir la boca y aspirar aunque fuese agua, porque el pecho amenazaba con estallarle. Si su cerebro estaba abotagado, incapaz de emitir órdenes a los miembros, un sexto sentido, una energía desconocida, tal vez la Vida misma rebelándose contra la Muerte, le condujo a desistir de sus intentos por ascender y a optar por desplazarse horizontalmente entre dos aguas.

Luego, conforme el entendimiento se le iba oscureciendo, ya no supo cómo retornó a la superficie y a sentir el cálido aire acariciándole la cara. Notó vagamente que sus dedos tocaban algo rígido, algo flotante que se mecía y hundía para surgir de nuevo, y a ello se agarró con la desesperación del ahogado. Por último, la niebla de la atmósfera pareció penetrar en su cerebro, anegándolo en tinieblas absolutas y sumiéndolo en el desvanecimiento.

—¡Vamos! ¡No se haga más el niño delicado! ¡Anímese, hombre!

Roderick Keller creía oír entre sueños estas frases, como también sentía que le frotaban el pecho. ¿Estaba soñando? se preguntó a sí mismo.

Y al pensar esto, la luz se hizo en su cerebro y comprendió que vivía, después de los angustiosos minutos transcurridos en el agua. Levantó los párpados, al pasarle algo ardiendo por la garganta, y vio a un desconocido, una cara llena de arrugas por la parte donde no la cubría una barba hirsuta y canosa, que mantenía en alto un vaso de aluminio.

—¿Qué? ¿Ya somos otra vez hombres? —le oyó preguntar con

voz cascada, pero simpática.

Llevándose las manos a las sienes, Rod se irguió de medio cuerpo para arriba. De una ojeada en derredor, pudo saber que se hallaba echado en un catre, dentro de una cabaña de toscas paredes. Un hermoso fuego ardía en el hogar a ras del suelo, esparciendo un calor agradabilísimo.

Al fin, volvió a mirar al hombre que le había hablado y que le contemplaba con una mueca de satisfacción. Era un tipo curioso. Ya habría pasado de los sesenta años de edad, y, sin embargo, sus ojos chispeaban con la vivacidad de la juventud. Relucía roja su nariz en forma de porra, y brillaba también su grueso y remendado chaquetón, a causa de las manchas de grasa que lo cubrían. Miles de piezas formaban sus pantalones, como el tablero de un ajedrez polícromo, y el sombrero, echado hacia atrás, y con una pluma prendida, le confería un aire gracioso, de borrachín que sale de una taberna dispuesto a entrar en la siguiente. Las guías del bigote, tostado sin duda por el tabaco, le caían lacias sobre las comisuras de los labios.

—¿Dónde estoy? —preguntó el exinspector, aún no repuesto del susto pasado, y sumamente extrañado de hallarse con una persona de atuendo tan extravagante y en un lugar como aquél.

—¡Vaya! ¡Eso va mejor! ¡El niño ya ha aprendido a decir «papá»! ¡Ande! ¡Tome otro trago, que es gloria pura!

Con la obediencia de un chiquillo enfermo, Rod bebió en el vaso de aluminio, y de nuevo sintió abrasarse su garganta. El contenido era ron caliente y le hizo mucho bien, pues la sangre comenzó a circularle intensamente por las venas, despejándosele el pensamiento.

Entonces se dio cuenta de que estaba desnudo y de que sobre una banqueta de tres patas se hallaban el revólver, la insignia de agente especial y los billetes quitados a Benley y a Jervis.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —preguntó.

—En mal sitio no está usted, amigo. Y yo soy un pobre hombre que vive de la pesca —repuso el vejete, después de echar parsimoniosamente un trago de una botella de vidrio amarillento.

—¿Qué pasó? ¿Cómo estoy yo aquí? ¿Qué pasó con el barco?

—No sé de qué barco me está hablando, amigo. Lo único que pasó fue que yo venía de echar mis redes, y mi barca tropezó con

un tablero en el que usted iba panza abajo, igual que un rano. Y aquí lo traje. Me ha costado Dios y ayuda reanimarlo. ¡Estaba usted empeñado en quedarse en el otro barrio! —Y el curioso tipo rió conejunamente, dándole otro tiento a la botella.

—¿Me quiere dar mi ropa?

—Ahí la tiene, secándose al fuego.

Levantándose y poniéndose de espaldas a las llamas, Keller semejaba una estatua de atleta griego. Viéndole vestido no podía suponérsele tan musculoso. En su cuerpo no se descubría ni un gramo de grasa, y sus bíceps abultaban extraordinariamente.

El dolor que experimentaba en la bóveda del cráneo le hizo llevarse la mano a la cabeza. Se palpó un bulto bajo el pelo.

—Tenía usted un chichón más gordo que un huevo, amigo —comentó el individuo, muy divertido.

—Oiga: ¿qué hora es? Dígame de una vez dónde estoy.

—Pues, la hora… ¡estará el sol para salir, aunque la neblina sigue! Y como estar, está usted aquí, ¿no es eso? Y esto, pues, está… ¡entre Santa Cruz y San Francisco!

La forma de responder del viejo irritaba sobre manera a Keller, que de buena gana le habría hecho revelar a la fuerza cuanto a él le interesaba. No obstante, en atención a que le había salvado la vida y a su idea de no hacerle sospechar respecto a su condición, tenía presente que era un fugitivo, se limitó a interrogarle:

—¿Ha salido usted de aquí mientras yo permanecía sin sentido? ¿Ha venido algún vecino?

—Escúcheme, amigo: esa chapa de «poli» no le da a usted derecho a hacer tantas preguntas. Yo no soy más que un pescador, honrado a carta cabal. Pero, para su entera satisfacción, le diré que cómo iba a salir de aquí si he estado liado con usted a toda marcha, para recobrarlo. Y en cuanto a visitas de vecinos —aquí el vejete sonrió grotescamente—, no hay en todos los alrededores ni un alma, y aunque la hubiese, con el viejo Pat nadie quiere nada, ¡ni yo con ellos!

Indudablemente, el pescador le había tomado por policía, después de ver la placa, y sabiéndolo, Keller lo aprovecharía, engañándole conforme conviniera a sus proyectos.

—Sepa usted que soy una autoridad, encargado de descubrir un asunto importante por estas costas, y necesito que nadie, sépalo

bien, nadie se entere de que estoy aquí. Será usted responsable ante los Tribunales si se va de la lengua.

Quedó enmudecido el pescador al escucharle, y hasta se habría podido jurar que su nariz subió de rojo.

—No sé… no sé, amigo, lo que puede haberle traído a usted por aquí; si no hay nadie en estos lugares.

—Eso es cuestión mía —le contestó Rod, adoptando el tono que había visto emplear a los policías cuando trataban con gente humilde—. De todas formas, como usted me ha hecho un gran favor y se ha portado bien conmigo, le recompensaré —y mirando los billetes, prosiguió—: Ya veo que es usted una persona honrada.

—¡No lo dude, amigo! ¡Yo soy honrado hasta los pelos! Lo fue mi abuelo, mi padre, y yo más que ninguno de ellos dos —aseveró el tipo, gesticulando ridículamente—. Y ahora, si le va bien, tomaremos un bocado. No le echaré sal a los huevos, porque bastante tomó usted con el agua del mar.

Y riendo entre dientes, como si encontrase muy divertido cuánto había pasado, colocó una sartén roñosa sobre la lumbre. A hurtadillas, de abajo arriba, miraba al náufrago, que estaba vistiéndose.

—Voy un instante afuera, amigo. A traer una poca leña fina para alegrar el fuego.

Quedó a solas Rod en la cabaña, calzándose, y maquinalmente, observó un bulto tapado con una red y unos cestos de esparto. Arrastrado por su manía profesional, de aclarar cuanto le parecía ilógico, notó que en la cabaña no se respiraba el peculiar olor de la pesca.

Acercándose, descubrió que la red estaba casi podrida, de no usarse en muchos años, y los cestos sólo habían contenido polvo desde que fueron confeccionados. Entonces se percató de que el individuo aquel no tenía trazas de pescador.

Más que picado por la curiosidad, echó a un lado cestos y red, y rasgó la envoltura de lona con el cuchillo de cocina. Su primer hallazgo fue una tela de color azul celeste, brillante y suavísima. ¡Era seda natural, magníficamente tejida! Revolviéndolo todo, encontró más piezas de seda y unas figurillas chinas de plata y marfil.

Sin molestarse en recomponer el bulto, esperó a que entrase el

viejo.

—¿Pesca usted esto con red o con anzuelo?

El haz de leña se desprendió de los brazos del falso pescador, machacándole los pies sin arrancarle un grito, tal era su consternación. Puso cara de simio entristecido, y no respondió.

—Usted es un contrabandista, ni más ni menos —le acusó Rod, simulando una severidad que estaba muy lejos de sentir.

—Yo… yo… pues, verá usted… Es que el otro día vino un conocido mío, cargado con eso, y me pidió por favor que se lo guardase yo, porque él se iba de viaje. Yo soy un pobre hombre que no sabe decir que no a los amigos, y que, en verdad, yo no sé lo que quiere decir contrabando.

—Contrabando quiere decir unos años de cárcel.

—¡No! ¡Eso no, señor policía! ¡Por lo que más quiera! Yo soy ya viejo y me moriría allí encerrado, con lo que a mí me gusta la mar. ¡Tenga usted compasión de mí! Reconozca que yo no soy una mala persona del todo. Ya ha visto que yo le he salvado, «aunque tenía usted un capitalazo en los bolsillos». ¡Pocas personas serían tan decentes como yo! ¡Otras se habrían quedado con el dinero, y lo hubiesen tirado a usted al agua, a que le pidiese cuentas a los peces!

Era un redomado pillo el vejete, y además un gran comediante. Por sus gestos y ademanes exagerados, Keller estuvo a punto de echarse a reír. Reprimiéndose a duras penas, a fin de conservar una expresión seria, le dijo:

—Agradezca a que ha dado usted con un policía que tiene corazón y sabe pagar los servicios. Me portaré bien; ya verá lo que hago más adelante. Y no olvide que si alguna vez chismorrea más de lo debido, usted sólo se delatará y dará con sus carcomidos huesos en un calabozo. A nadie debe contarle nunca que yo he estado aquí. ¿Entendido? Y ahora, a freír esos huevos.

—Sí, señor; sí, señor. ¡Y muchas gracias! Voy a ponerle también unas magras, que se va usted a rechupetear los dedos.

Era media mañana cuando el exinspector, completamente restablecido después de dormir unas horas, salía de la cabaña. A menos de media milla brillaba la superficie del mar a los rayos solares, disipada la niebla.

La cabaña se hallaba protegida tras un promontorio rocoso, y no se distinguía ninguna otra edificación por los alrededores próximos.

Únicamente, a la izquierda, en la lejanía, se divisaban los tejados de una aldea.

Fumando un cigarrillo de tabaco de hebra liado con papel corriente, pues el contrabandista sólo fumaba en pipa, tomó asiento sobre una peña. El efecto de la brisa marina y del sol, restablecieron el orden de sus pensamientos.

Rod estaba preocupado con lo que habría sucedido en la motonave. Necesitaba conocer detalladamente lo ocurrido, pues de ello dependían sus planes de fuga. Tal vez si la Fortuna volvía a ponerse de su parte, Benley y Jervis le darían como desaparecido en el naufragio. Todos creerían que él había muerto al intentar huir, y el

F. B. I.

le «haría baja» en sus ficheros. Con tal seguridad, su labor de justicia no sería obstaculizada.

Regresando al interior de la cabaña, encargó al viejo que se encaminase al pueblo en busca de algunos periódicos de la mañana. Le repitió las advertencias hechas anteriormente, respecto a la conveniencia de que no hablase de más.

El contrabandista se alejó, prometiendo traer los diarios y algunas latas de conservas para el «señor policía».

En prevención de una posible indiscreción del viejo, Keller se pasó las horas que duró su ausencia escondido en el promontorio, oteando el horizonte en dirección de la aldea. Como distinguiese a algún grupo de personas acercándose o un vehículo cualquiera, huiría de aquellos parajes, camino de San Francisco, la gran ciudad donde podría esconderse en su «barrio chino» hasta que hubiese pasado la primera oleada persecutoria.

Cuando le vio regresar, solo y cargado con unos paquetes, le salió al encuentro, impaciente por leer los periódicos. No necesitó perder el tiempo en buscar lo que le interesaba. En primera plana, y encabezada por grandes titulares, la noticia del naufragio de la motonave «Almirante Shaterley» destacaba trágicamente.

En el artículo se relataba que en la noche pasada, el «Almirante Shaterley», a las pocas horas de zarpar de San Francisco, y a causa de la espesa niebla, había sido abordado por el crucero «América», perteneciente a la Marina de los Estados Unidos, y partido casi en dos mitades por la poderosa proa blindada, que se incrustó en su

costado de babor. La noche había aumentado el desastre y entorpecido el salvamento de los náufragos que pudieron tirarse al agua y aguantar, nadando, a que los recogiesen las lanchas del crucero. El «Almirante Shaterley» se había hundido, arrastrando al fondo del mar a la mayor parte de los pasajeros y tripulantes.

Y a continuación, la Empresa propietaria de la motonave, facilitaba una lista de desaparecidos, dándolos por muertos, puesto que los consideraban ahogados dentro del barco siniestrado.

Le temblaba extraordinariamente el pulso al exinspector, y su corazón le latía con la fuerza del martillo en el yunque, al leer lo siguiente:

> «Tres agentes especiales del nuestro admirado "Federal Bureau of Investigation", llamados Edward Jervis, Roderick Keller y Thomas Benley, han perecido también, pues no se les ha identificado entre los salvados ni entre los cadáveres recogidos. Han muerto en acto de servicio».

Inconsciente, haciendo mil pedazos de los periódicos, Keller anduvo hasta la playa y su mirada quedó perdida en el horizonte. Su rostro aparecía demudado. Por la boca entreabierta se le escapaba el silbido de una respiración agitada.

Luego se llevó la mano a los ojos, tapándoselos, como si no quisiera ver una escena horrorosa. Sin embargo, no pudo evitar que en su mente «viese» los cadáveres de sus compañeros Jervis y Benley, flotando hinchados dentro del cuarto de baño, en el fondo del mar.

Imaginaba, estremecido, la muerte horrorosa que habrían tenido: inmovilizados por las ligaduras, el agua entrando en bloque, después de derribar la puerta de la «*suite*» a causa de la presión submarina, sus esfuerzos por salvarse, su desesperación de ni siquiera poder gritar pidiendo auxilio, por las mordazas, y al fin, la asfixia…; con pleno conocimiento, la muerte más horrorosa que inventarse pueda.

Keller se odió a sí mismo. Se llamaba verdugo y criminal. Durante un momento, cruzó su pensamiento la idea de morir, en expiación de su terrible culpa.

Sus principios religiosos, la fuerza del raciocinio que le

argumentaba su falta de culpabilidad, «al huir, él no sabía que ocurriría tal desgracia», y la plena seguridad de que los verdaderos responsables eran los mismos que le sumieron a él en la desgracia, Samuel Lucius, Honey y sus compinches, le hicieron volver en sí, recobrarse, y sentir un deseo incontenible de hacer justicia en nombre del
F. B. I.

¡Samuel Lucius! ¡Él era el asesino! ¡Su codicia, sus malvadas acciones y sus prácticas criminales, habían matado a Jervis y a Benley!

¡Él, Roderick Keller, «un muerto en vida», no tardaría en castigar a los culpables!

Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.
A
EDITORIAL ROLLAN
SAN BERNARDO, 68.—MADRID

IV

«¡EL VENGADOR NEGRO!»

SAMUEL Lucius, después de cincuenta años de traficar con toda clase de mercaderías y tratar a infinidad de negociantes, había llegado a la conclusión de que todo, en esta vida, puede conseguirse con dinero. Y este erróneo convencimiento le hacía ser un hombre de rapiña, y hasta sus facciones tenían cierta semejanza con las aves de este género.

El monumental y valioso reloj de péndulo que se levantaba en el suntuoso «*hall*» de su palacio, en Nueva Orleans, acababa de hacer sonar once campanadas lentas, ceremoniosas, como lentos y

ceremoniosos eran los criados cerrando ventanas y puertas, antes de retirarse a descansar.

El dueño de la lujosa mansión se hallaba en la biblioteca, a solas, trabajando infatigablemente en los documentos que, al día siguiente, le proporcionarían aumento en su ya crecido capital.

La gente decía que Lucius poseía varios millones de dólares y murmuraba que, por el contrario, era pobre de sentimientos humanitarios. Nadie se atrevía a enfrentarse con él, porque sus enemigos, más temprano o más tarde, terminaban arruinados y escarmentados para toda su vida.

Con dedos largos y nudosos, que más semejaban garras, tocaba, revolvía y doblaba papel por papel, bajo el foco del flexo situado sobre su mesa. El resto de la estancia quedaba en penumbra, por estar apagadas las luces de la lámpara que pendía del techo.

A Samuel Lucius no había ser humano que lo asustase. Muchos le amenazaron en balde. Pero si le amedrentaban las tormentas; posiblemente, de pequeño, cuando recorría las calles vendiendo periódicos, había tenido que soportar tormentas sin que nadie le consolase y le explicase este fenómeno meteorológico.

Para él, como puede serlo para un salvaje, las tormentas eran misterios impenetrables y dignos de ser adorados. En las estanterías se alineaban cientos de volúmenes. Podía haber consultado cualquier geografía o enciclopedia, más él sólo manejaba un libro: el talonario de cheques. En sus hojas consideraba compendiada toda la sabiduría de la Humanidad.

Él no pasaba nunca por debajo de una escalera, ni viajaba los días trece; su superstición alcanzaba el mismo nivel que su incultura.

El estampido prolongado de un trueno le hizo volver la cabeza: a través de los cristales del ventanal se veían las copas de los árboles del jardín y se divisaban espesos nubarrones destacando en la oscuridad de la noche. A lo lejos, culebrillas de resplandor lívido se retorcían rabiosas.

Samuel Lucius, excitado por la misma tensión eléctrica de la atmósfera, no aguantó más, y se dispuso a irse a la cama. Con manos no muy firmes, comenzó a guardar en una carpeta los documentos extendidos sobre la mesa.

—¿Te da miedo oír los truenos, Samuel Lucius? —Sonó una voz

cavernosa en la estancia.

El millonario se quedó rígido en el asiento, mirando a las tinieblas del fondo, con ojos desorbitados por el espanto.

—¿Quién está ahí? —preguntó, chillonamente después de tragar saliva.

El resplandor cárdeno y fugaz de un relámpago iluminó la biblioteca, sembrando palideces infernales. Y, por un instante, se vio una faz de rasgos inmóviles, una faz espectral, pareciendo una mascarilla de cera suspensa en el aire por arte de magia.

—¡Keller! —gritó aterrorizado el millonario, quien, por los diarios, estaba enterado de que el agente especial del
F. B. I.,
Roderick Keller, había muerto en el naufragio del «Almirante Shaterley». Aquella aparición fantasmal, para él era producto de los misterios de ultratumba.

—Sí, yo soy Keller. Vengo a hacerte justicia, Samuel Lucius. Tu muerte es inminente, y antes has de confesarte de todos tus pecados. Has robado, has destrozado vidas, has convertido sangre humana en oro, y has mandado matar. Tú ordenaste que me atacasen en el tren, porque llevaba pruebas de tu culpabilidad. Tú incendiaste el edificio donde tenías las oficinas, para no dejar rastro de tus delitos. ¡Contesta! ¿Dónde escondes los documentos que me robó tu gente en el tren?

—Yo… yo no los tengo. Los destruyeron ellos —confesó Lucius, aniquilado por la espectral aparición y los efectos sonoros y lumínicos que la Naturaleza ponía en juego—. ¿Quién eres? Keller murió: lo sé. ¿Quién eres? ¿Su espíritu?

—Sí, Samuel Lucius. Soy el espíritu de Roderick Keller. He venido a vengarlo, a vengar a tus víctimas, a condenarte y a castigarte. Te quedan pocos minutos de vida. ¿Quiénes son tus cómplices? ¡Responde!

Los nervios de Samuel Lucius no pudieron aguantar tal impresión. El sintió como un estallido dentro de la cabeza, debido al pánico cerval que le dominaba, y rompió en carcajadas estentóreas, de histérico, de loco.

Levantándose precipitadamente, derribando el sillón en el que había estado sentado, huyó en dirección contraria al lugar donde había visto aparecer la faz fantasmal y de donde surgía la voz con

acento macabro. Corrió desalado, dando chillidos horripilantes, hacia el gran ventanal y gritando:

—«¡El Vengador Negro!». «¡El Vengador Negro!». ¡Socorro! ¡Socorro!

Y antes de que el exinspector del
F. B. I.
consiguiera impedírselo, el avaro millonario se abalanzó sobre la vidriera, arrojándose de cabeza al jardín. Se impuso a la violencia de la tormenta un alarido penetrante, mientras Lucius caía desde el segundo piso a la arena.

En la biblioteca, Roderick quedó alumbrado por la bombilla del flexo, al acercarse a la mesa. Iba vestido enteramente de negro: el sombrero, el gabán, un chaleco de punto que le cerraba el cuello hasta la garganta, y los guantes de piel.

Se asomó por la ventana. El latigazo de un relámpago le permitió distinguir un bulto yaciendo inmóvil en tierra. Oyó pasos a la carrera y voces dentro de la casa. No le quedaba otro remedio que huir, ni otro camino que el mismo por dónde había entrado en la biblioteca: una ventana que daba a un pasillo, y en el cual se abría un balcón. Desde éste, mediante una cuerda terminada en un gancho metálico, descendería al jardín.

Sus dedos actuaron rápidamente, reuniendo los papeles que anteriormente había estado estudiando Lucius, y los metieron en la carpeta. El flexo fue apagado, quedando la estancia totalmente a oscuras.

Como una sombra más, Keller saltó por encima del alféizar de la ventana. En el pasillo lucía un brazo eléctrico aplicado a la pared, y esta luz le descubrió a los ojos del ayuda de cámara del dueño, que subía en aquellos instantes a enterarse de lo ocurrido en la biblioteca.

—¡Alto! ¡Quieto ahí!

Y empujando una pistola «Browning», hizo fuego por dos veces contra el intruso vestido de negro, al mismo tiempo que arrancaba a correr tras él.

Con la puntería del exinspector, le hubiese sido fácil derribar al criado al primer disparo, pero no entraba en los cálculos de Rod matar a nadie, y menos a una persona que no debía de tener la menor participación en los feos asuntos de Samuel Lucius.

Las balas se hundieron en las maderas del balcón, a dos pulgadas de su cabeza. Él, con una serenidad rayana en temeridad, no echó mano a su revólver, sino que se agarró a la cuerda, descendiendo por ella al jardín.

El par de detonaciones y las voces del criado, indicando el lugar de huida del asaltante, atrajeron a aquella parte del jardín a algunos miembros de la servidumbre.

Keller se encontró en mala situación. No se hallaba materialmente cercado, y, no obstante, le resultaría difícil franquear la alta verja metálica que separaba el jardín de la calle.

Además, sería peligroso un encuentro con la Policía, si algún guardia de ronda había oído los disparos.

Con la carpeta cogida entre el cinturón de los pantalones y el jersey, y teniendo así las manos libres para actuar de la manera más conveniente en el momento propicio, se internó en la arboleda, sorteando los macizos de plantas, a fin de no producir ruido con fuertes pisadas.

Para su mayor mala suerte, algún sirviente precavido, encendió todas las luces del jardín, hasta entonces en tinieblas, quedando iluminados los distintos paseos por bombillas situadas de trecho en trecho.

—¡Por allí va! —gritó una voz de hombre, oyéndose a continuación los pasos precipitados de varias personas.

Le era a Keller de todo punto necesario, contener a aquella gente, asustarla, a fin de que le permitiesen salvar el obstáculo de la verja.

Sin detenerse en su avance, girando el cuerpo y sacando el revólver, apuntó alto, con el fin de no herir a nadie. El estampido del arma, por su gran calibre, y el proyectil silbando siniestramente y arrancando ramillas de los árboles, contuvieron la persecución durante unos segundos.

Los aprovechó Keller en trepar por los barrotes de hierro forjado. Arriba, recortándose su silueta a la luz de un relámpago, una bala le pasó a unas dos yardas; un tirador mejor que el ayuda de cámara, no habría errado en hacer tan fácil blanco.

De un salto, tras comprobar que en la calle no se veía a nadie alarmado, sin duda a causa de la tormenta, el exinspector puso pie en tierra y se alejó de la casa de Lucius, con la cabeza gacha y a

grandes zancadas.

La lluvia de gruesas gotas que comenzaban a caer, formando una verdadera cortina líquida, desconcertaron y despistaron a los criados que ya habían abierto la puerta. El temor al desconocido y armado intruso, les intimó a limitarse a pedir auxilio a la Policía.

Por su parte, Keller, habiendo doblado la primera esquina de la izquierda, aceleró la marcha; nadie sospecharía de él, por su carrera, puesto que todos los viandantes lo hacían para librarse de la feroz lluvia.

Días antes, había abandonado al viejo contrabandista, y en San Francisco tomó el tren para Nueva Orleans.

Conocía la casa de Samuel Lucius, de dos veces que estuvo allí cuando su investigación de los libros contables, y había elegido aquella noche de tormenta, como más favorable a su incursión, pero sin imaginar que el millonario fuese tan supersticioso.

Cuando Lucius le preguntó si era un espíritu, concibió enseguida la manera de explotar tal sugestión. Este error le había costado perder la confesión deseada. Tenía que haber sacado al millonario de su falsa y estúpida creencia y utilizado la amenaza del revólver. El pobre hombre no habría enloquecido; temeroso, nada más, hubiese declarado la verdad de sus maniobras turbias e ilegales.

De nuevo, Rod tendría que indagar por otros derroteros…

¡LO NUNCA VISTO POR **1,25** PESETAS!

EL **F. B. I.**

la organización de contraespionaje más famosa del mundo, vive y emociona en

AVENTURAS DEL **F. B. I.**

V

EN BUSCA DE LA DAMA MISTERIOSA

ESPUÉS de emplear tres días en visitar las más importantes tiendas de pieles de lujo de la Quinta Avenida, en Nueva York, tratando de localizar a Honey, Roderick Keller tuvo la convicción de que le resultaría dificilísimo hallar a la misteriosa joven.

En Nueva Orleans, y tras la visita furtiva a casa de Samuel Lucius, había permanecido un día entero, visitando también establecimientos de dicha clase, y hasta las casas de moda, buscando la misma pista, y temiendo, a la vez, tropezarse casualmente con algún agente de la División del

F. B. I.
No encontró a nadie que supiera darle una respuesta afirmativa acerca de la identidad de la misteriosa dama, puesto que él tampoco podía proporcionar datos concretos.

Los escritos cogidos en casa del millonario, la noche de la tormenta, no arrojaron ninguna luz sobre el particular que le interesaba; eran, simplemente, documentos de índole comercial. Y en cuanto a Samuel Lucius, por los diarios sabía que no había muerto a consecuencia de su salto por la ventana; se hallaba hospitalizado, con algunas fracturas de huesos y en estado de locura.

Según los periódicos, no repetía otra frase que ¡Detengan al «Vengador Negro»!; y de las confusas declaraciones de la servidumbre, respecto al enlutado asaltante, sólo se entresacaban que el ya renombrado «Vengador Negro» era un hombre de gran agilidad y capaz de matar. En ningún sitio se leía el nombre de Roderick Keller.

Como la Policía de Nueva Orleans diese una batida general, el exinspector se encontró una noche en situación comprometida.

Subía a su habitación en el hotel donde se albergaba, cuando un agente uniformado se le aproximó, pidiéndole la documentación. Se sobresaltó Rod, más enseguida se rehízo al ver que otros hospedados cuchicheaban y miraban con no muy buenos ojos al policía. También a ellos les habían exigido identificarse; se trataba, pues, de una batida en toda la ciudad.

Por su parte, Keller no tenía por qué temer en tales condiciones, puesto que los criados de Lucius no le habían visto la cara, y el traje negro empleado expresamente para la incursión al palacio, estaba bien oculto en el fondo secreto de la maleta comprada especialmente en el «barrio chino» de San Francisco. Durante el día usaba un terno azul marino con rayas blancas.

En tono quedo, y dándole la mayor importancia a sus palabras, había indicado al agente:

—Pase a mi habitación. Haga el favor.

Y dentro de su cuarto, con la seguridad de lo que realmente era, se limitó a «darle el placazo» y una concisa explicación:

—Pertenezco a la plantilla del
F. B. I.,

en Washington, enviado aquí con una misión especial y muy reservada. Estoy vigilando a unos sospechosos de tráfico clandestino de moneda extranjera. Supongo que conocerá usted al inspector jefe de la División del
F. B. I.,
el señor Warner, y al agente Reese, ¿no? ¡Buenos amigos míos!

No necesitó más el policía para despedirse cordialmente, deseándole mucho éxito en sus gestiones.

No obstante el feliz resultado de la estratagema, aquella misma noche, de madrugada, salió del hotel y de Nueva Orleans, con rumbo a Nueva York, ocupando una plaza en un avión comercial.

En la gran ciudad de los rascacielos, había empleado tres días en recorrer uno por uno, y con distintos pretextos, los mejores establecimientos de venta de pieles de lujo en la Quinta Avenida. ¡A Honey no logró localizarla! Y, sin embargo, juraría que ella estaba empleada, o lo había estado, en tiendas de ese género, pues en el tren, mientras le iba embaucando, habló entendidamente de pieles, empleando tecnicismos ignorados por los profanos en dichas cuestiones.

Durante aquellos tres días de búsqueda, Roderick no quiso visitar a su novia y tampoco llamarla por teléfono, pese a los deseos que sentía de hacerlo. Pensaba que hasta sería una obra de caridad demostrarle que los periódicos se habían equivocado al notificar su muerte en el «Almirante Shaterley»; ella estaría desesperada.

Pero Keller poseía la condición de inflexibilidad de carácter. De siempre, para él, lo primero había sido cumplir con el deber, y en sus circunstancias, su deber era arrinconar los sentimientos amorosos, y dedicarse de lleno al castigo de los verdaderos, aunque indirectos, asesinos de Jervis y de Benley.

Temía, con cierto fundamento, que Samuel Lucius hubiese recobrado la razón y revelado a las autoridades la identidad del «Vengador Negro». Al principio, sus afirmaciones no habrían sido tomadas en cuenta, creyéndolas producto de sus desvaríos, más los del
F. B. I.,
con su hábito de no dejar ningún camino por recorrer, vigilarían estrechamente el domicilio y las andanzas de la novia de Roderick Keller.

A causa de estas suposiciones, el exinspector prefería desenmascarar, primero, a los culpables ocultos en las tinieblas de lo desconocido, y después, ya dispondría de tiempo para demostrar a su novia de que él no había muerto en el naufragio. Recordaba ahora que, en realidad, su despedida, antes de partir para embarcarse en San Francisco, no fue todo lo apasionada que suele ser entre enamorados. Sin embargo, tras los horribles acontecimientos vividos, él no confería importancia a su última disputa; su amor estaba por encima de un disgusto pasajero.

A media mañana del cuarto día de su estancia en Nueva York, se echó a la calle, protegiéndose, con la gabardina y el sombrero impermeable, de la llovizna que caía sin cesar desde el amanecer.

En el cuarto de la pensión donde se alojaba había tomado las direcciones de varias tiendas de pieles de lujo que le quedaban por visitar; las de la Quinta Avenida no le habían proporcionado ni el rastro más leve sobre la mujer del tren.

Aquel tráfago vertiginoso en las calles, la inmensa, atareada y precipitada multitud y las elevadas fachadas de los rascacielos, formando como inmensos desfiladeros artificiales, le prestaban una sensación de tranquilidad; sólo la casualidad podía hacer que se tropezase con algún conocido. Entre tan numeroso enjambre humano era muy difícil ver a un amigo, y bastante fácil rehuir el encuentro con los agentes uniformados.

Luego de recorrer tres establecimientos de los tomados de la guía telefónica, entró en el siguiente de la lista, situado junto a la esquina de Broadway con la Sexta Avenida.

Observó a la primera ojeada que el dueño no carecía de gusto ni de dinero. Era un local realmente suntuoso, donde el arte comercial había reunido, entre cristales, dorados y mármoles, vitrinas y mostradores iluminados indirectamente, exhibiendo no solamente abrigos o capas de pieles, sino también otras prendas y objetos usados por las mujeres, pero todo escogido, seleccionado con un gusto exquisito. No se trataba de un almacén más, sino de un elegante establecimiento destinado a las damas más ricas de la alta sociedad norteamericana.

Una jovencita de silueta impecable, aunque un poco «standard», con una sonrisa agradabilísima, le salió al encuentro, preguntándole qué deseaba. El hizo igual petición que en los otros

establecimientos:

—Necesito comprar un buen abrigo de pieles a… ¡bueno!… a mi esposa, y querría ver algunos modelos, puestos, ¡claro está! Los hombres somos tan torpes para elegir estas cosas, que necesitamos verlas puestas en alguien.

—Llega usted a tiempo, caballero. Justamente en estos momentos hay desfile de modelos en nuestro salón número dos. ¿Quiere seguirme?

No era el único hombre en la sala, aun cuando predominaban las mujeres. Tomó asiento en un sillón algo alejado de la pista. Bonitas, y magníficamente ataviadas, «girls» lucían sobre sus hombros pieles de calidades fuera de lo común. Desfilaron capas, estolas, chaquetones y abrigos de «renards argentés et platinés», de visón y armiño, «sunks» naturales, estrakanes legítimos, pieles auténticas de leopardo, karakules grises, y otras más, cuya denominación o pertenencia se salían de los escasos conocimientos que Keller tenía respecto a aquello.

Conforme iban apareciendo las modelos, sus esperanzas de reconocer a Honey se disipaban.

Y sin hallarla, llegó el momento en que los clientes comenzaron a abandonar el local. Él se dispuso a hacer lo mismo, de mal humor, descorazonado. En la relación únicamente le quedaban por visitar cuatro establecimientos. Y, no obstante, él estaba seguro de que Honey había hablado expertamente sobre pieles de lujo, cuando lo del tren… ¿Le habría engañado también en este particular?

Salía del salón y entraba en la tienda propiamente dicha, cuando su mirada tropezó con varias sombrereras de cartón impreso en blanco y azul marino, cruzado horizontalmente por una banda roja que tenía dibujado un faisán. Hubiera jurado que él conocía una caja similar, con un faisán idéntico, y no recordaba dónde la había visto. Hizo un esfuerzo mental, inconsciente; no recordó el sitio, y luego, sin dar más importancia de la debida a la extraña certidumbre, salió a la calle.

En la avenida Lexington visitó otra tienda. Aquí solamente exhibían las pieles sobre maniquíes. Una dependienta le explicaba, con aire aburrido de «cicerone», las calidades y precios de las prendas.

Fue como un hachazo en la cabeza de Keller. De súbito, extrajo

su memoria a la luz del presente la localización de una sombrerera análoga a las que acababa de ver en la casa de Broadway. ¡Él había visto una idéntica en el tren, en el reservado de Honey! ¡Sí; allí fue! Recordaba la luz verdosa que velaba los colores de las paredes y de los muebles, y la botella de barro en la mesita. Él, al entrar, precavidamente, había lanzado una mirada en derredor. En el portaequipaje, sobre un maletín, vio una sombrerera rayada en claro y oscuro verticalmente, cruzada por una banda también oscura, y un faisán impreso…

Sin darle siquiera las gracias a la vendedora, el exinspector del F. B. I.
corrió hacia la puerta, como si fuese un ratero descubierto en el acto de robar. Por la calle Treinta y Dos Este anduvo a grandes zancadas, atropellando a los viandantes, con los faldones de la gabardina al aire como si fuese un albornoz. De pura impaciencia y nervosismo, no se le ocurrió siquiera tomar un «taxi», aunque la distancia a recorrer no era relativamente larga.

Se contuvo ante la puerta del lujoso establecimiento de la esquina de Broadway con la Sexta Avenida, recobrando la respiración. Entró en la tienda con cierta serenidad y se dirigió a la misma joven que le había atendido anteriormente.

—Por favor, señorita: en la exhibición de hace un rato, ¿faltaron modelos?

—Sí, señor. Solamente sacamos unas pieles. Si a usted le interesan de otros animales, o más baratas, también podríamos servirle…

—No, no, señorita. ¡Me refiero a las modelos, a las chicas que salen! —Y al notar un gesto de disgusto en el rostro de la muchacha, prosiguió, mintiendo—: Es que verá… En cierta ocasión, yo conocí a una mujer que llevaba una sombrerera igual a las de ese rincón. Me hizo un gran favor y no he vuelto a saber de ella. Estoy en falta y quisiera conocer su nombre y su dirección. Imagino que será cliente de ustedes… Tal vez, dándoles yo unos detalles sobre su persona, pudieran ayudarme…

Mirándole de hito en hito, con mal reprimida indignación, la dependiente le replicó:

—Creo, señor, que su comportamiento no es… Sepa que el trabajo nos impide preocuparnos de otra cosa que no sea vender.

¡Buenos días!

Pero Keller no estaba dispuesto a consentir que se le fuera de las manos una ocasión como aquélla, la única, para obtener algún indicio sobre la personalidad de Honey.

Sacando la insignia de agente especial del
F. B. I.,
la enseñó, a la vez que decía en voz baja:

—Es un servicio oficial, señorita. Conteste a mis preguntas o tendrá que sentirlo, por negar datos de sumo interés al
F. B. I.

El cambio de la dependienta fue radical. Pasó del desdén a la sorpresa y de ésta a la afabilidad.

—¡Usted perdone! Sintiéndolo mucho, he de atender a los clientes, pero voy a hacerle pasar al despacho del jefe. Le informará mejor que yo.

Y la joven abrió una puerta rotulada con el «Private», tan usual en los Estados Unidos, desapareciendo tras ella.

Tardó apenas un minuto en regresar. Y con obsequiosa sonrisa, invitó a Keller:

—Pase, señor.

Cuando el exinspector cruzó el umbral…

¡Honey, sentada tras una mesa de despacho, levantaba la cabeza para mirarle!

Sus grandes ojos verdes se dilataron por el desconcierto con mezcla de terror. Fue a levantarse y se tambaleó, desplomándose en el suelo, mientras de sus labios se escapaba una palabra en tono sibilante:

—¡No…!

Paralizado por parecido asombro, Roderick permaneció inmóvil, alelado. En su presencia, desmayada, tenía por fin a la mujer rubia de belleza cautivadora, que en el tren le mintió amor para engañarlo, causa de todas sus desgracias y de la muerte de Jervis y de Benley. ¡El Azar volvía a serle propicio!

Yacía de bruces sobre la alfombra, extendido su cabello de oro, mostrando la nuca, más pálida que la cera.

Reaccionó Roderick, y su primer propósito fue de reanimarla. En el despacho no se veía ningún aparato destilador de agua. Y tampoco le convenía esperar a que se repusiese por sí sola,

temiendo que entrase alguien en ese tiempo.

Levantando el desmayado cuerpo en sus brazos, sentó a Honey en el sillón, y comenzó a frotarle las sienes. El aspiraba el ya conocido y enervante perfume.

Poco tardó la joven en reanimarse. Sus largas pestañas rizadas vibraron igual que alas de mariposa, y sus párpados se entreabrieron. Turbio el cristal de sus ojos, no pareció reconocer al hombre que todos suponían ahogado en el Pacífico. Con voz tenue, solicitó:

—¡Agua! En el lavabo de atrás.

El exinspector observó entonces que al fondo existía una puerta pequeña. Se encaminó a ella precipitadamente, pasando a un reducido cuarto de baño. Llenó un vaso de agua y con él volvió al despacho. El agua del vaso le salpicó los pies… ¡Honey había desaparecido! Ella fingió el desvanecimiento, para ganar tiempo, o su reposición fue inmediata.

Mascullando una maldición, Keller salió a la tienda, donde las dependientes le observaron con estupor al ver su rostro descompuesto por la ira que le embargaba.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —le preguntaron, muy comedidamente.

—¿Quién va a ser? ¡Diablos! ¡Esa mujer! ¿Dónde está? —insistió rabioso, con los puños crispados y clavando su dura mirada en las dependientes.

—Si se refiere a la jefe, termina de salir ahora mismo. Nos ha dicho que tenía mucha prisa.

—¡Y tanto que lleva prisa! ¡Maldita…!

Apartando de un manotazo a una cliente, se echó a la calle. Y tuvo la suerte de ver que Honey subía en un «taxi» detenido sin parar el motor. De nada le sirvió correr desenfrenadamente, pues el vehículo arrancó, ganándole ventaja desde el primer momento; Keller tenía que hurtarse a los distintos vehículos que le amenazaban con arrollarlo.

Perdió un tiempo precioso, donde un segundo suponía el triunfo, en hallar un «taxi» libre. Cuando él tuvo que darle la orden al conductor, el coche que transportaba a Honey ya había desaparecido en el abigarrado tráfico de Broadway arriba.

—Hay que seguir a un «taxi» amarillo que ha desaparecido por

allá. Corra, y yo le señalaré cuál es.

—¿Se ha creído usted que soy un perro perdiguero? —le preguntó, malhumorado, el chófer.

—No sé lo que usted será, pero pise el acelerador a fondo, porque lo mando yo —gritó excitado Rod, metiéndole por los ojos la chapa de agente del
F. B. I.

No hubo más que discutir. Con una repentina arrancada, el «taxi» avanzó, demostrando el conductor una gran maestría.

Ojeando al frente, y a ambos lados cuando pasaban un cruce, el exinspector buscaba al «taxi» amarillo. Distinguió varios, pero ninguno que llevase como pasajera a una mujer rubia.

—¡Adelante! ¡Juéguese la pellica de una vez!

¡Y tenga presente que habrá buena propina o una reprimenda de categoría por obstaculizar usted la labor de la Justicia!

No necesitó oír más el conductor, que mientras manejaba el volante y los pedales, empezó a molestar a Keller con preguntas propias de la curiosidad excitada:

—Oiga usted, agente: ¿son peligrosos esos criminales? ¿Cree usted que portarán armas? Porque si es así, ustedes me tendrán que pagar los desperfectos que sufra el coche, ¿eh? Y no le digo sí, por una casualidad, me agujerean la piel a mí. ¡Que tengo mujer y cuatro hijos!

—¡Cállese de una vez! ¡Usted, a lo suyo! ¡Y váyase pegando a todos los «taxis» amarillos que encontremos en nuestra dirección!

Si Honey le burlaba, despistándolo, Rod perdería la última probabilidad de localizarla; anticipadamente podía darse por descontado, que ella no iría más por la tienda de pieles.

Fue al llegar a la altura de la esquina de la calle Cincuenta y Seis, cuando se aproximaron a un «Yellow», por cuya ventanilla posterior se distinguía parte de una cabellera rubia. El corazón de Rod se alborozó de júbilo.

—¡Ese de la derecha me parece que es! ¡Pase a su izquierda, pero sin ponerse a su altura!

A punto de chocar con otro automóvil, el conductor maniobró velozmente conforme se le había indicado, y el exinspector pudo reconocer perfectamente a Honey, que iba hablando a su chófer.

—¡Acorte un poca la marcha! —ordenó Rod al suyo—. Y

colóquese detrás, conservando una distancia que no nos haga sospechosos, pero ¡cuidado con perderlos de vista!

El primer «taxi» dobló por Central Park South, para luego, dejando atrás el parque, torcer a la izquierda y tomar la avenida Madison.

—¡No se acerque tanto, si ya no se nos escapa! —indicó Keller.

En la esquina con la calle Setenta y Seis, el coche que transportaba a Honey se detuvo, y ella se apeó apresuradamente, entrando en el portal inmediato.

—¡Pare aquí mismo! —gritó el exinspector—. ¡Tome! ¡Y arreando!

—¡Gracias por la «propi», señor! —Y guiñando un ojo picarescamente, comentó—: ¡Vaya unos criminales de pistola en mano, ¿eh?; siendo así, yo no tendría inconveniente en meterme a agente del
F. B. I.!

Sin hacerle caso, Rod echó pie a tierra y por la acera corrió hacia la casa donde había penetrado la mujer.

Al final del portal, se tropezó con el ascensor, que subía ya a regular altura. Por el tablero indicador, donde las bombillas dejaron de encenderse, supo que Honey había parado en el piso tercero. El necesitaba conocer el número de su apartamento.

Acercándose a la portería, preguntó al encargado, a la vez que le mostraba la insignia:

—Diga: Esa señorita que acaba de subir, ¿en qué cuarto vive?

—¿Cuál señorita? —interrogó el portero, que prefería leer el periódico a cumplir con su obligación.

—Una rubia, alta, muy guapa, bien vestida, con traje de chaqueta «*beige*». Vive en el piso tercero; eso lo sé.

—¿En el piso tercero? Es que yo no he visto subir a nadie, como usted dice —manifestó el hombre, con gesto de idiota.

—Pues yo sí la he visto. Respóndame, y no me entretenga más: ¿Quiénes viven en ese piso?

—No se enfade; yo le diré. Espere a que haga memoria, porque el caso es que… ¡cómo hay tantos vecinos!… En el tercero hay dos oficinas: una de radios y otra de cacharros de limpieza, además… un médico que por cierto me trae de cabeza con tanta gente como viene preguntando por él; además… en el treinta, un matrimonio

más viejo que un carril; y, en él treinta y uno, una señorita rubia, alta, que viene poco por aquí; y en el treinta y… ¡Oiga! ¡Esa rubia debe ser la que usted dice! ¿Es que ha hecho algo malo? No crea usted que a mí me gusta. Falta cuando le da la gana, y…

—Ha mordido a un perro —le contestó Keller, iracundo, renegando de los porteros que sólo se preocupan del chismorreo.

Y dejándolo con la palabra en la boca, tomó el ascensor, que ya había descendido.

Se apeó en el piso tercero, y buscó el número treinta y uno. En el ala derecha del corredor, estaba la puerta, pintada de gris claro, con dicho número incrustado en metal.

No queriendo sufrir algún contratiempo, si se precipitaba, meditó durante unos segundos, acerca de la manera más conveniente de irrumpir en el apartamento de Honey. Si pulsaba el timbre, ella escudriñaría antes a través de la mirilla, pretendiendo conocer al visitante. De nada le valdría a él, echarse a un lado y salirse fuera de su campo visual. Ella no le abriría.

Y si usaba alguna de las ganzúas que guardaba en el bolsillo, era casi seguro que ella oiría el ruido de la cerradura, y gritaría o cogería un arma, poniéndole en un grave aprieto con una u otra determinación. Ateniéndose a lo dicho por el portero, con ella no vivía nadie.

Temeroso de que llegase algún amigo o conocido de Honey, si desperdiciaba más tiempo, a sabiendas de que no le convenía forzar la cerradura, lo ejecutó, empleando una ganzúa. Pese a hacerlo con el máximo tiento, sonó un chasquido metálico, que forzosamente hubo de oírse en el interior.

Abandonando el sigilo por la acción directa y rápida, aunque fuese alarmante, y con el revólver empuñado, Rod empujó la puerta.

La primera habitación que vieron sus ojos fue un extenso «*living*-room», con dos ventanales a la calle, en el que había varias butacas y dos divanes, una chimenea simulada y un gran armario empotrado en la pared frontal. Honey no estaba en aquella habitación.

Pasó bajo el dintel, cerrando a sus espaldas la puerta del apartamento, y avanzando un poco, descubrió entonces, a la izquierda, la entrada a otra habitación contigua.

Escuchó una voz de mujer, la de Honey, hablando atropelladamente. Sus palabras le fueron ininteligibles. Pisando de puntillas en la gruesa alfombra del «*living*», se aproximaba a dónde…

Y cuando menos lo esperaba, apareció la rubia Honey. Ambos se quedaron inmóviles, contemplándose. En el rostro de ella hubo realmente sorpresa. Palideciendo visiblemente, balbució temblorosa:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Su pregunta demostraba cuán lejos estaba de sospechar que él le seguía en otro coche. Confiada en su ventaja inicial, al salir de la tienda, y en su suerte al subir a un coche casi en marcha, no esperaba enfrentarse con el «resucitado» dentro de su propio apartamento.

No repuso el exinspector, sino que, acercándose a ella, examinó de una ojeada la otra habitación, por encima de su hombro. No había nadie allí. Era una salita pequeña, que daba a un pasillo oscuro. Sobre una mesa, un aparato telefónico.

—¿Con quién hablabas? —interrogó él duramente a la joven, apuntándole con el arma.

—Con nadie.

—¡Mientes! Te oí hablar con alguien —insistió él, empleando un tono amenazador.

—Era por teléfono, con una amiga mía —declaró Honey, demasiado sumisa.

No creyó Rod su afirmación, más de momento prefería registrar el piso, por si hubiese alguna otra persona.

—Ve tú delante —la ordenó—. Y mucho cuidado con lo que haces; te expondrás a un balazo.

Callada, dejando tras de sí el rastro de perfume perturbador, ella volvió a entrar en la salita y luego penetraron por el pasillo hasta encontrarse en una cocina. No se vio a nadie, ni nada sospechoso, y el apartamento no tenía más habitaciones. Rod se convenció de que estaban solos. Preocupado con lo que ella hubiese dicho por teléfono, la mandó regresar al «*living*-room», para vigilar la entrada del piso.

Como ella notase una mirada dura en los ojos de Keller y un movimiento extraño de su revólver, suplicó, aterrorizada:

—¡No me mate! ¡Yo no hice nada!

—Siéntate ahí y ve contestando a todas mis preguntas; si mientes o te entercas en callar, te aseguro que se acabó tu maldita belleza.

Tomó asiento ella en una butaca, y enfrente, él, a unas dos yardas, en un diván, de forma tal que podía vigilar la puerta del apartamento.

—¿Me permite coger un cigarrillo? ¡Estoy muy nerviosa! —solicitó Honey humildemente, más atractiva todavía que cuando adoptaba actitudes majestuosas, señalando con un gesto una caja de laca situada sobre una mesita de timón.

—¡No podrás fumar! —Le prohibió él, adivinando que ella quería ganar tiempo—. Vas a decirme cuánto sabes de este asunto. ¿Por qué me hiciste aquella jugarreta en el tren? ¿Quién te envió?

—Lo hice contra mi voluntad, Keller. Me obligaron y no tuve otro remedio que prestarme a su juego. Fue Samuel Lucius. Es una historia larga de contar, pero el caso es que él «podía» obligarme a hacer lo que mandase. Sin embargo, te juro que, al conocerte, me pesaba engañarte —le tuteó ella, igual que en el tren—. El principio, reconozco que fue comedia, pero, luego, no sé qué sentí. ¡Eras tan distinto a los hombres que me rodeaban! ¡Aquella noche comencé a quererte, Rod! No todo era fingido. ¡Créeme!

—Déjate de mentiras, Honey. De nada te valdrá recordarme aquella noche, fuera del robo de que me hicisteis víctima.

Mirándole anhelante, inclinándose en el asiento hacia delante, ella, con las manos unidas, defendiéndose como un reo ante el tribunal, manifestó:

—No miento, Keller. ¿Por qué estás vivo todavía? ¿Quién, sino yo, te salvó la vida entonces? ¿Sabes qué orden llevaba el hombre que te atacó en tu compartimiento? ¡Robarte las fotocopias y matarte después! Gracias a mí no te mató. Su idea era apuñalarte y tirarte del vagón. Él había planeado hacerlo en la misma portezuela, unos momentos antes de arrojarte al vacío; tenía miedo a dejar huellas de sangre en el pasillo del coche. Y yo, Rod, que empecé a amarte, destruí sus propósitos. Cuando ya tenía el puñal levantado, fingí haber oído pisadas en el pasillo. Le asusté, y él me dejó a solas contigo, al borde del estribo, mientras iba a cerciorarse de si el mozo estaba por allí o era algún viajero inoportuno. Aproveché la

ocasión, y con cuidado, exponiéndome a ser arrastrada, te dejé caer de la mejor manera posible para que no te destrozase al chocar con la tierra. ¡Para qué decirte, cómo se puso aquella fiera! ¡Estuvo a punto de matarme a mí, acusándome de traidora! Y luego se lo dijo a Lucius, y también me amenazaron con matarme. Por ti arriesgué mi vida, Rod.

Quedó meditativo el exinspector del
F. B. I.
La explicación acabada de escuchar le aclaraba una incógnita. Más de una vez había pensado en la suerte tan extraña que tuvo de no romperse siquiera un hueso cuando lo tiraron desde el tren. Si fue por mediación de Honey, era de agradecer, pese a todo. Se suavizó en parte la dureza de sus facciones. En las verdes pupilas de la joven, al observarlo, se podía leer una expresión de alivio.

—¿Quién era el otro individuo? ¿Cómo se llama y dónde está? —inquirió él.

—Yo lo conocía simplemente por Crow, y hace un par de días que lo mataron en una taberna de Harlem.

—¿Qué pasó de mi cartera? ¿Qué habéis hecho de las fotocopias?

—A eso no puedo contestarte, Rod, porque no lo sé. Crow se llevó tu cartera. No olvides que yo era un simple peón, alquilado, nada más, para… engañarte, fingiéndote amor. Supongo que Crow se las entregaría a Lucius. Lo que sí sé es que Crow se encargó también de incendiar las oficinas de Samuel Lucius, a fin de quitar al
F. B. I.
todas las posibilidades de descubrir sus manejos ilegales.

—¿Por qué tiemblas al decir eso, Honey? —inquirió él, ásperamente.

—Porque, compréndelo, ha sido para mí una sorpresa que… No sé, Rod; me da… vergüenza decirte que cuando leí lo del naufragio en los periódicos allí figurabas tú; sufrí mucho. Tal vez, para un hombre como tú, no significa nada el amor de una mujer; pero la realidad es que en el tren me enamoré de ti. Ha sido la noche más feliz de mi vida, Rod: yo quisiera que me vieses como mujer, como lo que soy: una mujer a la que obligaron a hacer daño al hombre del que se acababa de enamorar. En este asunto, te lo repito, yo no

soy nada. Me tienen acobardada… Ya no me utilizan, desde lo tuyo, porque desconfían de mí; pero, sin embargo, no dejan de vigilarme. Temen que les delate a la Policía.

—¿Qué secreto tuyo poseía Lucius para obligarte a ser una criminal?

—No soy una criminal, Rod; no me hables así —suplicó ella, con lágrimas en los ojos, retorciéndose las manos—. Es una historia muy larga de contar, y cuando tú quieras, yo te diré…

Un timbrazo largo interrumpió a la joven. Ambos se miraron, extrañados. Volvió a ser tocado el timbre del apartamento.

—¿Quién podrá ser? ¿A quién esperabas? —preguntó Rod, en tono quedo, apenas un susurro, a la vez que se ponía en pie y dirigía el cañón de su revólver hacia la entrada.

—No sé, Rod —aseguró ella, levantándose también—. Algún representante de cualquier producto; vienen muchos molestando a más y mejor, pues son muy obstinados. ¿Te parece que vaya a despacharlo? Así no nos molestará más.

Keller sólo había sido ingenuo una vez en su vida, bien caro lo estaba pagando, pero no lo sería más. Recordó que ella estuvo hablando por teléfono… Sin duda alguna, el visitante era alguien que fue llamado. Y a él le convenía descubrir cuanto antes los hilos de la misteriosa organización, capturar a la mayor parte de sus componentes, a fin de aparecer en el
F. B. I.
ofreciendo un asunto completamente aclarado y terminado. Y para conseguirlo, tenía que meterse en la misma boca del lobo, si fuere preciso, a costa de ponerse en peligro.

Haciéndose cargo de la situación, buscó un sitio donde poder esconderse hasta que le conviniera aparecer. Abrió el gran armario empotrado en la pared. Era un guardarropas, en el que le sería fácil meterse, aunque agachado. Las puertas, de madera, tenían unos calados formando orlas, y por esos agujeros contemplaría perfectamente la escena, y estaría alerta para intervenir en el momento justo, revólver en mano.

Ordenó en voz baja a Honey, dando a sus palabras un tono que no admitía réplica:

—Vas a ir a abrir. Y yo me esconderé dentro de este armario. No se te ocurra delatarme, ni intentar huir. Como des un paso fuera de

la alfombra, ten por seguro que mis balas te alcanzarán. Si son amigos tuyos, hazles pasar, y que se sienten en esos sillones del centro. Cualquier indicio que les des sobre mi presencia, te costará la vida. Roderick Keller no amenaza en vano.

La joven asintió repetidamente, con movimientos de cabeza, y anduvo hacia la puerta, mientras el exinspector se refugiaba en el armario y aplicaba el ojo derecho a uno de los calados. Distinguía perfectamente la entrada, por tenerla enfrente, en la pared opuesta del «*living*-room», y a Honey, inclinándose a desechar el pasador de la cerradura, pero sin quitar sus pies de la alfombra.

La puerta fue abierta, y en el círculo visual del exinspector aparecieron tres individuos. El más adelantado de ellos —los otros parecían escoltarle—, era un tipo alto, delgado, de abrigo gris impecablemente cortado, con sombrero de alas rígidas, gris también, que le sombreaba el rostro, de finas facciones. Un bigotillo fino, de línea moderna, le rejuvenecía en parte, pues, a juzgar por sus cenicientas patillas, había cumplido ya los cuarenta y tantos años de edad.

Quitándose los guantes de piel, pasó al interior, seguido de los otros dos, a la vez que decía a Honey:

—¡Qué! ¿Ha habido novedades desde que me llamaste?

—No, no —se apresuró a mentir la joven, cerrando la puerta y conduciéndolos hasta las butacas designadas por el exinspector del F. B. I.

—. ¡Sentaos aquí mismo!

—Buen susto te tiene que haber dado, ¿eh? comentó el del bigotillo, irónico. —¡Estás más blanca que un cadáver! ¿Estás segura de que no te siguió al salir tú de la tienda? Hemos dado una ojeada a la calle y no lo hemos visto. Por si acaso, he dejado por ahí a dos «muchachos» en la puerta de la casa. ¡Cuéntame! ¿Qué sucedió?

—Pues… pues… nada. Estaba yo en mi despacho. Pasó una dependiente diciéndome que un agente del F. B. I. quería hacerme una consulta, y entró él… Yo me desmayé, y al volver en mi conseguí escapar mientras él buscaba agua en el tocador…

—Sabiendo que no había muerto, no comprendo cómo te

desmayaste…

—No. Si yo…

—¡Ah, ya! Fue comedia pura para engañarlo, ¿no? —dedujo el del bigotillo, sonriente—. Mi opinión es que no hay por qué preocuparse. Ese pájaro está fuera de la Ley. El mismo
F. B. I.
le busca por todos los sitios. No nos será difícil atraerlo a una trampa y eliminarlo definitivamente. Si perdió tu pista, ahora mismo estará por los alrededores de la tienda, o preguntando por ti a las dependientes, tratando de localizarte. Vamos para allá, muchachos. Si lo descubrimos, con darle una «pasada de plomo», asunto terminado. Tendrás que acompañarnos tú, Margot, para identificarlo.

Como impulsado por un resorte, salió Rod del armario, empujando las puertas y dando un salto. Todos volvieron la cabeza al oír el ruido. El joven les sorprendió, y su revólver los sobrecogió. Permanecieron inmóviles unos segundos.

Al fin, el del bigotillo pareció recobrarse del asombro. Se puso en pie, con una serenidad digna de alabanza, pese al arma que le apuntaba, y dijo a Keller, mordazmente:

—Usted es «el Vengador Negro», ¿no? ¿Quién si no, aparece así? ¡No son maneras de entrar en el piso de una señorita! A los que estamos enfermos de los nervios no nos convienen los sustos. Usted goza, sin duda, con aparecer como un fantasma, igual que hizo con Lucius. ¿Sabe que lo ha convertido usted en un pobre loco? Y le llama «el Vengador Negro». Claro es que Lucius chocheaba, por la edad. Nosotros somos más jóvenes y no nos asustan los fantasmas, ni «Vengadores Negros», ni «Blancos», ¿verdad, muchachos? —preguntó, burlón, a sus dos acompañantes.

—Peor que Lucius quedaréis vosotros —sentenció Rod, observándoles hasta en sus menores gestos—. Le oí a usted que iba a buscarme a Broadway, y he preferido ahorrarle el viaje. ¿Por qué no me da ahora esa «pasada de plomo» de que hablaba?

—Sería estúpido si lo hiciéramos, mi estimado señor Keller. ¡Usted tiene todas las ventajas de su parte! Además, sin esfuerzo, deduzco que cuenta con una aliada de primera categoría —manifestó el elegante individuo, mirando fríamente a la joven, que continuaba en pie, quieta como una estatua, junto a un diván.

—Déjese de palabrería y acérquese a mí, de espaldas. Advierto que, al menor movimiento, apretaré el gatillo; estoy deseándolo, a rabiar.

—No me haga usted andar para atrás, como los cangrejos —indicó el del bigotillo, entornándose sus párpados y reluciendo una lucecita peligrosa en sus ojos grises—. Soy un hombre que no acostumbra nunca a usar armas. Llevarlas sin licencia en los Estados Unidos es muy aventurado, por no decir fatal.

—¡Acérquese de una vez, y hágalo sin taparme a sus compañeros! No intente una jugarreta, porque le costaría la vida antes de tiempo.

El aludido fue acercándose de frente, a cortos y lentos pasos, sin que una sola de sus finas facciones se conmoviese por la emoción del momento. Lo que Rod pretendía era ampararse en él y obligar a los otros a que soltasen sus armas sin intentar defenderse, por temor a que su jefe muriese de un balazo.

—¡Levante los brazos!

Y el del bigotillo, deteniéndose, comenzó a levantarlos sin apresurarse, a la vez que le aconsejaba con el mayor de los cinismos:

—No le conviene a usted disparar, y en realidad, a ninguno de nosotros. El ruido alarmaría a los vecinos, vendría la Policía, y ya puede imaginarse el resto. Si charlásemos amistosamente, encontraríamos un arreglo en armonía con nuestros intereses. ¿Qué busca usted? Si es a un culpable de cuanto le ha ocurrido, exíjale reparaciones a Lucius, aunque esté trastornado.

—¡Levante los brazos y acérquese, repito! —insistió rudamente Keller, dando un paso adelante—. Me importa un bledo alarmar a los vecinos, porque yo soy un agente del
F. B. I.
y tengo autoridad para quitar de este mundo a un criminal de su calaña.

—En su lugar yo no lo haría, mi querido señor Keller —observó el otro, excesivamente amable—. Lo pasaría usted muy mal. Y si lo pone en duda, compruébelo por usted mismo. ¡Vuelva la cabeza y verá algo que le interesa mucho!

Sabiendo que el del bigotillo le tendía una cándida trampa, no le hizo caso.

—¡Acérquese a mí!

—¿Para qué, señor mío? Si está usted encañonado por la espalda.

No lo creyó Rod, más el contacto en su espina dorsal de un cuerpo duro le sobrecogió, al mismo tiempo que una voz bronca le advertía:

—¡Estese quieto, jovencito, o le meteré el cargador de mí «Luger» en el cuerpo! ¡Suelte eso!

La situación adquirió una tensión inestable, próxima a originar un huracán de fuego y plomo por ambas partes. Rod apuntaba al del bigotillo, pero a él lo tenían encañonado por detrás.

Transcurrieron unos segundos excitantes, en los que se habría oído el vuelo de una mosca. Keller adivinó que el inesperado atacante no podía haber entrado por otro sitio que por una de las ventanas. ¿Cómo? Él no podía saberlo, pero había sido por una ventana.

Sopesó las probabilidades que tenía de triunfar en su empeño. Con matar al individuo del abrigo gris, el «boss» de la banda, al parecer, o uno de los cabecillas principales, no arreglaría nada, pues el otro lo mataría a él seguidamente. En aquella ocasión, y para su desgracia, la violencia no le serviría en absoluto.

Como se imponía la astucia, en busca de una mejor ocasión y de, sobre todo, descubrir el juego completo de sus enemigos, optó por ceder. Con un gesto de contrariedad, arrojó el revólver a un rincón, quedándose desarmado.

Su acto provocó la reacción de sus contrarios, que lo rodearon empuñando sendas pistolas. Honey permaneció inmóvil, observándolos. El del bigotillo ordenó secamente a sus compinches:

—¡Quietos, muchachos! Nada de vengarse ahora con él. Recordad que estamos en una casa de vecindad y el escándalo no nos conviene. ¡Registradlo a fondo y «empaquetádmelo»!

Muy a su pesar, Rod se dejó hacer. Y entonces pudo ver al individuo que le había sorprendido por detrás. Era un tipo de infame catadura, tenía aspecto de un matón de «*cabaret*», corpulento y ostentosamente vestido, con una imponente «Luger» en la mano. La ventana de la izquierda estaba abierta. Lamentó interiormente no haber caído él en tal detalle, al entrar en el apartamento.

A los pocos minutos, se encontraba el exinspector del
F. B. I.,
atado y sentado en una de las butacas. Frente a él, el hombre del bigotillo, sonriendo abiertamente, con gesto de vencedor, pidió a Honey:

—¿Por qué no nos das algo para beber, Margot? Después del susto pasado, las gargantas están secas. Además, tenemos que interrogar a éste.

—Acompáñame a la cocina, Wilk. Los muchachos se cuidarán de él —propuso secamente la joven.

En el «*living*-room» quedaron los tres «gorilas» y Keller, aguantándole sus impertinentes burlas y sus amenazas. Sin embargo, no se atrevieron a golpearle.

Regresó Honey, portando una bandeja con una botella de licor, un sifón con *seltz* y unos vasos. La seguía el llamado Wilk, serio y como pensativo. Volviendo a sentarse frente al exinspector, comenzó a hablarle, muy despacio, pretendiendo, tal vez, que sus razonamientos hiciesen mella en el ánimo de Keller:

—No me agrada emplear la violencia cuando se puede convencer con razones. Sepa que estoy enterado de cuánto ha hecho desde que subió al tren que partía de Nueva Orleans. El
F. B. I.
exigió que no se publicase lo descubierto por los buzos en el naufragado «Almirante Shaterley», hasta no encontrarle a usted. Allí, en un camarote, se tropezaron con los dos agentes que le acompañaban, ahogados. Alguien los había atado y amordazado, y por ello murieron en el naufragio. Ese alguien fue usted. El
F. B. I.
lo sabe y está deseando atraparle para acusarle de doble asesinato.

—Yo no los maté. Vosotros habéis sido los culpables —acusó Rod, sombríamente.

—Su defensa no sería admitida por ningún jurado; compréndalo, Keller. Hoy por hoy, usted es más criminal que nosotros, y desgraciado de usted si consiguen detenerlo.

—¿De qué manera se ha enterado de eso? —preguntó el exinspector.

—No me importa revelarle que tengo muy buenos amigos en el
F. B. I.

Soy cirujano, y muchos de los jefes me deben grandes favores. No le doy más detalles, porque ya no le servirán de nada. Usted está sentenciado, a no ser que… que quiera ponerse a mis órdenes. Usted ha demostrado audacia y valentía. Tiene coraje, y hombres así que hacen falta. A cambio de sus servicios le daría dinero, le operaría yo mismo para desfigurarle las facciones lo más posible, de manera que no le reconociesen ni sus mismos compañeros, podría usted ser feliz con su novia, y algún día…

—¿Por qué habla usted de mi novia? —preguntó Rod, temiéndose lo peor.

Sonriendo enigmáticamente, el otro repuso:

—Porque también la conocemos. Y como le iba diciendo, usted podría casarse con ella, y, además…

De súbito, Honey le interrumpió, gritándole airadamente:

—Déjate de estupideces, Wilk. Propónselo de una vez y no pierdas el tiempo en niñerías. ¿Qué nos interesa a nosotros su novia?

Con un gesto de ira mal contenido, el que se titulaba cirujano prosiguió hablando, ahora más rápidamente:

—En fin, usted haría fortuna a nuestro lado. ¿Quiere unirse a nosotros? Tenga presente que con enviarlo a usted al
F. B. I.
pararía usted en la silla eléctrica; y si no nos quisiéramos molestar en hacerlo, lo quitaríamos a usted de en medio en un abrir y cerrar de ojos.

El dilema que se le presentaba a Keller no podía resolverse en un santiamén. Reconocía que el llamado Wilk llevaba cierta razón al decir que él ya nunca podría continuar en el
F. B. I.,
y hasta se vería comprometido ante los tribunales.

Pero Roderick Keller era un hombre de corazón sano y de espíritu limpio, incapaz de cometer una felonía aunque le amenazasen de muerte. Él no podía apartar de su memoria, a sus infortunados compañeros Jervis y Benley. Se achacaba la culpabilidad, por sus muertes en la motonave; mas, sin embargo, a su vez, acusaba a aquella banda que, al servicio de Samuel Lucius era causa de todas sus desdichas. Los dos agentes especiales del
F. B. I.

necesitaban ser vengados. Y él se había propuesto cumplir una tarea de justicia, antes de entregarse al
F. B. I.

Meditó, también, acerca de las consecuencias que le acarrearía la simulación de ponerse al servicio de Wilk. Le vigilarían estrechamente, le tendrían constantemente en observación, para que no pudiera traicionarlos, y por último, le harían participar en algún delito del que ya nunca podría descargarse.

Invadido por estas dudas, su mirada fue recayendo sobre cada una de las personas que le rodeaban, hasta fijarla en Honey. Ella, pasada su excitación momentánea al oír lo de la novia de Rod, había vuelto a su anterior mutismo, conservando una actitud espectadora.

Rod sabía, adivinaba, que ella estaba enamorada de él. Confirmaban tal suposición, sus palabras al sorprenderla él en el piso. Ella le salvó de la muerte en el tren, y ahora, le ayudaría… Necesitaba dar largas a su resolución.

—No me es posible contestar en el acto —repuso Rod, por fin—. Y si dijese que sí ahora mismo, constituiría una prueba evidente de la falsedad de mi promesa. Yo, como los demás, tengo escrúpulos que vencer antes de tomar una determinación que está reñida con la conciencia. Me es necesario pensarlo.

—Ha de decidirse enseguida, Keller —insistió Wilk—. No podemos continuar aquí todo el día.

—No lo dude más —intervino Honey, con indudable interés, apeándole el tuteo delante de los otros—. Será su única salvación. Cuando se le hace una proposición de tal clase, y en sus circunstancias, no es para desaprovecharla. Déjese de conciencia y de convencionalismos, y póngase al lado del vencedor.

Hicieron mella en el ánimo del exinspector del
F. B. I.
las palabras de la joven, más el recuerdo de los dos infortunados agentes especiales no se le apartaba de la memoria.

—¿Qué me pasaría si me negase a ser su aliado?

Wilk, el pulcro y atildado doctor, sonrió mefistofélicamente.

—Es una pregunta que voy a contestarle con el mayor de los placeres, mi distinguido amigo. Yo poseo una clínica, mejor dicho, un sanatorio, del que soy director. Le llevaríamos allá y yo

intentaría sacarle de su error, empleando, no la dialéctica, sino ciertos experimentos de tortura, en los que me complace practicar cuando doy con un tipo de entercamiento como el suyo. Para mí, ustedes son casos patológicos, y necesitan cura. ¿Se imagina cuál sería el final? Que terminaría usted aceptando, cuando ya tuviese señales de mí «arte» en su cuerpo. Luego, lo más probable, desconfiando de usted, habría que hacerlo desaparecer en nuestro horno de incinerar. Del famoso y valiente Roderick Keller sólo restarían un puñado de cenizas; a eso quedaría reducido «el Vengador Negro», que también demostró «arte» al volver loco en una sola entrevista a Samuel Lucius. Cuando me enteré de esto, le reconocí méritos, amigo. Ya me explicará usted cuáles fueron sus métodos.

Un extremado y, a la vez, encomiable concepto del honor, más el afán de conocer un nuevo reducto de la banda, incitaron a Rod a negarse terminantemente, con la esperanza puesta en Dios, y la creencia de que las causas justas han de vencer siempre al Mal.

—Si exigís mi respuesta inmediata, os contestaré que nunca me aliaré con un hatajo de asesinos como vosotros. Y si cometéis la estupidez de matarme, sabed que, en contra de lo que suponéis, estoy en contacto con mis compañeros del

F. B. I.

y, más tarde o más temprano, mi muerte será vuestra perdición. Cuando se trata de vengar a un camarada, los agentes especiales son perros de presa, y no cejan en su empeño hasta matar a los culpables.

Wilk se echó a reír, incrédulo. Keller le cortó la risa, mintiéndole con una desfachatez aprendida en la Academia de Quantico:

—Ríete ahora, que ya lloraréis, si no me dejáis en libertad. Te consideras poseedor de la mejor baza, pero estás equivocado. El director del

F. B. I.

tiene un consejo secreto, con el que consulta solamente en los casos importantes, a fin de que las misiones más especiales no se malogren por la indiscreción de alguno del Cuerpo. Me juego la cabeza a que vuestro cómplice no pertenece a ese consejo secreto. Y si no sois tontos, sacad las consecuencias correspondientes. ¿No os preguntáis cómo yo di con la tienda de modas? ¡Contestad, si

podéis! ¿Quién me enteró de que la mujer del tren estaba allí?

—Lucius te lo confesó, cuando estuviste en su casa, antes de volverse loco —aseguró el del bigotillo, muy satisfecho de su perspicacia.

—¡Lucius no lo sabía! —aseguró, entonces, la joven—. Nunca supo que yo tenía una casa de modas.

Y Wilk frunció el entrecejo, comenzando a preocuparse. Por su parte, Keller, que había hecho un disparo al azar, se confirmó en su idea de que ella se proponía ayudarle, y por eso mentía.

—Lo más seguro es eliminarlo cuanto antes —manifestó el del bigotillo—. Ya nos conoce, y nos seguiría la pista.

Intervino el tipo de la voz bronca, el que tenía aspecto de «matón» de «*cabaret*»:

—Por mi gusto, no se quedaría éste sin recibir lo suyo, pero creo que lo más aceptable sería enterarse primero si dice verdad. Eso os será fácil a vosotros, ¿no? Y digo esto, porque a mí me han visto subir por la escalera de incendios, unos vecinos, y hasta tuve que darles una excusa para pasar por su piso, cuando vi por el ojo de la cerradura de esa puerta que este «pájaro» os tenía a todos metidos en un puño. No quiero ser yo el que pague su muerte, si lo dejamos «fiambre» aquí mismo.

La semilla del miedo al
F. B. I.
había sido sembrada y ya comenzaba a fructificar. En los Estados Unidos, los más recalcitrantes y empedernidos criminales eluden el encuentro con los agentes especiales cuanto les es posible; prefieren entendérselas con la simple Policía, pues saben, por experiencia, que el
F. B. I.
dispone de los más modernos métodos de investigación, de los ficheros más completos, de los servidores mejores en la persecución policíaca y de un poder político sin igual, no admitiendo sobornos de ninguna clase. Saben, a ciencia cierta, que matar a un miembro del
F. B. I.
es firmarse uno mismo su sentencia de muerte.

—Entonces, ¿qué hacemos? —interrogó Wilk, sin mirar a ninguno fijamente.

—Lo más conveniente sería tenerlo aquí encerrado, hasta que se haga de noche, y después, llevarlo a tu clínica —propuso Honey, acercándose a una de las ventanas, por las cuales entraba la luz del mediodía, luz grisácea, por continuar el cielo encapotado de nubes —. De comer no os puedo servir, porque no tengo nada en el frigorífico. Tendremos que salir a cualquier restaurante cercano.

—Está bien; esperaremos a la noche —admitió Wilk, atusándose el bigote inconscientemente—. Nos turnaremos de dos en dos. Hay que avisar al de la puerta de la calle que esté vigilante, por si viese algo sospechoso, a pesar de que éste vendría solo, seguramente. No hace falta que coma, y mucho ojo con que no consiga agarrar el teléfono y pida ayuda.

Keller agradeció con una mirada a Honey su mentira, que le permitiría contar con unas horas por delante, en las que, posiblemente, hallase la ocasión de escapar con bien de entre aquella gente desalmada.

AVENTURAS DEL **F. B. I.**

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

y AMENIDAD

VI

APARECE EL
F. B. I.

IN que Rod hubiese encontrado la ocasión de librarse de sus enemigos, ni tampoco de quedar a solas en el «*living* room» con Honey, dieron las nueve de la noche.

Conforme habían ido transcurriendo las horas, el nervosismo de los «gángsters» aumentaba. Eran hombres de acción, pero no inteligentes, a excepción de Wilk, que les aconsejaba paciencia; sentado en el otro diván, junto a la joven.

A las nueve y media, el individuo con aire de «matón» se levantó de su asiento, exclamando:

—¡Ya no aguanto más! Se ha hecho de noche hace rato, y aquí me parece estar metido en una ratonera. Es hora de llevarnos a éste a lugar más seguro.

Como el del bigotillo observase que los otros apoyaban a su compañero, tuvo que ceder, aunque, repitiendo, una vez más, que sería mucho mejor efectuar la salida después de que el portero se hubiese retirado.

Honey permanecía callada, conservando su actitud de espectadora indiferente. Aparecía lleno de cigarrillos a medio consumir, el cenicero que tenía a su lado.

—Si os entercáis, adelante con ello, muchachos —claudicó definitivamente el cirujano.

Deducíase que los «gángsters» no obedecían sumisamente al que los capitaneaba. Se permitían opinar; eso era señal de que Wilk no sabía manejar a la banda; posiblemente, por ser una persona de mayor cultura, incapaz de comprender la psicología brutal de sus secuaces. Ellos obedecerían a hombres de su temple y de sus costumbres; no a un individuo atildado y de modales de caballero.

—Recoge tus cosas, Margot —aconsejó a la joven—. No debes volver más por aquí.

—No tengo nada de importancia. ¡Vámonos! Conviene que nosotros bajemos antes —replicó ella, sin mirar siquiera al prisionero.

—Muchachos: en el coche os esperamos. ¡Ojo con él; no se os vaya a escapar! ¡Tomad todas las precauciones que hagan falta!

—Lo ataremos como a un fardo —propuso uno de los otros.

—No seas majadero. Quien os viese, se extrañaría. Acordaos de que el portero os pediría explicaciones. Llevadlo encañonado, y no se atreverá a moverse. Si intenta escapar o gritar, apretad el gatillo. Nosotros tendremos el coche con el motor en marcha.

Honey y Wilk salieron del apartamento, después de guardarse éste el revólver, la placa y cuánto habían encontrado en sus bolsillos. Mientras dos de ellos apuntaban a Rod con sus pistolas, otro le desató y le encasquetó el sombrero en la cabeza.

—¡Anda, hijito; para que no te resfríes!

Keller se puso en pie. Le dolían las articulaciones de haber

estado tantas horas en la misma postura.

El de la «Luger» comentó, envidioso:

—¡Eso es! ¡Holdden se baja tan tranquilo con la chica, y a nosotros nos deja siempre el peor «papel»! ¿Quién dice que no nos encontramos con alguien en la escalera? Éste gritaría, y nosotros a disparar… ¡Muy bien! ¡Para nosotros la silla eléctrica!

—Si os parece, bajaré yo. Y en la escalera esperáis a que de un silbido. Será señal de que el camino está libre —propuso uno de los otros dos.

Se pusieron de acuerdo, y quedaron el «matón» y otro vigilando a Rod, en tanto que el tercero desaparecía por la puerta de salida.

¡Un nombre martilleaba el pensamiento del exinspector: Holdden! ¡Wilk Holdden! ¡El doctor Wilk Holdden! No lo había oído nombrar nunca, pero de hallarse él en libertad, no tardaría en localizar su sanatorio. Wilk no podía sospechar que sus hombres, impremeditadamente, pronunciasen su apellido delante del prisionero.

Una nueva meta acababa de ofrecerse al exinspector del F. B. I.

Ya no le interesaba seguir en manos de aquella gente, porque podría continuar sus investigaciones manteniéndose fuera de sus garras, atacándolos en la persona del cabecilla del «gang».

—¡Arreando, «boy»!

En medio de los dos forajidos, que llevaban la mano diestra oculta en el bolsillo del mismo lado de la gabardina, Rod se dirigió hacia la puerta. En el corredor no había nadie, y se acercaron al borde de la escalera.

—¡Hay que esperar a que ese silbe!

Mientras aguardaban, Rod cayó en la cuenta de que los «gángsters», preocupados en vigilarle, no habían cerrado la puerta del apartamento. Aquel refugio dejaba de tener valor para ellos, de acuerdo con las afirmaciones anteriores de su «boss», de Wilk Holdden.

Una treta se le ocurrió, con la ingeniosidad del hombre acostumbrado a esquivar situaciones peligrosas. Empleando una naturalidad de tono asombroso, se inclinó adelante, en postura de hacer oído:

—Me ha parecido oír un silbido.

Por el sentido de imitación, instintivamente, los forajidos se inclinaron también, asomándose uno de ellos por el hueco del ascensor.

Levantando los brazos hasta la posición horizontal, poniéndolos en cruz, Rod empujó en la espalda, a la vez, a ambos «gángsters», que perdieron el equilibrio, y rodaron escaleras abajo, lanzando maldiciones y blasfemias, más sin poder contener su caída.

Girando sobre sus talones, el exinspector corrió hasta la puerta del apartamento y cerró de golpe. Le sonó a himno triunfal el chasquido del pestillo de la cerradura.

Su peculiar cautela le hizo tirarse seguidamente al suelo, donde quedó tendido durante unos segundos. Tal como había supuesto, varios proyectiles horadaron la plancha de madera, a media altura, y pasaron por encima de él; los burlados «gángsters» habían perdido su temor a provocar la alarma en el edificio, porque les consumía la rabia de perder al prisionero.

Éste, arrastrándose hábilmente, recorrió todo el «*living*-room» y saltó por encima del alféizar de la ventana, que aún continuaba abierta. Allí estaba la escalera de incendios, dando a un patio de la casa.

Empezó a descender, resonando sus pasos en los peldaños metálicos, aunque no con el apresuramiento que la situación requería, pues la oscuridad era absoluta y la ligera llovizna le podría hacer resbalar y romperse el cráneo en la caída.

Llegaría a la altura del segundo piso, cuando en lo alto sonaron dos detonaciones, y un par de balas rebotaron contra las planchas, después de pasar junto al cuerpo del fugitivo.

Descendió algo más, apresurándose y a trueque de exponerse a un golpe fatal. De súbito, un fogonazo en la parte baja, desde el patio, y Rod sintió como una quemadura en la sien derecha, volándosele el sombrero, y a su espalda escuchó el impacto en los ladrillos del muro.

Tuvo que refrenarse en el descenso, conmocionado por el chasponazo. ¡Los de la calle, sin duda avisados por el tiroteo, le habían cortado la bajada!

Con la claridad de pensamiento que produce el peligro en los instantes críticos, se quitó la gabardina, que se destacaba como una mancha blancuzca en la oscuridad, y la tendió sobre los barrotes de

la escalera. Un proyectil la horadó desde arriba.

Rod, sin perder más tiempo, subió unos peldaños, y a la primera ventana que encontró, se metió por ella en el segundo piso. Estuvo a punto de chocar con un individuo barrigudo que se disponía a asomarse tras oír las detonaciones.

—¡Eh! ¿Quién es usted? ¡Deténgase! —gritó al intruso, enarbolando una silla de la salita.

Sin reparar en nada, acuciado, como iba, por los criminales perseguidores, Keller se le echó encima, parando con el antebrazo izquierdo el naciente movimiento de la silla, y descargando al hombre un puñetazo en el fofo vientre, que lo tumbó de espaldas. No era nada comparado con el atlético servidor del
F. B. I.

Este último, haciendo caso omiso de los quejidos del dueño del piso, anduvo a grandes zancadas por las habitaciones, solitarias afortunadamente, y salió de nuevo al corredor que daba a la escalera. Descendió de tres en tres escalones, y al llegar al final, se tropezó con el estúpido portero, dando voces en petición de auxilio. Lo arrolló al salir a la calle, y en aquel momento, vio que un coche despegaba del bordillo de la acera y se le aproximaba, acelerando cada vez más.

Tuvo la intuición de la amenaza que estaba a punto de convertirse en realidad y se arrojó al suelo desesperadamente, pegando la cara contra los baldosines, como si pretendiera fundirse con ellos.

El vehículo pasó a toda marcha, y desde sus ventanillas surgió un chorro de balas, una ráfaga mortal, de haberle alcanzado, y que hirió de lleno al portero, que se levantaba en tan desgraciado instante. Su muerte fue instantánea.

Mientras se ponía en pie, Keller rezumaba de odio hacia Wilk Holdden, pues no podía ser otro el vil asesino del infeliz encargado de la portería. Y una amargura espiritual se adueñó de él, reconociendo que a su paso quedaba sembrado el infortunio y el sufrimiento.

Finalizado el tiroteo, el público se arremolinó alrededor del cadáver y de Keller, no permitiendo a este que pudiera seguir al asesino. A duras penas, empleando la fuerza, consiguió librarse del cerco humano, por temor a la inminente llegada de la Policía. Su

herida en la sien hizo creer a los curiosos que también había sido otra víctima del atentado.

Tuvo la suerte de distinguir un «taxi» y a él se subió, sin saber qué hacer ni qué camino tomar, animado, simplemente, por el interés en alejarse enseguida de aquel lugar.

—Continúe adelante; ya le indicaré —dijo al conductor.

Con el pañuelo se restañó la sangre, y medio echado en el asiento, puso orden en sus pensamientos.

Los acontecimientos habían tomado un ritmo vertiginoso. Se imponía la localización del sanatorio de Holdden, donde probablemente estaría refugiado el doctor, antes de que cobrase miedo y huyese de la ciudad.

Para atacarle él sólo en su guarida necesitaba disponer de algún dinero (se lo quitaron sus enemigos), de un arma de fuego, y de una cura urgente, a fin de que la herida de la cabeza no se le infectase y no le continuase sangrando.

Y en Nueva York, él no tenía más que a dos personas en quienes confiar, por haber vivido durante los últimos años en Washington. Esas personas eran Deanne y su madre. Recordaba que en cierta ocasión entregó una pistola a Deanne, para que se la guardase. Y, también, su novia disponía del dinero que a él le hacía falta para poder ir de un lado a otro en coches de alquiler. Rebuscándose en los bolsillos, únicamente se había encontrado veinte centavos. Su situación no podía ser más desesperada de lo que era.

Deanne vivía con su madre en Rogers Street, junto a la salida del puente Blackwells, en el Queens. Y esta dirección le dio al «taxista».

En el trayecto, las dudas asaltaron la mente del exinspector. En primer lugar, aún tenía presente la violenta escena sucedida entre ellos, cuando Deanne se trasladó a Washington, a despedirlo, a su partida para San Francisco, con rumbo a las islas Hawái. Ella no le reprochaba su falta al deber o su degradación en el
F. B. I.,
sino, con lógica de mujer enamorada, su supuesta infidelidad con la bella pasajera del tren. Recordaba la última frase de Deanne, en la estación de Washington:

«¡Vete, de una vez; no quiero verte más!».

Y, sin embargo, él observó que los ojos de Deanne estaban anegados de lágrimas. Aquellas lágrimas significaban que él

continuaba viviendo en su corazón. Ahora le faltaba por saber si ella mantenía aún su cariño, o había encontrado a otro novio.

En segundo lugar, Deanne creería también que él murió en el naufragio del «Almirante Shaterley», según informaron los periódicos. La revelación súbita de que él vivía, sin la adecuada preparación, podía ocasionarle un sobresalto fatal.

Además, si era cierto lo que Wilk afirmó que el
F. B. I.
había descubierto su fuga y estaba sobre su pista, la casa de Deanne estaría vigiladísima por agentes especiales, esperando a que él fuese a refugiarse allí.

Desechó una idea repentina, por inútil: el teléfono de Deanne también estaría controlado. El conocía de sobra los métodos del
F. B. I.,
por haberlos practicado en cientos de ocasiones.

Visitar a Deanne sería meterse estúpidamente en la trampa. Y, no obstante, su novia era la única que podía ayudarle.

Sumido en este mar de confusiones, sopesando unas y otras probabilidades, dudando y vacilando, observó con verdadero pánico que el «taxi» ya estaba cruzando el río East, por el Blackwells. Unos minutos, y llegaría a…

Él, que nunca temió a nadie, temblaba sólo de pensar que un paso en falso supondría no únicamente la muerte, sino asimismo el deshonor. Su nombre quedaría en el
F. B. I.
cómo caso singular de traidor.

Entraba ya el vehículo por la calle Rogers, cuando vio a dos rapaces, jugando con unas chapas en el suelo, bajo la luz de un farol.

—¡Pare aquí! —gritó al conductor.

Resbalaron las cubiertas sobre la calzada, al imperativo brusco del freno de pedal.

Rod, sin apearse del coche, abrió la portezuela de junto a la acera y chistó a los niños.

—Os daré veinte centavos si queréis llevarme una carta a una casa de esta calle, al número sesenta y cinco.

El asentimiento de los chiquillos fue espontáneo. El «taxista» tuvo que prestarle lápiz y una hoja de su «block» de anotaciones.

Sin consentir que le encendieran la luz interior, sino valiéndose de la de la calle, escribió rápidamente en francés:

> «Querida Deanne: Por la letra descubrirás enseguida que soy yo, Rod, que no murió en el "Shaterley". Acabo de llegar a Nueva York, escondiéndome de todo el mundo, y te pido ayuda. Necesito curarme una herida en la cabeza, algunos dólares y la pistola que te entregué. No subo a tu piso, por miedo a que la Policía esté vigilando, esperándome a mí. Estoy en un "taxi", frente al número siete. Por nuestro amor, ven pronto, pero ten mucho cuidado. No corras ni te muestres nerviosa; que parezca que has salido a cualquier recado. Cuando tú aparezcas, el "taxi" se pondrá en marcha. Levanta el brazo, como si estuviese desocupado, y sube con tranquilidad. Ten la completa seguridad de que te llamo, porque se trata de una causa justa. De palabra te explicaré cuánto me ha sucedido. No faltes, Deanne. Tú eres lo único que me queda.
>
> »Rod».

Entregó doblada la nota a los rapaces, junto con los veinte centavos, advirtiéndoles:

—Es el número sesenta y cinco. En la puerta dos del piso segundo. Preguntad por Deanne Gaiter. Dádsela a ella, en su mano, y recibiréis otra propina. Solamente a ella, ¿eh? Y no le digáis a nadie nada. Ella os dará dinero por llevar la carta.

Y una vez que se hizo repetir exactamente el nombre y la dirección, los envió.

Con una sonrisa que pretendía ser conmiserativa, el conductor demostró equivocarse por completo en su suposición: él creía que el viajero era un enamorado incapaz de enfrentarse con la futura suegra.

Apenas los chiquillos se hubieron alejado, Rod se apeó del coche, situándose en la parte de sombra. Si los del
F. B. I.
interceptaban su carta, su acción se efectuaría sobre el «taxi» parado delante del húmero siete. Y él, por estar fuera, tal vez

consiguiese huir de la encerrona.

Fueron pasando los minutos con una lentitud agobiante para el fugitivo. En su imaginación se cuajaban multitud de ideas, todas ellas desastrosas para la concesión de sus planes.

Imaginaba que Deanne, por no quererle, no le haría caso; que, de la sorpresa, ella sufriría un desmayo, y cuando recobrase el conocimiento, ya habría pasado demasiado tiempo; que los del F. B. I. quitarían a los niños la carta y comenzarían a cercarlo sigilosamente, cortándole la retirada por cada una de las esquinas; que los chiquillos, deseosos de gastarse cuanto antes los veinte centavos, romperían la carta y no cumplirían el encargo, y así sucesivamente, torturándose sin cesar, sufriendo una angustia indecible.

Desde las sombras oteaba al frente, intentando distinguir la silueta de Deanne del resto de los transeúntes, escasos por la hora y por el mal tiempo. Cada vez que pasaba un coche, se encogía, temiendo que fuesen agentes del F. B. I., camino de la casa de su novia. La aparición de un policía uniformado, efectuando, calmoso, su ronda en el barrio, le obligó a charlar con el «taxista», el cual, dándoselas de enterado, le aconsejaba acerca de la mejor manera de tratar a las mujeres.

Transcurrieron unos quince minutos.

Keller, con los nervios deshechos por la inquietud y la impaciencia, sufría más que en toda su vida. En otras ocasiones de peligro, su vida estuvo pendiente de sus propias fuerzas; más en ésta, todo, su honor y su vida, dependía de ajenos: de unos niños y de una mujer. Y, además, tenía la absoluta certeza de que aquella noche, de recibir él la ayuda deseada, sería decisiva, porque conseguiría detener al criminal doctor Holdden, asaltando su sanatorio.

—¡Ella!

A lo lejos, por la misma acera, distinguió la silueta de su novia, aproximándose. ¡Era Deanne! ¡Jamás experimentó Rod mayor alegría! ¡Ella acudía a su llamada de socorro! ¡Pese a todo, Deanne le amaba!

De buena gana, si se hubiese dejado arrastrar por el primer

impulso, habría corrido a su encuentro, a abrazarla, olvidándose del peligro que le acechaba en derredor. Afortunadamente, se contuvo, domeñó sus sentimientos.

Subiendo al «taxi», ordenó al conductor que pusiera el motor en marcha, y estuviera preparado para arrancar. Obedeció el «taxista» con una sonrisita conejuna, muy divertido con lo que él creía «estupideces de cretinos enamorados».

Y llegó hasta debajo del farol, la mujer tan ansiosamente esperada. Era alta, con el pelo tan negro como la misma noche, de labios marcados, nariz pequeña y algo respingona. Una gabardina de color claro, ocultaba las formas de su cuerpo.

Ella levantó el brazo, como quien manda parar a un coche de alquiler, y desde el interior, sin asomarse por la abierta ventanilla, Rod le dijo:

—¡Sube, Deanne!

Y ella abrió la portezuela, sin darse mucha prisa, y subió al vehículo. Keller, que se había sentado en el suelo, le cogió la mano.

—No quiero que me vean, si nos siguen —y en alta voz se dirigió al conductor—: A la Tercera Avenida. ¡Dese prisa! —Y corrió el cristal que los separaba del «baquet».

Una vez en marcha el coche, levantando la cabeza, Rod miró a su novia que permanecía callada. Sus piernas, rozando el hombro derecho de Keller, temblaban perceptiblemente.

—¡Deanne! ¡Deanne! —murmuró él, emocionado, apretándole ardientemente la mano.

—¡Rod, cariño! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo estás, Rod?

Su voz acariciadora vibraba por una congoja que la ahogaba.

—¡No llores, Deanne! ¡Todo está a punto de terminar bien! Necesito de tu ayuda.

—¿Dónde tienes la herida? —preguntó ella, palpándole la cabeza.

A oscuras, siguiendo las indicaciones de él, Deanne le limpió y desinfectó la herida, colocándole luego una gasa sujeta con un esparadrapo. Llevaba unas vendas, pero él las rehusó, al no llevar sombrero.

A continuación, él empezó a narrarle cuanto le había sucedido desde que llegó a San Francisco, acompañado de Jervis y de Benley.

Cruzaban la Primera Avenida, cuando la joven, ya puesta en antecedentes de lo que ocurría, miró por la ventanilla posterior.

—Me parece que nos siguen, Rod. Es un coche grande, de color negro.

—Serán ellos, los del

F. B. I.

No te importe eso, Deanne. No creo que me hayan descubierto. Supondrán que vas sola, y te siguen por si acaso vas a reunirte conmigo a algún sitio. Espero haberlos engañado. Oye, Deanne: ¿Sigues queriéndome igual que antes? ¿Olvidaste ya?…

—¡Siempre serás el mismo, cariño! ¡Preguntas lo que estás viendo! Si no te siguiese queriendo, ¿cómo iba a estar aquí? Y «aquello», ya lo olvidé. No tenía importancia comparado con… tu muerte… No puedes figurarte lo que sufrí cuando los periódicos dijeron… —Los sollozos estrangularon su voz, y Keller sintió que el corazón le latía con una violencia inusitada; estaba conmovido por el amor de Deanne. Ella prosiguió, al cabo de unos momentos—: Y luego, cuando me enteraron de que vivías…

—¿Cómo? —La interrumpió Rod—. ¿Quién te enteró de que yo me había salvado?

—Tus compañeros del

F. B. I.

Anteayer vinieron a verme. Querían que yo les revelase dónde tú te escondías. Me fue muy difícil convencerlos de que no sabía que tú estuvieses vivo. Ellos parecieron quedar conformes, aunque registraron el piso. Mamá se puso enferma, al saber la noticia. Y yo… yo no sé qué sentí… Tan de repente, lo uno y lo otro, con una diferencia de días solamente… ¡Oh Rod! ¡Cuánto me has hecho sufrir!… Pero ya estoy contigo y no me volveré a separar de ti, pase lo que pase. Ellos te acusaron, y me amenazaron con encarcelarme si no te delataba, en el caso de que tú me llamases. Ahora, que sé lo sucedido, estoy de tu parte; pero, entonces, tanto hablaron, que llegaron casi a convencerme de que eras un asesino.

—No lo soy, Deanne; tú sabes que no. Todo se puso en contra mía. Y esta noche será la última; el infierno en que vivo se acabará dentro de unas horas.

—¿Qué piensas hacer, Rod? ¿Por qué no te entregas al

F. B. I.

y que ellos te ayuden? Temo por ti, Rod.

—Cuando fuesen a ayudarme, después de hacerme declarar veinte veces y de recibir órdenes de Washington, Holdden y los otros habrían huido de Nueva York, y, tal vez, hasta de los Estados Unidos. Y yo nunca podría probar mi inocencia. Esta noche iré en busca de ese cirujano, y lo llevaré a rastras a Center Street. ¿Me has traído la pistola?

—Sí, y cincuenta dólares; los que tenía en casa —notificó ella, rebuscándose en un bolsillo interior de la gabardina.

Keller tomó el dinero y el arma, una pistola de gran calibre, que acarició con mimo, como quien vuelve a tener en sus manos, después de bastante tiempo, un objeto querido. A tientas, comprobó que en el cargador había balas, y que el mecanismo funcionaba, aunque algo pesadamente, por falta de limpieza.

—¡Han pasado a nuestro lado, Rod! ¡Y se han puesto delante! —le avisó ella.

Cautelosamente, el exinspector se empinó, a asomarse por los cristales delanteros. En efecto, un coche de gran potencia y de brillante carrocería negra, cuyos niquelados reflejaban las luces de la Segunda Avenida, mantenía constantemente igual distancia. Y fue observando cómo el coche negro restaba velocidad, poco a poco, con una habilidad excepcional, hasta conseguir que el «taxista», ignorante de cuánto sucedía, avanzase con su vehículo.

Rod sabía que buscaban encontrarse de nuevo a la altura del «taxi», a fin de poder echar una segunda ojeada al interior para comprobar si a Deanne le acompañaba alguien.

Keller volvió a agacharse, de forma que su cabeza no llegase a la altura de las ventanillas, y recomendó a su novia:

—Sin alarde, deja que te vean bien. Se convencerán de que vas sola, y no se interpondrán en nuestro camino, a espera de ver qué haces y adónde vas.

Al rato, ella le notificó:

—Ya han dejado que los desbordemos. Nos siguen.

—Tranquilízate. Los conozco de arriba abajo, y sé que no intentarán nada, por ahora.

—¿Llevas un traje negro, Rod? ¿Cómo es eso, si en tu vida has llevado un traje de ese color? ¿Es que no has podido hacerte con otro?

—Antes no me gustaban los trajes negros porque lo creía de mal agüero; ahora, que la desgracia va conmigo, lo llevo, y no me lo quitaré hasta que la luz de la verdad se haga. Además, lo compré en San Francisco porque convenía para mis gestiones. Roderick Keller nunca llevó trajes de este color; todos mis compañeros lo sabían, y yo pensé que sería una forma de despistarlos cuando se enterasen de que un hombre con traje negro había cometido un asalto. Me equivoqué, porque ellos dedujeron que se trataba de mí, después de encontrar los cadáveres de los pobres aquellos…

Corriendo uno de los cristales que le aislaban de los pasajeros, el conductor preguntó:

—Estamos al final de la Segunda, señor. ¿Dónde paro?

—Métase por una de las calles de la izquierda, y vaya a la Columbus, a sus primeros números.

—Bien, señor —confirmó el conductor, encantado de que la carrera se prolongase y la cuenta fuese subiendo.

Otra vez echado el cristal del «baquet», Deanne interrogó:

—¿Sabes el domicilio de ese Holdden?

—No, pero no creo que me sea difícil. Él se llama Wilk Holdden, y tiene una clínica o un sanatorio, aquí, en Nueva York. Podríamos averiguarlo examinando una guía telefónica; pero el caso es que a mí no me conviene descender, por los que vienen detrás. Estoy casi seguro de que Holdden creyó haberme alcanzado con la ráfaga de ametralladora, pues yo me tiré al suelo escasamente una fracción de segundo antes de sonar el primer disparo. Pensará que esta noche, al menos, no tiene nada que temer.

—Podría conseguirte una guía de cualquier bar, Rod —propuso la joven, deseosa de ayudar a su novio.

—No es mala idea. Habrás de hacerlo tú sola. Escucha: Pararemos un momento delante de un bar, te apearás como si ya no necesitases el «taxi», y yo continuaré adelante. Tú, con tranquilidad, buscarás el nombre de Wilk Holdden, recuérdalo bien, y apuntarás en un papel su dirección. Al cuarto de hora justo de habernos separado, volveré a pasar por delante del bar, y nos detendremos un instante. Échame la nota por la ventanilla, y te vuelves a casa en otro coche. Si te detienen, di que saliste a dar un paseo, o a encontrarte con una persona a la que creías dentro del bar. ¿Te atreves a hacerlo?

—Sí; pero ¿por qué no te entregas al
F. B. I.?
Temo por ti, Rod. Irás en busca de ese hombre, él estará preparado y acompañado, y te meterás en una situación difícil. Necesitas ayuda.

—No, Deanne —dijo él, sintiendo una oleada de ternura por la fiel mujer que le pertenecía en cuerpo y alma—. Esto lo he de realizar yo solo. Cuando me presente en el
F. B. I.,
lo haré llevando las pruebas de la intriga que me perdió. Será la única forma de rehabilitarme y de mitigar, en lo posible, mi desgraciada acción con los agentes Jervis y Benley. Ellos, desde la muerte, me obligan a vengarlos y a hacer justicia. ¡Anda, di al conductor que se detenga frente a cualquier bar!

—¡Oh Rod! ¡No quiero separarme de ti! ¡Tengo miedo a que te suceda algo malo! Me moriría de pena si tú me faltases… —E inclinando la cabeza, ella besó repetidas veces la rebelde cabellera del exinspector, y su mano, dejando en su palma la humedad de unas lágrimas que le brotaban del corazón.

—¡Vamos, cariño; sé fuerte! ¡No me desanimes ni me hagas un cobarde! Sin honor, no puede haber amor, Deanne. Cueste lo que cueste, necesito salir de este embrollo. ¡Compréndelo! No puedo ser un fugitivo durante el resto de mi vida, ni podría acallar los remordimientos de mi conciencia. Lucharé, y yo sé que venceré. ¡Espérame! ¡Espérame, amor mío!

Y él apretó contra sus labios los suaves dedos de la joven, mientras se esforzaba en contener un llanto silencioso que amenazaba sus ojos.

—¡Deanne: te quiero! ¡Ayúdame! ¡Anda! ¡Dile que pare!

Reponiéndose, demostrando ser una mujer de buen temple, y capaz de sacrificarse y exponerse por el hombre amado, Deanne ordenó al conductor que detuviese el vehículo delante de un establecimiento de bebidas, junto al cruce con la calle Setenta y Seis Oeste.

—¡Adiós, Rod!

—¡Dentro de un cuarto de hora! ¡Adiós, Deanne! —dijo Keller, trémula su voz, ordenando a continuación al «chófer»—: ¡Siga adelante!

El «taxi» volvió a ponerse en marcha, Columbus abajo, cortando Broadway y rodando luego por la Novena Avenida.

Adoptando las debidas precauciones, el exinspector se asomó a la ventanilla posterior. El coche grande y de carrocería negra, ya no les perseguía. Con un suspiro de satisfacción, se sentó en el asiento posterior. Sin duda alguna, supuso, los del
F. B. I.,
al ver entrar a Deanne en el bar, se habrían apeado ellos también, a fin de descubrir con quién estaba ella citada en el local.

Teniendo estropeado el reloj de pulsera —con él cayó al mar cuando lo del naufragio y luego no tuvo tiempo de que le limpiasen el agua salada introducida— preguntó la hora al conductor.

Durante unos diez minutos estuvieron recorriendo la ciudad, sin apresuramiento alguno.

Keller volvió a examinar la pistola, ahora más tranquilamente y aprovechándose de las ráfagas luminosas que penetraban, de trecho en trecho, por las ventanillas. Era una «Luger» magnífica, capaz de derribar a un buey al primer disparo. A él no le gustaba llevarla en la sobaquera, cuando actuaba al servicio del
F. B. I.,
pero sí la había usado en ciertas ocasiones que se trataba de asaltos determinados. La consideraba como a una fiel amiga, y con ella su puntería adquiría la perfección de los malabaristas. En sus buenos tiempos, se pasó horas y más horas, practicando con la «Luger», consiguiendo hacer blanco desde todas las posturas.

Con un nervosismo mal reprimido, tras minutos antes del cuarto de hora convenido, indicó al chófer que diese la vuelta y lo llevase a la puerta del bar donde su novia se había apeado.

De nuevo, Rod se agachó en el piso, y al notar que el «taxista» le dirigía una mirada de extrañeza, le mintió, sonriente:

—¡Hay padres que se merecen un palo! Mi futuro suegro me va a hacer pasar las de Caín. Ya ve usted cómo me veo para poder entrevistarme con mi novia.

—Nada, señor; lo que yo le decía. Hay que ser arriesgados y no tenerle miedo a los líos. Agarre usted de una vez a la muchacha y llévela a casarse por ahí. ¡Que estamos en el siglo Veinte, amigo! ¡No gaste usted tiempo ni el fondillo de los pantalones para charlar siquiera un rato con la muchacha! Si esto lo hace usted todos los

días, sus relaciones le van a costar un ojo de la cara, de tanto correr el contador.

—Es que mi futuro suegro es un militar de bigotes, y ha dicho que como me vea con su hija me va a dar todas juntas en un carrillo. ¡Es un tipo chapado a estilo de los tiempos del general Grant! Oiga: dígame si ve a mi novia y si está sola.

—Sí, hombre; allí está la pobrecilla, de pie en la acera. Pues sí que están ustedes arreglados. ¡Vamos, yo creí que esto estaba pasado de moda!

—Deténgase un momento delante de ella, sin parar el motor; es que me tiene que dar una cosa —le indicó Rod, a la vez que hacía girar la manivela del cristal de la ventanilla.

Suavemente paró el coche. Rod no veía nada, en su posición. De pronto, sintió que algo le caía sobre un hombro, un papel doblado.

—¡Siga! —ordenó al conductor.

Arrancó el vehículo; y del corazón de Keller, aquella despedida, que no lo era, en realidad, arrancó esquirlas de desesperación. No sabía él, con certeza, si volvería a verla. ¡Pobre Deanne! ¡Y pobre de él mismo! El buscaba la Vida en aquella trágica noche, y posiblemente, sólo encontrase la Muerte.

Lleno de impaciencia por averiguar el domicilio de Wilk Holden, solicitó el encendedor al «taxista», y leyó la nota escrita por su novia, que le decía:

> «En el 344 de Riverside Drive. Es una clínica. Ten mucho cuidado. Avísame enseguida. Te quiero con toda mi alma. Estoy segura de que triunfarás. Mi vida entera es tuya, y lo será siempre».

Atropelladamente, excitado, indicó al conductor:

—Al trescientos de Riverside. ¡Rápido!

Y sufrió un sobresalto al observar, en el espejo retrovisor, que el coche grande y negro seguía ahora al «taxi», pese a no ir dentro Deanne. Rod echó una ojeada por la ventanilla posterior. ¡No se había equivocado! ¡El
F. B. I.
le perseguía!

Y se dio cuenta, entonces, del grave error acabado de cometer: el mismo «taxi» que dejó a Deanne a la puerta del bar había vuelto al

mismo sitio, con un intervalo de un cuarto de hora, y a detenerse frente a la joven. Forzosamente, aun cuando el
F. B. I.
no descubriese nada sospechoso en un «taxi» vacío, por serles imposible ver a Keller, se habían extrañado de la «coincidencia» y lo seguían como medida de precaución. Sin duda, también otros irían pisándole los talones a Deanne. ¡El
F. B. I.
no desperdiciaba una posible pista!

Ahora sí temió Rod que los agentes especiales detuviesen al conductor, a indagar la causa de su sorprendente maniobra. Y a él lo descubrirían dentro. Abrirse paso con la «Luger» contra sus propios compañeros le repugnó al exinspector, aunque fuese en ello la salvación.

—¡Corra más, pise a fondo! —aconsejó al conductor—. Me parece que el padre de mi novia se ha dado cuenta de lo que hemos hecho y nos sigue en un coche.

—Ya venía notándolo —aseguró el aludido—. Ahora verá usted cómo le vamos a hacer sudar; y eso que lleva un «Buick» de primera. ¡Vaya un tío! ¡Lo que le decía, señor: que usted no se ha puesto en su sitio y nada más! Yo, en su lugar, le haría frente, con todas las consecuencias, y hasta me reiría de sus bigotes.

—Sí, si —comentó Keller, divertido, a pesar de las preocupaciones que sobre él pesaban, al imaginar que los «bigotes» de los agentes especiales soltaban chorros de balas—. ¡Usted acelere!

Haciendo gala de una pericia extraordinaria en el manejo del volante, el «taxista» iba sorteando los coches, ganando terreno en cuanto podía, metiendo el vehículo como una centella por huecos tan estrechos que los guardabarros rozaban a los otros automóviles. Sus maniobras arrancaban maldiciones a granel de los otros chóferes.

—Tampoco es manco su futuro suegro —dijo a Keller, sin volver la cabeza.

En efecto, el «Buick» no perdía ni una pulgada de distancia, manteniéndola constante. Y el exinspector tuvo miedo a que se les ocurriera tocar la sirena, pidiendo paso franco en la circulación; el chófer identificaría instantáneamente a la Policía, y Rod se vería

obligado a aplicarle en la nuca el cañón de la pistola, para obligarle a sostener la marcha.

Pensando una forma mejor de soslayar el peligro, se preparó a actuar. Sobre el asiento, dejó un billete, que serviría de pago al «taxista» por sus servicios. Disimuladamente hizo girar la palanca de la portezuela y esperó unos segundos.

Cuando justamente el vehículo contenía la marcha, doblando por la esquina de la avenida West End, para meterse en la calle Ciento Dos Oeste, él abrió de golpe, y de un salto se arrojó a tierra, encogido y protegiéndose la cabeza con los antebrazos. Rodó igual que una pelota, procurando recibir el choque más fuerte en la línea de hombros con espalda. Su entrenamiento de lucha libre le valió no estrellarse contra el suelo.

Se puso en pie, de otro salto, y a todo correr llegó a la acera, penetrando en una cafetería abarrotada de público. Astutamente, se quedó junto a la puerta, escudándose tras el cuerpo de un individuo voluminoso. Apenas vio cruzar con la velocidad del rayo al «Buick» negro, él abandonó el local.

Avenida arriba, pegado a las fachadas, y a buen paso, volviendo la cabeza de vez en vez, por si era seguido, se adentró en la Ciento Cuatro Oeste.

Al salir a Riverside, la masa sombría del parque le animó a reanudar la peligrosa tarea. Sus idas y venidas por el centro de Manhattan le habían tenido temeroso de un encuentro fatal.

Se aproximaba ya al lugar donde debía estar situado el sanatorio. Le faltarían escasamente unas docenas de yardas.

Distinguió un coche de alquiler, detenido ante la puerta iluminada de una finca rodeada de un alto muro, por encima del cual sobresalían las ramas de unas plantas trepadoras. Un policía uniformado se cruzó con él.

Aparentando no tener prisa, prosiguió avanzando. Veía brillar la punta de un cigarrillo encendido, en el sitio destinado al conductor.

Anduvo unos pasos más, y entonces, se detuvo, pegándose al muro, al oír chirriar los goznes de una puerta metálica. Su asombro no tuvo límites: Honey salía envuelta en un abrigo de pieles y se inclinaba para penetrar en el «taxi». ¡Era ella! No le cupo duda alguna. La reconoció por su larga melena rubia y el tono de su voz, saludando con un «¡Hasta luego!» a alguien que había acudido a

despedirla.

El coche arrancó, apartándose de la entrada al sanatorio. Rod, al impulso de una corazonada, corrió hacia el coche, y abriendo la portezuela, se coló en el interior, cayendo junto a Honey.

Ella, que al principio no le había reconocido, llevó su mano derecha a la cartera que tenía sobre el regazo, en un movimiento sospechoso, que no llegó a finalizarse, pues exclamó asombrada:

—¡Rod! ¿Cómo sabías que…?

—He venido a deteneros a todos —aseveró él, a la vez que empuñaba la «Luger», pero sin sacarla de entre la cintura del pantalón y la camisa.

—¿En nombre de quién? —preguntó ella, airada.

—Del

F. B. I.

—y como notase que el chófer, extrañado de su asalto, estaba pendiente de sus palabras, le ordenó secamente, con la firmeza que da la autoridad—: ¡Usted, siga adelante, pero no muy aprisa!

Sin la menor protesta, el conductor obedeció. Acababa de escuchar lo de

«F. B. I.»,

y para él era más que suficiente, la palabra mágica que le hacía someterse.

En la joven hubo un cambio radical, de los que la caracterizaban por completo. Se echó a llorar desconsoladamente, reclinando su cabeza en el hombro de Keller. Éste, que ya no apartaba de su memoria el recuerdo de Deanne, no se turbó en lo más mínimo. Tuvo, tiempos atrás, una flaqueza, más no la volvería a tener jamás. Con una frialdad hiriente, separó de sí a Honey, advirtiéndole con dureza:

—Tus lágrimas no te servirán de nada. Has estado ayudándoles y tienes parte de culpa en cuanto ha sucedido.

—Por lo que más quieras, Rod; por aquella noche, por compasión, déjame marcharme. Justamente, en vista de lo que hizo Wilk en mi casa, me horroricé, y acabo de reñir con él para siempre. Quiero marcharme de Nueva York y empezar una nueva y buena vida por ahí, donde sea, pero lejos de estos canallas que me hundieron.

—¡Estás mintiendo! Te oí decir: «¡Hasta luego!».

—Se lo dije al encargado de la puerta del sanatorio, sin darme cuenta siquiera. ¡Wilk tiene la culpa de todo! Él nos mandaba, valiéndose de que tenía poder sobre nosotros, y no nos tocaba sino obedecer. Pero yo te juro, Rod, que nunca maté ni herí a nadie. Me dedicaban a «trabajos» parecidos al que… ¡Oh Rod, por Dios; déjame en libertad! ¡No quiero ir a la cárcel! Estoy decidida a ser otra mujer, a trabajar honradamente. Reñí con Wilk. Es una hiena; no tiene corazón ¡No sabes cuánto me ha hecho sufrir! ¿Serás capaz, Rod, de condenar durante toda su vida a una mujer que sólo pecó porque no tuvo a nadie que la quisiera de verdad? ¿Serás capaz de tanta crueldad?

Impresionado Keller, muy a su pesar, por las palabras de Honey, que sonaban a sinceras, sintió que sus propósitos inflexibles comenzaban a perder rigidez. No era su belleza, ni el recuerdo de nada; simplemente, que él comprendía la dura vida que ella había llevado. Al fin y al cabo, pensó, apenas tenía culpa. Un jurado no la habría condenado a más de unos años de prisión. Y en este tiempo, Honey acabaría por encenagarse aún más en el pecado, al ver que todas las puertas de la sociedad se le iban cerrando, negándole un trabajo honrado, por ser expresidiaria.

Se acordó de Deanne, y su pensamiento le hizo la mala jugada de comparar a las dos mujeres. Tal vez, sólo Dios podía saberlo, si su novia no hubiese tenido unos padres cristianos y honrados, cuidadosos y buenos educadores de su hija, Deanne…

—¡Está bien, Honey! ¡Márchate! Y aprovecha la oportunidad que se te presenta de regenerarte y comenzar una nueva vida. Si no lo hicieses así, y yo me enterase, ten por seguro que te buscaría hasta en el mismo fondo de la tierra, para llevarte a los Tribunales. ¡Que tengas suerte, Honey!

Y sin esperar a más, desoyendo a propósito los juramentos y las promesas de la joven, agradeciéndole su generoso gesto, él mandó al conductor que detuviese un instante el coche.

Se apeó, volviendo a tomar la dirección del sanatorio. Su odio al doctor Holdden se había incrementado, al escuchar las acusaciones de Honey. Holdden merecía purgar sus incontables delitos; y él sería su verdugo.

Anduvo apresuradamente, mientras forjaba un plan de entrada en el sanatorio. Ya sabía que Wilk se hallaba dentro. Desechó la

idea de saltar por encima del muro. Imaginó una treta más eficiente, sencilla hasta sumo grado.

Encogiéndose, y apoyándose la mano derecha en la cintura, no muy lejos de la culata de su «Luger», llegó a la verja y pulsó el timbre.

Al momento, apareció un hombre, cruzando el jardincillo que rodeaba el edificio central. Llevaba una bata blanca, y en su mano tintineaban unas llaves al chocar entre sí.

—¿Qué desea?

—Ábrame pronto, por favor; me muero —mintió el exinspector del
F. B. I.,
retorciéndose, agarrado con la izquierda a los barrotes de la puerta enrejada, como si un dolor intensísimo e insoportable lo conmoviese de pies a cabeza.

Alarmado, el enfermero abrió, mientras le preguntaba:

—¿Qué le pasa? ¡Apóyese en mi hombro!

—Me muero… me muero…; no puedo aguantarlo más. Ya me lo dijo un médico: que tendría el día menos pensado un ataque de apendicitis. Lléveme a cualquier habitación y dígale al doctor Holdden que vaya a verme enseguida. Quiero que sea él. ¡Por favor, pronto!

Encorvado, con un rictus de sufrimiento en su rostro y apoyándose en el enfermero de noche, Keller cruzó el pequeño jardín. Entraron en el amplio pasillo de entrada. El sanatorio parecía dormir; todo estaba en el más absoluto silencio, fuera de unos gemidos lejanos, de algún enfermo que se quejaba en uno de los pisos superiores, sonando angustiosamente en aquella quietud.

El enfermero, solícito, le pasó al ascensor, a la vez que sujetaba al supuesto enfermo y le preguntaba:

—¿Qué clase de habitación quiere?

—La mejor que haya. Tengo dinero para pagar lo que sea. ¡Pronto, que yo me muero! ¡Métame en donde sea! ¡Lo que deseo es estar echado!

El enfermero detuvo el ascensor a la altura del segundo piso, y con ayuda de la enfermera al cargo de aquel piso, logró depositar el retorcido cuerpo del fingido enfermo en la cama de la habitación número treinta y dos. Y él mismo se encargó de apagar la luz

central y de encender una bombillita de resplandor tenue, situada estratégicamente en un punto de la pared donde no molestaba a los enfermos.

—¡Pronto! ¡Que venga el doctor Holdden!

—El doctor Holdden no podrá venir ahora mismo. Está muy ocupado. Llamaré al médico de guardia, para que le haga el primer reconocimiento.

—¡No! ¡Tiene que ser el doctor Holdden! ¡Dígale cómo me encuentro, y que pagaré lo que sea! ¡No quiero morir, y sólo tengo confianza en él!… ¡Me lo han recomendado…!

El infeliz enfermero, no sabiendo qué clase de recomendación era, le aconsejó, servicial:

—¡Haré lo posible por convencerlo! Usted, no se mueva y sentirá alivio.

Bajo la vigilancia de la enfermera, quedó Keller, simulando terribles dolores. En tanto, su cerebro trabajaba activamente, preparando los detalles del encuentro que iba a realizarse de un momento a otro.

No habrían pasado más de cinco minutos, cuando el atildado Wilk Holdden, en bata blanca, penetró en la habitación. La escasa iluminación no le permitió identificar, de primer momento, al enfermo que se quejaba de un «ataque de apendicitis». Con voz de profesional, calmosa e impregnada de cordialidad, le preguntó, acercándose al lecho:

—¡Vamos a ver! ¿Qué le sucede? —Y seguidamente, dirigiéndose a sus dos empleados, les ordenó buscasen ciertos instrumentos clínicos.

Fue entonces, cuando, dejando de simular, Keller se puso en pie de un salto que le habría envidiado el mejor de los saltimbanquis, y corrió a cerrar la puerta, apoyándose en ella de espaldas. Hizo un movimiento y dio la luz.

Holdden, reconociéndolo, se quedó sin habla, con la boca entreabierta, e inmóvil como una estatua. Recortándose su esbelta silueta negra sobre el fondo gris claro de la puerta, y empuñando la amedrentadora «Luger», Roderick Keller se había convertido, realmente, en «el Vengador Negro», el ángel exterminador de malhechores y criminales, que iba a cumplir un servicio más en pro de la Justicia humana.

—¿No te vuelves loco, igual que Samuel Lucius, Holdden? —le interrogó, burlonamente, mofándose de él por su mueca de estupor y la contracción de su fino bigote.

—¡Keller! ¿Usted?

—Sí, yo. Vengo a acabar contigo, a cortar de raíz tu carrera de crímenes. Nunca creíste que yo pudiera localizar tu sanatorio, ¿verdad?

—¿Quién se lo dijo? Fue Margot, ¿verdad?

En varias ocasiones, Keller oyó dicho nombre, al hablar el doctor con la joven que él denominaba por Honey. Indudablemente, ella le mintió en el tren. Su nombre verdadero sería Margot, en diminutivo. Pensando que le convenía valerse de un equívoco, le contestó a Wilk:

—Ella me reveló tu dirección. Acabo de despedirme de ella, en el «taxi» en que iba, y me enseñó la mejor manera de entrar aquí, sin alarmar a nadie.

—¡Maldita!… Ya descubrí que Margot sentía preferencia por ti.

En aquel instante, Keller notó que empujaban la puerta. En tono quedo, ordenó al doctor:

—Diles que ya no necesitas de sus servicios. Que se retiren y que no se te moleste para nada.

Con voz ronca, y lo suficientemente alta para que los de fuera le oyesen, obedeció Wilk las instrucciones del asaltante. Se oyó cuchichear en el exterior y luego se hizo el silencio.

Holdden parecía haber recobrado parte de su serenidad habitual, pues tomó asiento en la cama, y se quedó mirando fijamente a Keller. Junto a él, sobre la mesita de noche, al alcance de su mano, se hallaba un aparato telefónico, que comunicaba con la centralilla del sanatorio, deduciéndose esto por la carencia de los discos de letras y cifras. Se percató Rod de su maniobra, y le aconsejó, siniestramente:

—Si extiendes el brazo, un balazo te lo cortará. No te queda otra salida que ese balcón. Y aunque yo te concediese la oportunidad de librarte de lo que te espera, imagino que no desearás correr la misma suerte que Samuel Lucius.

—Eche a un lado sus recomendaciones, señor Keller. Con sus palabras, sólo me divierte. No crea que le tengo miedo. Usted no puede matarme, ¿lo entiende? Su dramatismo no me interesa en

absoluto.

—No puedo matarte, ¿eh?

—No. Porque yo sé lo que usted viene buscando, lo que necesita de mí, aparte de querer llevarme a la silla eléctrica. Y para conseguirlo, yo he de vivir. Reconozco que tiene una ventaja inicial. Usted está armado, y yo, no. Poseo algo que le serviría a usted de mucho. ¿Qué me concedería a cambio?

—¿Qué me interesa de ti?

—Mi querido amigo: voy a permitirme darle un consejo, y es que no me considere como a un vulgar delincuente, como a uno de mis hombres. Ustedes, los del
F. B. I.,
están acostumbrados a tratar con personas de medio dedo de frente. Le admito que ha sido muy ingenioso al entrar de una forma así en mi sanatorio. De cualquier otra manera, yo habría tomado mis precauciones. Pero, fuera de eso, en el juego estamos empatados. Para descargarse de la culpabilidad que pesa sobre usted, necesita presentar a sus superiores las fotocopias que yo guardo en cierto sitio. Si me mata, usted no las conseguirá, y, además, como todos me creen una persona normal, porque honorable lo soy, le acusarían de otro asesinato. Entonces, tendríamos el disgusto de vernos en los mismos infiernos, y supongo que eso no le agradaría, ¿verdad?

Conforme iba hablando, el doctor Holdden conseguía recobrar paulatinamente su dominio de nervios. Su voz se hacía más calmosa, de persona que no expone nada, y, por tanto, nada puede perder. Keller se vio obligado a reconocer en su interior, que el cirujano sabía pensar y razonar; aunque no era cuestión de manifestárselo.

—Te equivocas de punta a punta, Holdden, si te figuras que yo pienso en todas esas consecuencias. Mi primer propósito es matarte; después, ya me encargaré yo de que aparezcan los documentos. Pero, en fin, ¿qué me propones?

—Mi vida a cambio de las pruebas que demuestran las especulaciones ilegales de Samuel Lucius.

—Lucius es un muerto en vida. Por su locura, no se le puede hacer condenar por un Jurado.

Irguiéndose con orgullo y silabeando las palabras hasta con

deleite, el cirujano notificó:

—Dentro de dos días, yo haré que Lucius recobre la razón. Le he hecho una operación en el cráneo, y pasado mañana le haré la definitiva. Mi ciencia permitirá a usted presentar un culpable ante los Tribunales. Yo desapareceré de Nueva York. Con mi inteligencia, en cualquier parte del mundo podré vivir espléndidamente.

—De nada te valdrá tu ciencia después de achicharrarte en la «silla».

—No sea estúpido, Keller. Es usted algo listo, y sabe que cuanto le digo es verdad. Mientras yo no le facilite pruebas, usted no podrá hacer que me condenen. Ni aun en estos papeles figura mi nombre para nada; tendría usted que investigar más y buscar relaciones difíciles de hallar. Yo no acostumbro nunca a dar la cara. ¡Piénselo bien! Si usted accede, se reintegrará al
F. B. I.
con todos los honores. Además de mi vida, le exijo la de Margot.

—¿Tanto te interesa esa mujer? —preguntó Rod, intrigado, tras haberle oído insultarla, al principio de la escena.

—¡Margot es mía! —Fue la lacónica respuesta, dicha en tono tajante.

Astutamente, explotando la única probabilidad de excitar al doctor, de sacarle de su serenidad, para hacerle hablar más de lo debido, Rod manifestó, con acento mordaz:

—¿Tuya? Pues ella me dijo todo lo contrario. Conmigo ha sido demasiado amable, y con otros muchos, también. Ya has visto: hasta te delató. Empiezo a creer que eres un pobre diablo, más loco todavía que Samuel Lucius.

La reacción del doctor fue una explosión de ira incontenible. Enfurecido, importándole poco la amenaza de la «Luger», se abalanzó con los brazos abiertos sobre el exinspector del
F. B. I.,
tratando de deshacerlo entre sus dedos. ¡Resultaba que el «talón de Aquiles» era Margot! Pero Keller no podía suponer que lo fuese en tan alto grado, y se encontró cogido por sorpresa.

No quiso hacer uso de la pistola, por necesitar la confesión escrita de Holdden, y se limitó a recibirle con el brazo izquierdo, en un soberbio puñetazo, mientras hurtaba el cuerpo a sus manos, prestas a hacer presa. Bajo el golpe, el doctor, hombre de pocos

músculos, más de nervios de acero, se dobló adelante, lanzando un gruñido de rabia. Pero mantuvo el ataque y centró todo su interés en apoderarse del arma.

Forcejeando, temiendo Rod que su contrincante profiriese un grito de alarma, recorrieron la habitación, sin separarse, hasta tropezar con la cama, donde al fin consiguió el joven desasirse del cirujano. Iba a encañonarle de nuevo con la «Luger», cuando Holdden, llevándose velozmente la mano diestra al bolsillo del mismo lado de la bata, sacó algo fino que brilló en el aire como un rayo. Y Keller sintió una aguda punzada en el costado izquierdo, que lo dejó sin aliento, a la vez que un desfallecimiento especial le atenazaba el cuerpo.

Malparó un nuevo ataque del doctor, descubriendo entonces que empuñaba un largo bisturí. Si volvía a herirle con tan incisivo instrumento, podía darse por vencido. Pensando únicamente en salvar la vida, apretó el gatillo de, la «Luger». Sonó un fuerte estampido, retumbando en la habitación, y Wilk Keller, con el pecho atravesado por un balazo, se detuvo al iniciar su tercera acometida. Se retrató en su semblante una mueca espantosa, vaciló sobre sus piernas, el brazo levantado cayó inerte y, con un gemido de horror, se desplomó sobre la cama, herido de muerte.

Anticipándose a las consecuencias que atraería la detonación, Roderick atrancó la puerta con dos butacas, colocadas apresuradamente, y volvió junto a Wilk. Le interesaba de todo punto arrancarle con el último suspiro la confesión de sus delitos, el nombre del jefe del
F. B. I.
que le facilitaba ciertas informaciones y el escondrijo de las fotocopias que acusaban a Lucius.

Destacándose más que nunca el bigote sobre la faz del cirujano, yacía éste, caído de espaldas, con los ojos extremadamente abiertos, y una respiración fatigosa, de perro que está agotado de tanto correr. Una mancha roja comenzaba a extenderse en la alba bata.

Inclinándose, Rod le levantó la cabeza y le preguntó:

—¿Dónde tienes las fotocopias? ¡Dímelo, o dejaré que te desangres! ¿Quiénes eran tus cómplices de Washington?

Holdden clavó su extraviada vista en el exinspector, y sin cambiar de expresión, le interrogó, a su vez:

—Keller… ¿es verdad que… ella… me delató?… ¿Ella le dijo que… yo estaba aquí?…

Como era cierto, pues Honey se lo había dicho en el «taxi», e intuyendo que de su respuesta afirmativa dependía todo, le contestó:

—Sí, es verdad.

—¡Maldita!… Nunca creí que mis… sospechas fueran ciertas… Ha sido el error… de mi vida… ¡Margot… tiene la culpa de esto…!

Por instantes, la voz del herido iba debilitándose y sus palabras eran cada vez más espaciadas.

—¡No hables más de ella y dime dónde escondes las fotocopias!

—¡Esa perra las tiene…!

—¡No mientas! ¡No quieras vengarte ahora de ella! ¡Las tienes tú! ¿Dónde? —insistió Rod, zarandeando a Wilk por los hombros, sin importarle que fuese contraproducente para su herida, pues ya oía pasos en el corredor del piso.

—Keller…: estoy muriéndome… Y… ahora… no miento… Quiero que usted… vengue… Ella se ha reído… de mí… de todos…; también de usted… Margot nos mandaba…; era… la… jefe… Hace… un rato… salió de aquí… con las… fotocopias… Ella… planeaba todo… Yo figuraba… solamente… porque la… quería mucho…

Unos golpes en la puerta distrajeron a Rod por unos momentos; ya habían localizado la habitación donde había sonado el disparo, y pedían paso. No supo qué hacer, de momento. Las butacas no resistirían mucho. Pero él necesitaba averiguar más y, sobre todo, descubrir lo que hubiera de cierto en la increíble confesión del moribundo cirujano. Volvió a interrogarle, queriendo probarle, aprovechándose sus últimos instantes de vida:

—¿Dónde está Crow?

—No lo conozco… —negó Holdden, cubiertos sus labios por una espuma sanguinolenta, que indicaba la perforación de uno de sus pulmones.

—Crow es el que acompañaba a ella en el tren, cuando me robaron la cartera.

—No, Keller… Ése se llama Clayden… Margot mandó matarlo… porque él… no se atrevió a matarlo a usted… en el tren… Fue metido en el horno de… cremación…

No le cupo ya duda alguna a Keller sobre la verdadera personalidad criminal de la astuta Honey, Margot o como se llamase. Daba crédito entero a las palabras de Holdden, quien, a dos pasos de la muerte, no tenía por qué mentir.

—¿Adónde iba ella? —le preguntó Rod, esperando con ansia la respuesta, pero un empujón de la puerta le obligó a erguirse y girar sobre sus talones.

En el corredor tenía que haber varias personas, a juzgar por sus voces, y todas a una, se abalanzaban sobre la puerta, pretendiendo derribarla. Las butacas estaban cediendo, escurriéndose sobre el piso, a cada empellón que daban desde el exterior.

Corrió Rod a sujetarlas y, al mismo tiempo, gritó:

—¡Fuera de ahí o dispararé! —Y como los del corredor no se asustasen de su amenaza, echó mano a la «Luger» y, apuntando a la parte alta, a fin de no herir a ninguno, hizo fuego.

Escuchó gritos de terror y ruido de pasos a la carrera. El aviso sería respetado durante algunos momentos. Regresando junto al moribundo, que ya tenía los párpados casi cerrados, siendo su respiración menos perceptible, repitió su anterior pregunta:

—¿Adónde iba Margot?

Tuvo que preguntárselo por tercera vez, pues el criminal doctor Holdden se encontraba cruzando la frontera entre la Vida y la Muerte.

—En tren… a Washingt… —Y no terminó de silabear el nombre, porque un chorro de sangre le taponó la boca. Una convulsión, y sus ojos se cerraron para siempre. El alma del hombre que había puesto su inteligencia y ciencia al servicio del Mal, tendría que presentarse al Juicio Divino.

Echado sobre él, para recoger su última sílaba, Keller permaneció unos segundos sobrecogido. Había visto en la postrera mirada del criminal una expresión de terror, el miedo de cuántos ven aletear a la Muerte a su alrededor y no tienen limpia la conciencia.

Al erguirse, el exinspector sintió aumentado el dolor en el costado. El delgado bisturí le había producido una incisión y la camisa se le pegaba a la piel, a causa de la sangre. Afortunadamente, al golpe del doctor le faltó violencia; de lo contrario, Rod hubiese seguido su misma senda…

Por el balcón, en alas del viento, penetró el toque prolongado de una sirena, aproximándose cada vez más. ¡La Policía! ¡Los empleados del sanatorio, por el disparo hecho, habían preferido no exponerse y llamar a la Policía!

Aunque lograse bajar con bien al jardincillo, el exinspector tendría que salvar el obstáculo del muro que rodeaba la finca. La huida le sería difícil, si no actuaba rápidamente. ¡Honey iba camino de Washington, y él debía alcanzarla!

Tomando una resolución, quitó al cadáver la bata blanca, manchada de sangre en la parte correspondiente a la espalda. No sin cierta repugnancia, se la puso encima del traje negro.

Con la «Luger» en la mano, no para disparar sino para amedrentar a los pusilánimes enfermeros, examinó la puerta, y luego, el balcón; las dos únicas salidas. Se aproximó a este último, asomándose al exterior. En el jardín no se distinguía a nadie. Alguien, dándoselas de precavido, había ordenado que no saliese nadie a la calle, a fin de no tenerse que abrir la puerta e impedir así la fácil fuga del intruso. En primer término, y como a una distancia de tres yardas, vio una pequeña terraza, a la altura del primer piso, bordeada por una doble hilera de macetas y una balaustrada de hierro.

Pese a temer que la herida se le abriese más si se arrojaba a la terraza, se disponía a efectuarlo, cuando, del interior del edificio, irrumpieron en el jardín una media docena de personas, vestidas con batas blancas, corriendo hacia la puerta de la calle, atraídas por la proximidad de la Policía.

Supuso Rod que el corredor habría quedado desierto, y con diligencia apartó las butacas. En efecto, no se divisaba a nadie. El miedo había hecho agruparse a los empleados, como el lobo al rebaño.

A grandes zancadas, sigilosas en lo posible, el exinspector descendió a la primera planta. Cruzó el amplio pasillo, por delante de la abandonada conserjería, y se asomó al jardín.

Al final del paseo central, trazado en línea recta, vio a los enfermeros dando entrada a un grupo de policías uniformados, y explicándoles que había arriba, encerrado en una habitación con el doctor Holdden, un hombre que había ingresado enfermo y después intentó matarlos.

Encorvado, amparándose tras las plantas y arbustos, Keller se desplazó a la derecha, alejándose del paseo central. Oyó las órdenes que un policía daba a sus subordinados, de que rodeasen la casa, mientras otros debían subir al segundo piso.

Rodeando la explanada destinada al aparcamiento de coches, y sin salirse de entre la arboleda, Rod fue aproximándose al muro. Dudó respecto a saltarlo o no, pero teniendo en cuenta la posibilidad de que lo viesen encaramado, desechó tal medio de fuga. De nuevo usaría de la astucia más que de la violencia.

Luego de comprobar que con los policías destacados entraban los enfermeros en el sanatorio, guardándose la pistola y aparentando ser uno de los empleados, se dirigió a la puerta en el muro, donde un par de policías, con ametralladoras ligeras al brazo, custodiaban la salida. Sin darles tiempo a que lo interrogasen, les comunicó, con simulado nervosismo:

—¿No podrían dejarme un coche? ¡Es un servicio muy urgente! ¡Nuestra ambulancia ésta fuera! ¡Y el médico de guardia me ha encargado que le traiga enseguida unos balones de oxígeno para un enfermo moribundo! ¡Está operándolo a vida o muerte! ¡Oh! ¡No sé qué hacer! ¡Un coche, por favor!

Los policías, que sólo veían en Keller a un enfermero de tantos, por su bata blanca, se encogieron de hombros, dándole a entender que no tenían poderes para sacarle del apuro. Entonces, Rod, pasando entre ellos, salió a la calle, diciendo, mientras se alejaba a todo correr:

—¡Buscaré un «taxi»! ¡Pobre hombre! ¡No resistirá más de cinco minutos!

Los chóferes de los coches oficiales pusieron cara de condolencia; ellos no podían disponer libremente de los automóviles, y menos cuando estaban cercando a un malhechor.

Doblando por la primera esquina, el exinspector del
F. B. I.
sin acortar el paso, se desembarazó de la bata, tirándola por encima de una verja de hierro.

Efectivamente, iba en busca de un «taxi», más para hacerse llevar velozmente al aeropuerto. Allí trabajaba un amigo suyo, piloto de helicópteros, que posiblemente no se habría enterado del naufragio del «Almirante Shaterley»… En un autogiro, conseguiría

alcanzar el tren que en aquellos momentos rodaba hacia Washington, donde viajaba la mujer más hermosa y perversa que Keller había conocido en su vida…

VII

LA DETENCIÓN DEL VERDADERO «BOSS»

ENTADO detrás del piloto en la estrecha e incómoda carlinga de paredes de transparente material plástico con armazón metálico, Roderick Keller se apretaba el pañuelo sobre la herida, conteniendo en lo posible la hemorragia que terminaría por debilitarlo, si no recibía cura urgente. Sin embargo, no era esto lo que le preocupaba mayormente. Su atención se centraba en la parte inferior del morro, tratando de distinguir, allá abajo, en la tierra, alguna luz moviéndose con relativa velocidad.

Al salir del sanatorio, mediante la sencilla treta de fingirse

enfermero, se había trasladado en un coche de alquiler al aeródromo de La Guardia. En uno de los pabellones anexos al gran campo de aterrizaje cruzado por incontables pistas, para aprovechar las direcciones del viento y para admitir el mayor número de despegues y aterrizajes, encontró a su amigo Bassing, excelente piloto de un helicóptero que pertenecía a una empresa comercial, hombre que intentó pasar al
F. B. I.,
y fue suspendido en el segundo examen. De tan lejanas fechas, provenía su amistad con Keller. En distintas ocasiones, éste había utilizado sus servicios como piloto.

Como Rod no ignoraba que Bassing, pese a ser amigo suyo, no le ayudaría si le confesaba la verdad respecto a su situación de fugitivo, prefirió engañarlo.

Cuando el piloto lo vio entrar en su comedor, se quedó como quien ve visiones. El exinspector dedujo, lógicamente, que Bassing también estaba enterado del naufragio del «Almirante Shaterley» y le creía muerto.

—No soy un fantasma, amigo Bassing —le saludó, sonriente, aun cuando, en realidad, su aspecto era más bien fantasmal que humano, por la lividez de su rostro, las manchas violáceas de sus ojeras y el brillo febril que relucía en sus negras pupilas ávidas de combate.

—¡Inspector Keller! ¡Es increíble! Pero, hombre de Dios, ¿por qué dijeron los periódicos qué?… —preguntó el piloto, poniéndose en pie y saliendo a su encuentro, sorprendido y contento a la vez.

—Fue una treta ordenada por mis jefes, con el fin de engañar a unos «gángsters» que perseguimos. Mis otros dos compañeros —y, al nombrarlos, la emoción le paralizó los músculos de la garganta, pasajeramente— están capturándolos en estos instantes. Y yo quiero perseguir al más principal, al «boss», que ahora mismo se halla camino de Washington. El tren salió hace media hora. Desearía alcanzarlo antes de que llegase allá, para no darle tiempo a despistarme, y necesito de tus servicios. ¿Me quieres hacer este gran favor?

—¿Pretendes, entonces, descolgarte en el tren, desde mi autogiro? No me seduce mucho, pero, en fin, si se trata de un servicio, vamos allá. Por lo pronto, necesitamos una soga larga y

resistente. ¡Espérame! Voy a buscarla.

Y así era, mediante una superchería, cómo Keller había conseguido perseguir en un potente helicóptero al tren en que viajaba la pérfida Honey.

Por continuar el cielo encapotado, la frágil aeronave, con sus palas retadoras girando a toda velocidad, volaba a poca altura, pues la visibilidad no podía ser más imperfecta.

—¿Crees que vamos bien con esta ruta, Bassing?

—Sí, hombre, sí. Me conozco estos lugares como la palma de mi mano, y me voy orientando por las luces de las poblaciones. No tardaremos en alcanzarlo.

En efecto, a los siete minutos, Bassing exclamó:

—Por allí va. ¡Mira!

Lo hizo Rod, y distinguió en lo hondo y a lo lejos, una lucecilla que huía aceleradamente. Exhaló un suspiro de satisfacción.

Forzando al máximo el motor, consiguieron que la luz aumentase de tamaño y apareciesen otras de menor intensidad.

Poco después, el helicóptero iniciaba el descenso, en oblicuo, siguiendo fielmente la misma dirección de la vía férrea.

—Vete preparando, Keller. Asegura bien la cuerda en la argolla, no vayas a romperte la crisma cuando menos lo esperes. De un momento a otro, tendré que reducir la velocidad para no adelantarlo. Y no dejes de colgarte la linterna del cinturón. Me orientará para maniobrar debidamente. ¡Adelante y suerte!

Sin que el pulso le temblase al pensar en la arriesgada acrobacia aérea que iba a cometer, el exinspector del
F. B. I.
abrió la portezuela y fue dejando caer un extremo de la soga. Sin dudarlo, con la temeridad de los héroes, se asomó al exterior, y comenzó a descender en el vacío. La fuerza del viento le apartaba de la vertical.

Con la cuerda entre las piernas, iba dejándose escurrir.

Se detuvo un momento en la bajada, a mirar a sus pies: distinguió borrosos los techos de los vagones, que a él le parecieron inmóviles; su amigo Bassing, expertamente, había igualado la velocidad del helicóptero a la del tren. Y ahora, demostrando una gran pericia como piloto, seguía haciendo descender al aparato.

Reuniendo todas sus energías, y olvidándose por voluntad del

dolor en el costado, Keller se dispuso a saltar. Y cuando ya sus pies estaban a punto de rozar, saltó, procurando no quedar ni un solo instante en pie, tirado de bruces sobre la resbaladiza superficie, permaneciendo unos segundos reponiéndose del golpe. ¡La proeza acababa de ser realizada con el mayor de los éxitos!

Movió la linterna, a un lado y a otro, y el autogiro comenzó a elevarse, para luego describir un semicírculo en el cielo y emprender el regreso a Nueva York. ¡Su amigo Bassing había cumplido con su parte; ahora le tocaba a él!

El ruido del tren, y la velocidad del viento le atronaban los oídos, produciéndole una extraña sensación. Temió que la pérdida de sangre hubiese debilitado su energía con exceso. Si luchaban, no llevaría las de ganar.

Arrastrándose sobre el peligroso techo, se dirigió hacia el extremo del largo vagón en que había caído.

Con ayuda de la linterna, descubrió la escalerilla de peldaños de hierro, adosada a la pared terminal, y por ella descendió, con el pulso tenso, y procurando no resbalar por un paso dado en falso; le habría costado perecer arrollado por las pesadas ruedas.

Al fin, tras varios frustrados intentos de desplazarse hasta la portezuela, lo consiguió. Ya en el estribo, la segunda etapa de su plan estaba cumplida. Abrió, pasando al interior del vagón.

Era un «coach», y los viajeros, sentados en los asientos colocados uno detrás de otro, a modo de autobús, dormitaban, cabeceando en los altos y cómodos respaldos.

Por instinto, conociendo las refinadas costumbres de Honey, adivinó que ella no estaba allí; y tampoco habría tomado un reservado, ni siquiera una cama en el «slepper», porque la duración del viaje no lo requería.

De todas maneras, fue examinando rápidamente los rostros de los viajeros conforme recorría el pasillo. Se había guardado la linterna, y mantenía el brazo contra la chaqueta, en la parte correspondiente a la herida. Buscaría en todos los vagones. Si el revisor le exigía el billete, no le importaría pagar el recargo. De ir Honey en el tren, él la encontraría, antes o después, aun cuando tuviera que registrar todos los compartimientos.

En el vagón de fumadores, animado solamente por la conversación ruidosa de dos individuos con aspecto de viajantes, la

bella Honey pidió al «barman», situado tras el pequeño mostrador del bar, le sirviera otro «*gin-fizz*». Fumaba ella sin cesar, recostada en el blando respaldo, con las piernas extendidas, en postura cómoda, pero sin soltar su mano izquierda una gran cartera de cuero de color marrón oscuro.

Se oyó abrirse y cerrarse la puerta del vagón. Ella volvió la cabeza, distraídamente, abrumada. Y su cuerpo se envaró al reconocer al recién llegado.

Roderick Keller, con la faz pálida resaltándole del traje negro, la contemplaba con una mirada más fría que el hielo. Y ella leyó en aquellos ojos su sentencia de muerte. ¡Honey se estremeció! ¡«El Vengador Negro» había descubierto su verdadera y criminal personalidad!

Su reacción fue aproximar la mano cautelosamente al interior de la cartera. No concluyó su movimiento, pues el exinspector del
F. B. I.,
con voz grave por la emoción de haber hallado al fin a la perversa joven, la amedrentó.

—¡Queda detenida en nombre de la Ley! —Y sus palabras fueron apoyadas por la aparición de la imponente «Luger» que relucía bajo los destellos de los tubos fluorescentes, como un objeto vivo, capaz de atacar por sí mismo.

Los dos charlatanes y el «barman» negro contuvieron hasta la respiración. La frase de ritual parecía haberlos electrizado, aunque con menor intensidad que a la detenida. Sin color en las mejillas, con los labios entreabiertos, impregnadas sus verdes pupilas de un pánico cerval Honey se encogió en el asiento, aturdida, acobardada, y no evitó siquiera que él le arrebatase la cartera violentamente, en la cual comprobó el exinspector la existencia de los deseados documentos y de un revólver.

Keller, guardándose la pistola en el bolsillo interior de su chaqueta, sentóse en el sillón contiguo al de la joven. Durante unos momentos la estuvo mirando fijamente. Ella levantó la cabeza. En sus ojos se leía el terror a enfrentarse con la Justicia. Sólo se atrevió a preguntar, apenas un murmullo, ininteligible para los restantes pasajeros:

—Después de lo que hemos sido, ¿serás capaz de…?

—Soy capaz de llevarte yo mismo de la mano a la silla eléctrica,

Margot —matizó él, inflexible, odiando a aquella mujer de tan hermosa apariencia y de tan horribles sentimientos.

—¿Por qué me seguiste? Prometiste darme una ocasión de regenerarme.

—Entonces no sabía lo que ahora sé. Wilk ha muerto. Y me contó quién eras tú.

—Eso es imposible. No te dio tiempo a coger el tren.

—Piensa lo que quieras, pero sólo te diré una cosa, para convencerte de que estoy plenamente enterado, y asqueado, de cuántos delitos has mandado cometer. En cuanto lleguemos a Washington, te conduciré a la Dirección del
F. B. I.
Tendrás que declarar mucho y malo. Y te advierto que si intentas resistirte, te ataré de brazos y piernas, o te pegaré un tiro.

No era Honey mujer capaz de rebelarse físicamente o de tomar una determinación directa. Sus métodos siempre fueron solapados, de ordenar a los demás que matasen, mientras ella se favorecía con la mayor parte del botín conseguido. No intentó resistirse; sabía que Roderick anteponía la justicia a todo. Con él no le valdrían más sus artes de mala mujer.

Por 1,25 pesetas

LOS PADRES PUEDEN REGALAR A SU HIJO LO MEJOR DE LO MEJOR:

Un cuaderno de

AVENTURAS DEL **F. B. I.**

VIII

ANTE EL TRIBUNAL DEL
F. B. I.

En el grandioso edificio del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, en la avenida de la Constitución, Washington, se celebraba aquella tarde, en el solemne salón de sesiones del quinto piso, destinado al Estado Mayor del
F. B. I.,
el juicio secreto de Roderick Keller.

Presidía el Tribunal, formado por los cuatro jefes más importantes, el director general del «Federal Bureau of Investigation», John Edgar Hoover. Los cinco escuchaban

atentamente al abogado defensor del acusado, Roderick Keller, exinspector del Cuerpo.

Rod, sentado en una silla, frente al Tribunal, aparecía más demacrado que nunca. Había pasado quince días entre declaraciones, acusaciones, entrevistas y sufrimientos sin fin. En manos de aquellos hombres estaba ahora su existencia y su honor.

Anteriormente, el fiscal había empezado atacando duramente al acusado, tachándole de desertor y pidiéndole responsabilidades por el doble asesinato cometido en las personas de los agentes especiales Jervis y Benley. Había terminado solicitando la expulsión de Keller del
F. B. I.
y el traslado de su expediente a los Tribunales de Justicia, para que lo juzgasen y lo condenasen a muerte.

Rod había sentido que todas sus esperanzas de salir con bien se derrumbaban, se deshacían, pulverizadas bajo la fluida palabra del fiscal, excelente orador y jurisconsulto incorporado al
F. B. I.

Luego se levantó el defensor, abogado también perteneciente a la Organización, de estilo oratorio muy distinto al del fiscal. Sin preocuparse de la corrección de las frases, hablando con sencillez, pero con un ímpetu y una fogosidad extraordinarios, fue destruyendo uno por uno los puntos en que se basaba la acusación, y exponiendo después sus alegatos con voz vibrante, que conmovía, indudablemente.

Hizo un resumen de la vida noble y honrada del acusado, de sus magníficos servicios prestados al
F. B. I.,
pasando por alto, habilidosamente, su fracaso en la misión de Samuel Lucius, poniendo en evidencia, por el contrario, que había sido Keller quien detuvo a Margot Newill y descubierto su banda, además de ofrecer al
F. B. I.
los documentos y fotocopias que probaban la complicidad de ciertos políticos con el especulador Lucius, de Nueva Orleans, y terminando por afirmar:

—Señores: el fiscal basa principalmente su acusación en las muertes de los agentes especiales Jervis y Benley, achacando la

responsabilidad a Keller, por haberlos dejado atados, amordazados y encerrados en el cuarto de baño del «Almirante Shaterley». Aparte de que el motivo que impulsó a Keller para atentar contra sus compañeros, fue la natural y humana rebeldía contra una situación deshonrosa y el noble afán de ultimar un servicio, y de que él no podía imaginar nunca las funestas consecuencias de su acto, además de esto, las informaciones que tenemos del naufragio nos dicen bien claramente que muchos, muchísimos pasajeros murieron dentro de sus camarotes, a pesar de que no estaban atados, ni amordazados, ni encerrados. Califiquen, si quieren, de imprudencia temeraria, pero no de doble asesinato. En consecuencia, señores del Tribunal, solicito para mi defendido la absolución total y no solamente su continuidad al servicio del

F. B. I.,

sino también su reposición en el cargo de inspector especial.

Media hora después, treinta minutos desgranados uno a uno, con el corazón estrujado por la inquietud de saber lo que el Tribunal estaba decidiendo, Roderick Keller fue llamado al despacho del Director General del

F. B. I.

Hoover, sentado tras su mesa de despacho, le invitó a pasar. Frente al hombre que dirige con pleno acierto la organización policíaca más poderosa del mundo, Keller, en pie, aguardó el veredicto.

Con voz sonora, característica de Hoover, y relampagueando en sus ojos la vivacidad de una inteligencia fuera de lo común, le notificó:

—Se ha decidido, por el Tribunal, absolverle de la acusación y reintegrarle a su puesto de inspector especial. Le doy mi enhorabuena.

Cuando el director general hubo pronunciado tales palabras con una naturalidad que resultaba emocionante por la magnitud de su contenido, y cuando Rod hubo estrechado la mano que se le tendía abiertamente, el joven sintió que una alegría infinita embargaba todo su ser. ¡Por fin…!

—Siéntese, señor Keller. En el anterior juicio, y en éste, usted ha alegado que no se le debía haber enviado a Hawái. Entonces, yo no pude contestarle, porque deseaba, ante todo, que usted no muriese.

—¿Qué yo no muriese? —preguntó Rod extrañado.

—Sí; que usted no fuese asesinado. Hoy, y gracias a usted, que consiguió de esa mujer la entrega de los documentos que probaban la culpabilidad de Samuel Lucius, puedo explicárselo claramente, a condición de contar con su palabra de honor de que nunca lo revelará a nadie.

—Tiene usted mi palabra, señor.

—Amigo mío: Muchas veces yo les envidio a ustedes. Sí, es cierto, se juegan la vida a cada momento, pero no tienen quebraderos de cabeza, y, lo que es mejor aún, no tienen, como yo, que andar haciendo de diplomático con algunos políticos relevantes de la Nación. Siempre en un estira y afloja, fingiendo y sonriendo, aunque no se tengan ganas de sonreír a ciertas personas. Por unos datos que conseguí, averigüé hace tiempo que alguien, enterado de nuestras actividades, nos traicionaba. Por unos días sufrí lo indecible, imaginando que en mi obra, que en mi organización había un traidor.

Haciendo una pausa, John Edgar Hoover, con un gesto de tristeza en su simpática faz, y aplastándose el pelo con una mano fuerte y ancha, de practicar los deportes, prosiguió al rato:

—¡Malos días fueron aquéllos para mí! ¡Desconfiaba de todo el mundo, hasta de mi propia sombra! Le ocurrió a usted lo del tren, me dio usted nombres aparecidos en los documentos de Lucius, acusándolos, pero, Keller, yo no podía hacer nada, porque me era imposible presentar pruebas. El testimonio de usted no era suficiente. Y como sabía que, quien fuese esa persona oculta en el misterio, usted era un estorbo, un peligro, una amenaza constante para ella, decidí alejarlo a usted de los Estados Unidos. Quise salvarle la vida, y usted, entercado en rehabilitarse, regresó y se metió de cabeza en el lío. Gracias a Dios, usted mismo ha conseguido desenredarlo.

—¿Quién era esa persona? —interrogó Rod impaciente.

Con un movimiento de cabeza y una sonrisa Hoover se lo negó.

—No, Keller. Usted no lo sabrá nunca. Solamente le revelaré que se trata de un político con mucha influencia, uno que, entre otros, recibe las informaciones de cuánto hacemos e investigamos nosotros; informaciones que yo tengo la obligación de hacer a algunos representantes de la Nación. Por suerte, ese traidor no es un miembro del

F. B. I.

No tardará en pagar sus culpas; ayer hablé con el Presidente.

—Y esa mujer, ¿qué «papel» jugaba en todo esto?

—Esa mujer era su amiga.

—¿Qué será de ella?

—No lo sé, exactamente. Como no mató con sus manos, no se la podrá condenar a muerte. Pero será peor; le caerán encima veintitantos años de presidio. Cuando salga, si es que sale, no será una mujer, sino un guiñapo humano. Ha declarado todo, y el caso de usted resultó ser uno más. Es una mujer sin sentimientos, ambiciosa y sin principios morales ni religiosos. El presidio le hará purgar sus delitos.

En el amplio patio del Departamento de Justicia, junto a la fuente central, una mujer esperaba a Roderick Keller.

Era Deanne, su novia, pálida y temblorosa, esperando angustiosamente el resultado del juicio.

—¡Rod! ¿Qué ha sucedido?

—¡Deanne! ¡Todo pasó ya! ¡Otra vez soy inspector! ¡Deanne, amor mío! ¡Cuánto te Quiero! ¡Todo te lo debo a ti!

—Olvídalo, Rod. Pensemos en hoy, en nosotros, y en el futuro.

Y juntos, cogidos del brazo, gozosos, ambos jóvenes salieron a la avenida de la Constitución, hermoseada por un rayo de sol que lograba deslizarse entre las nubes, muestra luminosa del sol que Deanne y Rod llevaban en sus corazones, henchidos de felicidad.

FIN

¡CODICIA!

He aquí un título sugestivo que denomina a una obra que ocupará un puesto preeminente en las bibliotecas particulares de los buenos aficionados a la literatura novelesca.

LEWIS HAROC

es el creador de esta obra, y en ella ha plasmado con su genial y reconocida habilidad de escritor, un asunto humano y jugoso en escenas fuertes y tensas.

¡CODICIA!

Es la historia de un hombre arrastrado por un afán innoble, al cual sacrifica todas sus ilusiones, sin reparar en sacrificios ni en la vida del prójimo. Su ambiciosa tarea desencadena un vendaval de iras y protestas, y al clamor el F. B. I. toma cartas en la persecución que termina por...

✦ ✦ ✦

AVENTURAS del **F. B. I.**

LOS MEJORES CUADERNOS INFANTILES QUE HOY EXISTEN EN EL MERCADO, SEGUN NOS MANIFIESTAN MILES DE JOVENES LECTORES AMANTES DE LA EMOCION Y DE LOS DIBUJOS PERFECTAMENTE ARTISTICOS

J. L. Aguilar y C.ª - Valencia

NOTAS

[1] Léase el número 1 de esta Colección, «¡Culpable!», donde Alf Manz describe con su estilo magistral el funcionamiento de la Academia del
F. B. I.
(Nota del Editor). < <

[2] El autor hace un juego de palabras en inglés, por ser «miel» el significado de honey. (N. del E.). < <

[3] El autor vuelve a jugar con el significado inglés de las palabras. Rod significa «vara». (N. del E.). < <